

Pío Baroja

Locuras de Carnaval



Lectulandia

Locuras de carnaval, tercera entrega de la trilogía «La juventud perdida», es una colección de cinco novelas cortas, bosquejos de vidas desdichadas, que transcurren en Madrid las cuatro primeras y en Londres la última. Fueron publicadas en el periódico *Ahora* durante los últimos años de la Segunda República.

La primera de ellas, «Locuras de carnaval», que da título a la colección, se desarrolla durante un baile de carnaval. Las dos siguientes, «Un *dandy* comunista» y «Los Cínifes», exploran la realidad gris de una comunidad de vecinos de la calle del Pez. La cuarta, «Los sacrificados», se sitúa en los altos de Moncloa, al noroeste de la ciudad, que en la época era el límite donde se mezclaban campo y ciudad, y la última, «A la alta escuela», cuenta una truculenta historia ambientada en un Londres dieciochesco.

Lectulandia

Pío Baroja

Locuras de Carnaval

La juventud perdida - 3

ePub r1.0

Titivillus 09.04.15

Título original: *Locuras de Carnaval*

Pío Baroja, 1937

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com



Locuras
de
Carnaval

de

SAN SEBASTIÁN. Día de fiesta. La tarde es lluviosa y gris. Hay poca gente por las calles. Tengo que volver a Madrid. Pienso en el tren, en ventanillas abiertas y en corrientes de aire y me decido a hacer un gasto de capitalista o de político importante, no siendo ni una cosa ni otra, y a tomar billete en el sud-exprés.

La tarde la paso en el cuarto del hotel mirando el mar, y, ya de noche, voy a la estación. Pocos viajeros. Sigue lloviendo. Viene el tren y me meto en mi departamento. Soledad magnífica. Hace un calor agradable; la cama está blanda.

Poco a poco se acostumbra uno a este marchar de lado, se van confundiendo las ideas y se acerca el sueño. De tarde en tarde el tren se para y se oye el mugir del viento y el ruido de la lluvia, que azota con furia el techo del vagón.

Tras de varios ensayos infructuosos me quedo dormido y despierto cuatro o cinco horas después. Ya no hace tanto calor en el departamento. El tren debe de estar parado en medio del campo. Se oye como un suspiro o moscardoneo de la máquina y luego el fragor de una locomotora, que se acerca con un estrépito poderoso y que se aleja en seguida.

Nuestro tren silba y sigue su camino. Ahora ya es difícil dormir y pienso en lo que he hecho en los días pasados y después en cosas lejanas.

El examinar recuerdos de personas y de acontecimientos remotos me da la impresión de la mediocridad de la existencia. Comienza a mostrarse la luz turbia del amanecer en los cristales de las ventanillas.

«Ahora debe de hacer un hermoso frío por esos campos», me digo, y cojo el abrigo y lo echo a los pies.

Al llegar a El Escorial, el mozo del coche-cama repiquetea con un lápiz en la puerta de la cabina. Me levanto, me visto y salgo al pasillo del vagón.

Hay pocos viajeros. Al lado de una ventana, una pareja. Él, alto, fuerte, afeitado, con anteojos. Ella, esbelta, fina, un poco pálida y repipiada; una verdadera dama.

Le conozco a él, aunque no sé su nombre. Nos saludamos y me presenta a su mujer.

—¿Le están arreglando ahora la cabina? —me pregunta él.

—Sí.

—¿Quiere usted sentarse en nuestro departamento?

—Con mucho gusto.

Nos sentamos los tres.

—Mi mujer le lee a usted —me dice él.

—¡Ah! ¡Muchas gracias!

—Sí, le leo —afirma ella—. Dos o tres amigas mías también le leen. Yo creo que

ahora las mujeres empiezan a leer más que los hombres.

—Sí, es posible.

—Yo no tengo tiempo —asegura el marido—. Estoy lleno de trabajo. Ahora mismo, al llegar a Madrid, tengo que ir a mi despacho en seguida.

—Lo que les ocurre a la mayoría de los hombres es que no les gusta estar en casa —indica ella con cierto desdén.

—¿Y tú crees que a las mujeres les gusta estar en casa? No se nota mucho.

—A algunas, sí. ¿A usted le agrada que le lean las mujeres? —me pregunta la dama.

—Sí; pero eso me hubiera gustado más hace treinta años.

Ella sonrío. Hay un momento de silencio. El marido saca un periódico del bolsillo y se pone a leerlo. La mujer pasa revista a los montes y a los pedregales que hay entre El Escorial y Villalba. Observo a la señora joven disimuladamente. Viste muy bien. Hay en sus movimientos algo de felino. Es una dama. Me da la impresión de que tiene mucha más fuerza orgánica de lo que a primera vista parece. Calculo que llevará medio kilo de ropa; yo creo que llevaré siete u ocho kilos sobre el cuerpo. Este detalle de vestuario lo relaciono con la calorificación y con el metabolismo.

Después de contemplar los árboles y las piedras que se ven desde la ventanilla me dice la nueva compañera de viaje:

—¿Sabe usted lo que me parecen sus historias?

—¿Qué le parecen?

—Pues se me figura que prepara usted un escenario romántico con sus bastidores y luego cuenta usted un sucedido vulgar y corriente.

—Sí, es posible.

—¿Y por qué?

—¡Es tan difícil contar algo extraordinario!

—No comprendo el motivo.

—Pues hay muchos. No cabe duda que el escritor de hechos trágicos tiene que barajar el crimen, el asesinato, la locura, el odio...

—¿Y por qué no los ha de barajar?

—Porque no tiene el léxico moderno formado; para hacerlo hay que ser un genio como Dostoievski e inventarlo para su uso particular. Nosotros no podemos conocer esos crímenes y pasiones por una visión directa, y no podemos tampoco emplear la fraseología antigua para expresarlos. Quite usted al folletinista la posibilidad de caracterizar al traidor amaneradamente con una mirada satánica, de trastornar la razón a una mujer por una desgracia cualquiera y de hacerle exclamar «¡Ja..., ja..., ja...!», y después poner como paréntesis: «Estaba loca», y le quita usted sus más eficaces recursos.

—¿Y por qué no se pueden utilizar esos recursos?

—Lo que está muerto, ya no resucita, y las formas mueren, y la candidez del lector desaparece.

—¿Y usted cree que las formas tienen tanta importancia?

—Mucha. La forma y el fondo se corresponden. Yo creo que si hoy no se escriben grandes dramas es porque no se puede emplear la forma del diálogo de un Shakespeare o de un Calderón.

—Y con el diálogo moderno ¿usted supone que no se pueden decir grandes cosas?

—Así se me figura. Hoy no hay más que el diálogo realista, que se podría llamar fotográfico, que no sirve para el alto coturno, y luego el diálogo literario, d'annunziano, que me parece una mistificación pobre, recalentada, que vale poco. Yo pienso que si se pudiera emplear en el teatro una retórica altisonante, pero sincera y sentida, se escribirían otra vez dramas y tragedias.

—Y en la novela pasa lo mismo.

—Lo mismo. Hoy es imposible usar el tono de Víctor Hugo o el de Balzac.

—¿Usted cree?

—Así me parece. ¿Usted ha leído *Los Miserables*?

—Sí.

—Pues si un libro como *Los Miserables* se pusiera en un lenguaje moderno y llano actual, no solo perdería su brillantez, sino que muchos de sus grandes pensamientos parecerían vulgaridades y hasta estupideces. Lo mismo pasaría con cualquier tragedia o drama antiguo que se intentara modernizar; al cambiarle de forma se borrarían sus bellezas.

—Yo no veo esto así. Claro que yo no tengo experiencia...

—A mí me parece evidente. Lo que sucede es que se tiene de la forma una idea falsa y se la considera como un conjunto de añadidos y de ringorrangos, como una serie de bienes mostrencos que están guardados en una cooperativa literaria, y no es eso. El fondo trae la forma. Si usted fuera una oradora política, no hablaría lo mismo a un público de diez personas que a un público de diez mil. El que tenga que decir ante una masa una de esas frases de político: «Llegaremos hasta el fin o nadie nos detendrá en nuestro camino», no la dirá con el mismo tono que el cocinero que en una conferencia culinaria afirme que no siempre la manteca de vaca está bien con el pescado, o la modista que asegure que un lazo verde no sienta bien con un traje rosa.

—Y el cinematógrafo, ¿no puede dar asuntos a los escritores?

—Yo creo que no. Algunos han asegurado que el número de los argumentos es limitado. Un señor Polti escribió un libro para demostrar que no había más que treinta y seis clases de argumentos. Lo mismo se puede decir que hay treinta y seis como que hay treinta y seis mil.

—Pero el cinematógrafo puede dar algún asunto nuevo.

—Es un poco difícil. Por ahora, al menos, el cinematógrafo vive de la literatura hecha. Poe reina en las películas de terror; Dumas y los folletinistas, en las de aventuras, y los saineteros, en las alegres. El cine hace una liquidación de productos literarios con otras marcas y otros marchamos, pero el género es el mismo, de la

misma fábrica: «Made in Literature.»

—Sin embargo, yo encuentro novedad.

—Sí; hay la novedad fotográfica y la fonográfica; pero el escritor que no tiene estos recursos, cuando quiere aislar la esencia literaria de una película se encuentra en la mano con el esqueleto de una cosa conocida y vieja, de una novela o de un sainete y la mayoría de las veces de un folletín.

—¿Ha visto usted *El sueño de una noche de verano*?

—No.

—Pues está muy bien.

—Es posible; ¿pero aumentará la impresión de fantasía que da la comedia de Shakespeare? Es dudoso.

—Y *Frankenstein*, ¿lo vio usted?

—Tampoco.

—Pues aquello era nuevo.

—No tanto. *Frankenstein* es una novela de la mujer del poeta inglés Shelley, y se publicó a principios del siglo XIX.

—¡Ah! No sabía.

—Sí; dicen que el poeta colaboró en la obra de su mujer.

—Veo que debe usted de tener una idea muy mala de nuestro tiempo cuando cree usted que no se puede hacer ni una cosa nueva ni una cosa inspirada.

—¡Qué quiere usted! La literatura es muy vieja, y la vida más. Hemos cortado las alas a la aventura y no hay manera de hacerla volar.

—Yo, a pesar de todo, si fuera escritora, intentaría.

—Las mujeres son ustedes muy optimistas.

—¿Cree usted?

—Así me parece.

—Ensaye usted.

—¡He ensayado tantas veces con poco éxito!

—Pues ensaye usted una vez más.

—Ya ensayaré.

—¿Se le ocurre a usted algo?

—Poca cosa. Por ahora, un título: *Locuras de Carnaval*. Lo pensaba medio dormido, recordando algo de la juventud.

—Muy bien; veremos qué son esas locuras. Haga usted que esas locuras sean locuras de verdad.

—Eso también es difícil. Hay muchos que parecen locos y son, en el fondo, unos cucos.

Nos vamos acercando a Madrid. Saludo a la dama y a su marido y vuelvo a mi departamento.

Por la ventanilla del tren se van viendo los altos de la Moncloa y del Parque del Oeste.

JULIÁN ISASI —de Isasi se firmaba él—, de unos treinta años por entonces, empleado en una embajada, se caracterizaba por su bondad, por su candidez y un poco por su fatuidad y su petulancia. Si hubiera sido vizconde y diplomático, hubiera sido el hombre más feliz del mundo.

Sus aspiraciones se condensaban en unas tarjetas que se hizo en París, en donde estuvo unos días, y que decían así:

JULIÁN DE ISASI
Del Cuerpo Diplomático
Hôtel d'Orsay

Isasi se creía un pozo de ciencia y de maquiavelismo, lo que no le impedía ser un cándido.

Para él, sus amigos eran los seres más ingeniosos y más interesantes que podían encontrarse. No sabía lo que era la envidia; no la comprendía, y cuando quería mostrarse malintencionado, para echárselas de corrido ponía de relieve su extraña ingenuidad.

Isasi tenía la pretensión de hablar el francés como un parisiense, y lo hablaba efectivamente muy bien, quizá con un léxico reducido. Lo pronunciaba de una manera tan perfilada, que un periodista de Perpiñán o de Montpellier que vino a Madrid con motivo de no sé qué ceremonia o acontecimiento político, le dijo una vez con ironía mediterránea y en un *patuá* medio catalán horrible:

—Habla usted muy bien el francés. Ya se conoce que es usted español.

Isasi no comprendió la sorna del hombre del Midi.

Julián pasaba como francés entre los mismos franceses, y tenía los gestos, las actitudes y las inflexiones de voz de un parisiense. Usaba también monóculo. Era un caso de mimetismo.

Una mañana, antes de la hora de comer, volvía Julián de Isasi por la calle de Alcalá vestido con elegancia: traje gris, polainas, gabán claro, bastón y un ramito de violetas en el ojal de la americana, cuando vio a su amigo y condiscípulo Juanito Dorronsoro, que salía del Banco de España. Se acercó a él con los brazos abiertos y le dijo con su aire de parisiense, que le odiaba, que le despreciaba, que sentía por él una verdadera repugnancia.

—Pues ¿qué pasa? —preguntó Dorronsoro, indiferente a las exageraciones de su compañero de la infancia, a quien conocía muy bien.

—¡Qué pasa! Que no te ocupas de tus amigos. No sabemos si te habremos ofendido en algo. Si es así, dilo.

—Hombre, tú ya sabes que estoy trabajando como una bestia y que no tengo tiempo para nada; ya sabes también que me quedé viudo.

—Sí, hombre, sí; ya lo sé. Y tus chicas ¿están buenas?

—Sí, muy bien.

—¡Qué chicas más simpáticas! Van a ser preciosas. No me vengas con modestias de papá, Dorronsoro. Esas chicas son una monada. Por cierto, en la casa donde vivo está la mujer de un diplomático, y le cuento cómo es tu familia y cómo trabajas tú, y quisiera conocerte.

—Ya veré si voy alguna vez.

—Pues mira: hay una ocasión. ¿Tú conoces al doctor Morán?

—No.

—Pues es un gran tipo. ¿No fuiste alguna vez a la casa de huéspedes de la calle de la Abada donde yo vivía de estudiante?

—Sí, creo que sí.

—¿Y no le conociste allá a Morán?

—No recuerdo.

—Es un tipo como no hay otro. Lo que nos ha divertido ese hombre. ¡Qué recepciones dábamos en la casa de huéspedes! El doctor Moran unas veces era el pianista polaco Moraneski, y tocaba el piano con los pies; otras, Rama Sama, el salvaje, y venía medio desnudo con unas pieles, y otras, «la Mujer de la barba», que daba de mamar a un niño ante la concurrencia. Sus mayores éxitos eran como hipnotizador. El doctor Moranoff hacía cosas extraordinarias. El hipnotizado por él, con la mirada fija, seguía a su dedo índice, y cuando se lo mandaban se quitaba los pantalones o intentaba meterse debajo de las faldas de las mujeres. El doctor armaba unos escándalos feroces con una de gritos y de chillidos terribles de las mujeres. Las muchachas y las madres decían que no volverían más allí; pero en la recepción siguiente la casa de huéspedes estaba llena.

—¿Y qué le ocurre a tu doctor? —preguntó Juan Dorronsoro.

—Que ha pensado que tenemos que celebrar el domingo de Carnaval con una juerguecilla plácida. Iremos a cenar a primera hora a un colmado, y después, al baile de la Zarzuela, a un palco, donde tendremos un poco de cena fría, bocadillos de *foie-gras*, jamón en dulce, champán; luego, bailoteo y a la cama.

—¿Y quiénes vais? —preguntó Juan.

—Pues el doctor y yo. Él, con una cómica: Elvira Medrano, y yo, con una chica perfumista que es medio novia mía: la Delfina. La mujer del diplomático, Elena, irá con mucho gusto; pero yo no tengo persona de confianza para que la acompañe. Ahora, si fueras tú...

—Probablemente ella no querría ir con un desconocido.

—Contigo, sí, porque yo le he hablado de ti y de tu familia. Si estás dispuesto a

venir, yo le consulto; si me dice que sí, yo te pongo un continental, y tú me contestas en seguida: «Puedo ir» o «No puedo ir».

—De acuerdo.

—Si aceptas, habrá que variar un poco el plan. El doctor estaba inclinado a que fuéramos a cenar al bar de la Nadadora, de la calle de la Visitación; pero ahí va gente del bronce, y a Elena le alarmaría. Si vas tú con Elena, nos decidiremos por un colmado de la calle de Arlabán, donde va todo el mundo.

—Lo que tú digas.

—Así que estamos de acuerdo. Yo te aviso y tú me contestas con un día de anticipación, por si ella quiere vestirse de máscara...

—Bueno. Está bien.

—Primeramente habíamos pensado ir al baile del Real; pero ¿para qué? Es más caro. Y no vale la pena. No vamos en busca de aventuras. Somos gente prudente. ¿Tú tienes *smoking*?

—No.

—Para la Zarzuela no es necesario. Así que ¿cuento contigo?

—Sí; si esa amiga tuya acepta, yo te contestaré.

Isasi y Dorronsoro siguieron hasta la Puerta del Sol. Allí se despidieron. Dorronsoro tomó el tranvía para los Cuatro Caminos, y se detuvo delante de una casa baja, pintada de ocre, en cuya puerta había un letrero que decía:

JUAN DORRONSORO

INGENIERO INDUSTRIAL

Cubiertas. Armaduras metálicas. Estructuras económicas.

Julián de Isasi siguió por la calle Mayor, bajó a la plaza de Herradores y entró en la casa donde vivía.

DOS O TRES días después, Isasi le escribió a Dorronsoro que su amiga Elena iría al baile, y Dorronsoro le contestó que le indicara sitio y hora para reunirse con ellos. Isasi dijo que sería lo mejor que les esperara en la puerta de su casa de la plaza de Herradores a las ocho y media en punto.

Juan había trabajado durante todo el día y estaba cansado; pero no le importaba. Creía que un poco de distracción le vendría bien.

A las nueve menos cuarto apareció Isasi con dos mujeres en el portal de la casa: una, disfrazada de Locura, y la otra, con un traje verde oscuro. Esta era Elena.

—Aquí les presento a mi amigo Juanito Dorronsoro y Gurruchaga —dijo Isasi—. Elena y Delfina.

Se saludaron.

—¿Y el doctor? —preguntó Dorronsoro.

—A última hora me ha dicho por teléfono que no podía venir aquí y que de nueve a nueve y media, sin falta, estará en el colmado.

—Entonces ¿qué hacemos? —preguntó Delfina.

—Tomaremos un coche —dijo Isasi.

—¿Para qué? —repuso Elena—. ¡Si vamos a tener que esperar! Vale más que vayamos a pie.

—Bueno; pues vamos.

—Yo me voy a poner la careta —dijo Elena.

Se la puso, y como vio que Delfina tomaba el brazo de Isasi, ella hizo lo mismo y se agarró al de Dorronsoro.

Marcharon por la calle Mayor, y después cruzaron por la Puerta del Sol.

—Perdone usted —le dijo Dorronsoro a su pareja—. Yo soy un poco soso, y, además, como no le veo a usted la cara, no se me ocurre decirle nada.

—No se preocupe usted —contestó ella—; no sabe usted lo divertida que voy.

—¿De verdad?

—Sí.

—¿Y por qué?

—Eso de ir de noche entre tanta gente que me mira y que no me conoce y sentirme protegida me entusiasma. He soñado muchas veces ir así.

«Esta debe de ser una mujer romántica —se dijo Juan—; pero, en fin, su romanticismo es cómodo para mí, porque no me exige que la distraiga.»

Dorronsoro recordaba la frase de Larra: «Bienaventurados los que no hablan porque ellos se entienden», frase que había leído cuando era estudiante y algo aficionado a la literatura.

Al llegar a la calle de Sevilla no eran aún las nueve y media, y decidieron bajar por la calle de Alcalá hasta el banco.

A veces Isasi, que iba delante con Delfina, se volvía y preguntaba:

—¿Qué tal, Elena? ¿Vamos bien?

—Muy bien —contestaba Elena.

—¿Se hacen ustedes amigos?

—Sí.

—Pues tenga usted cuidado con Juanito.

—Pues ¿por qué?

—Porque es andaluz. ¡Dorronsoro y Gurruchaga! Completamente andaluz... Ja..., ja..., ja.

—¿Por qué dice que es usted andaluz? —preguntó Elena.

—Porque tengo unos apellidos muy vascos; pero he nacido en Carmona por casualidad.

Al volver a la calle de Sevilla eran más de las nueve y media, y al entrar en el colmado de la calle de Arlabán se encontraron al doctor, que les dijo:

—Hombre, no hay derecho a esto. Venís con retraso. Ahí está en el cuarto Elvira sola con un humor del diablo.

—Tú no puedes hablar, querido —le contestó Isasi—, porque has empezado faltando a la cita.

—Bien; tú ya sabes que por mí no es, sino por ella, que tiene un genio...

—Bueno; vamos arriba.

Subieron por una escalera al entresuelo, y el mozo les llevó a un cuarto reservado. Allí estaba Elvira Medrano, la cómica, con un gesto bastante seco y adusto.

Isasi le presentó a Delfina y a Elena, y después le dijo que la poca puntualidad en la cita no había tenido importancia y había sido una pequeña equivocación.

Se sentaron los seis, y Elena se quitó el antifaz.

Dorronsoro pudo observar a las tres mujeres. La Medrano, la cómica, era guapa, expresiva, morena, con un gesto amargo y dominador. Vestía de gitana y llevaba un collar de perlas y varias joyas. Delfina, la amiga de Isasi (no se sabía hasta qué punto) era flaca, elegante, un poco repipiada, amanerada y con cierto aire de pájaro. Elena, de veintisiete o veintiocho años, no parecía una casada; era una rubia bonita, con ojos claros y expresión cándida.

Había mucha gente en el colmado, y el mozo entraba y salía como una exhalación, aturdido y sin hacer nada de provecho. El doctor, práctico en cuestiones culinarias y de restaurante, se las arregló para que llevaran al cuarto reservado toda la cena al mismo tiempo, que consistía en ostras, una sopa, pollo, pescado y postre.

—Hemos preparado una cena ligera —dijo Isasi, como si fuera el maestro de ceremonias— porque luego, a las dos o las tres, en la Zarzuela, en el palco, habrá otra cena fría con un poco de champán. Me parece que el plan no ha sido descabellado. Yo soy un hombre prudente.

—Es verdad; te lo reconoceremos —indicó Juanito.

Se cenó bien, se bebió un poco exageradamente manzanilla y se habló por los codos. Al principio tomó la palabra Elvira Medrano, que habló de la chismografía de bastidores entre cómicos y cómicas; luego el doctor se dedicó a sus mixtificaciones y a sus anécdotas, y después tomó la palabra Dorronsoro y contó sus apuros y sus luchas de industrial y las preocupaciones que tenía con sus hijas con cierta gracia ingenua. A pesar de que no pretendía llamar la atención, las tres mujeres le escucharon con gran curiosidad y le hicieron muchas preguntas.

—¿Así que tiene usted cinco hijas? ¿Y cómo se llaman? ¿Y qué edad tienen? ¿Van al colegio? ¿Y cuándo se murió su mujer?

Dorronsoro contestaba dando nuevas explicaciones y vaciaba el vaso de cuando en cuando.

Ya habían acabado de cenar, y el mozo, al retirar el servicio, le preguntó al doctor si quería que entrara un cantador y guitarrista a tocar algo.

—Bueno; que entre.

Era un viejo grueso, andaluz, con el pelo gris. Tocó unas seguidillas, cantó unas guajiras y un tango conocido:

*En la época presente
no hay nada tan sorprendente
como la electricidad.*

Se le pagó al guitarrista, y el doctor dijo:

—Pero, señores, ¿ustedes saben la hora que es?

—No.

—Pues es la una menos cuarto.

—¡Qué barbaridad!

—¡Hala! Vámonos.

Elena se puso el antifaz. Bajaron todos las escaleras, a la planta baja, que estaba llena. Cruzaron por entre la gente. Entre aquellos tipos, Juan Dorronsoro vio un hombre seco, aceitunado, que le miró con fijeza. Tenía una cabeza de fuina.

«Yo le conozco a este —se dijo—; pero no recuerdo quién pueda ser.»

Un joven se acercó a Isasi y se puso a hablar con él. Llevaba una nariz postiza.

El doctor, Juan y las tres señoras esperaron un momento en la calle. Cuando salió Isasi le preguntaron:

¿Quién es?

—Es el teniente Quirós, un héroe de Cuba, así como suena, que me reprochaba el no haberle avisado para que viniera con nosotros.

—¿Y por qué no lo has hecho? —preguntó Dorronsoro.

—Porque es un borracho, un loco, capaz de cualquier barbaridad, y podría comprometernos. Además, creo que hoy está de servicio y se ha escapado del cuartel.

—Bueno. Vámonos —dijo el doctor.

Siguieron por la calle de Arlabán hasta salir a la de Cedaceros y bajaron después por la de Zorrilla.

El doctor y la cómica iban delante, y después Delfina, Elena, Isasi y Juan.

—No dejan entrar en los palcos ni botellas ni nada de comer, a no ser que se compre en el ambigú, y entonces es muy caro —explicó Isasi—; pero al doctor y a Elvira, sí. Tenemos provisiones: bocadillos de *foie-gras*, jamón en dulce, pasteles y cuatro botellas de champán, una de Jerez y otra de coñac.

—Veo que eres muy previsor —le dijo Dorronsoro.

—Yo, chico, siempre prudente, ecuánime.

Al entrar en el vestíbulo del teatro, Juan se encontró con el mismo tipo seco y siniestro que había visto en la parte baja del colmado, y que le recordaba un lince o una fuina.

«¿Quién demonio es este? —se dijo—. El caso es que yo le conozco, pero no recuerdo en dónde lo he visto.»

IV
EN EL BAILE

CUANDO ENTRARON nuestras tres parejas en el teatro estaba lleno de bote en bote. Cruzaron entre la gente que llenaba los pasillos. Elvira Medrano y el doctor eran conocidos por el público.

«Esta es la Medrano», se oía decir a su paso.

Al doctor le saludaban, sobre todo, las mujeres.

«¡Adiós, Paquito! ¡Adiós, doctor! ¡Adiós, Paco! ¡Buenas noches! Veo que vas en buena compañía.»

—¿Quiénes son? —preguntó la cómica.

—No sé. Me figuro que serán clientes.

—A ti no te saludan más que las golfas —dijo Elvira con retintín.

Entraron en un palco platea. La cómica y Delfina se sentaron delante con Isasi y el doctor, y Elena y Dorronsoro, detrás, cerca del antepalco. La sala ofrecía un aspecto brillante, animado y febril. Las serpentinas de colores cruzaban de un lado a otro y se echaba confeti, que producía una nube de polvo. Tocaba la música casi constantemente.

—Vamos a bailar —indicó la Medrano.

—Sí, vamos —dijo la Delfina levantándose.

—¿Y usted? —preguntó Dorronsoro a Elena.

—Yo no me atrevo.

—Pues seguiremos charlando.

Salieron Isasi y el doctor, y al pasar la cómica, Dorronsoro le sujetó de la falda como podía hacer un aldeano con una muchacha campesina.

—¿Qué quiere usted? —preguntó ella con asombro.

—Se me ha ocurrido una cosa.

—¿Qué?

—Ese collar de perlas que lleva usted ¿es bueno?

—Sí.

—Pues entonces no se meta usted en ese gentío. Se lo pueden robar.

—No, ¡ca!; pero muchas gracias por la advertencia. Tendré cuidado.

Se quedaron Elena y Juan charlando y comentando el aspecto que tenía el teatro, atestado de gente. Tocaban un chotis madrileño, clásico, de Chueca. El tropel de máscaras no encontraba sitio para bailar.

En un descanso aparecieron el doctor e Isasi con sus parejas, los dos un poco fatigados.

—Se hace uno viejo —exclamó Isasi.

El hacerse viejo para él era tener una distinción más.

—Habla por ti —le dijo Delfina—; yo estaría bailando toda la noche.

—Hablo por mí, querida. Ya no tengo el brío de la juventud.

En esto aparecieron en el palco próximo tres mujeres soberbias, elegantísimas, en compañía de un señor grueso, rojo, de aire de francés, y de un jovencito escuálido. Isasi se colocó el monóculo para examinar a los recién llegados y reconoció al señor grueso. Entonces se levantó.

—¿El señor Pill? —dijo.

—El mismo. ¿Usted es de Isasi?

—Veo que me recuerda, mi querido amigo.

No solo le recordaba, sino que le recordaba como *de Isasi* con la partícula nobiliaria.

Entonces hubo apretones de manos y una de ¡ah! y de ¡oh! completamente parisienses. Isasi venció en el torneo. Se mostró más hombre del bulevar que el francés auténtico.

El señor Pill presentó a Isasi a las mujeres que le acompañaban. Una de ellas era Blanca de Etampes, una rubia esbelta y graciosa, con unos ojos pequeños y una melena corta, que había debutado hacía poco en un *music-hall* de París. La otra era la bella Charito, bailarina de fama en el mundo, y la otra, su hermana. Estas dos andaluzas eran muy guapas, morenas, de unas facciones casi perfectas. Más guapa aún la hermana; pero esta, como si tuviera la idea de que no debía destacarse al lado de la «estrella», iba vestida modestamente.

El jovencito escuálido era periodista.

Las tres mujeres llamaban la atención de todo el mundo. Hablaban francés.

Julián de Isasi se puso el monóculo, tomó el aire más de vizconde posible y preguntó a Blanca de Etampes:

—¿Y cuál es ahora el atractivo de París?

—Ahora, «el Petómano» —contestó ella con una voz un poco ronca. Un hombre que toca la música *par derrière*.

—¡Oh, no! —exclamó Isasi, dejando caer el monóculo.

—Sí, sí. Se mete dentro del elefante de Moulin Rouge y tiene un gran éxito con sus melodías de retaguardia. «El Petómano» se anuncia diciendo: «El hombre que no paga derechos de autor.»

Isasi derrochó sus gracias parisienses de una manera tan exagerada, que cuando volvió a su silla, la Delfina le obsequió con un pellizco en el brazo que le hizo hacer unos gestos poco aristocráticos. En tanto, el doctor hablaba con el joven escuálido, periodista y crítico de teatros, que le dijo que el señor Pill, encargado de un hotel de la carrera de San Jerónimo, andaba entonces con el proyecto de poner un espectáculo de variedades a estilo francés.

Elvira Medrano se mostró agria e ingeniosa. Una máscara le dijo:

—Oye.

—¿Qué?

—Te convido a una docena de ostras en el ambigú.
—¡Gracias! Vete tú solo y seréis la docena del fraile.
—¿Por qué?
—Porque tú me pareces otra ostra.
—Vamos, acepta.
—No.
—Te recogeré a la vuelta.
—A la vuelta lo venden tinto.

En esto acertó a pasar por delante del palco un hombre pequeño, con aire mixto entre torero y cómico. Como todo el mundo le miraba, Elena dijo:

—¿Quién es?
—Es don Tancredo López, el rey del valor.

La cupletista Blanca de Etampes, viendo la curiosidad que despertaba, preguntó a Isasi por qué llamaba la atención aquel tipo, e Isasi le explicó lo que hacía delante de los toros.

—¡Oh! ¡Es inaudito! —exclamó ella.

Una máscara que andaba ya al borde de la embriaguez se acercó al hombrecito y cantó con voz vinosa un cuplé por entonces popular:

*Don Tancredo, Don Tancredo;
el que nunca tuvo miedo.
Don Tancredo es un barbián;
hay que ver a Don Tancredo
subido en el pedestal.*

El aludido se separó del pelmazo y fue en dirección de la puerta.

Eran ya las dos y media de la mañana, y el doctor hizo la pregunta de si no les parecía a todos oportuno tomar un tentempié. Se aceptó la idea y salieron de los envoltorios bocadillos de jamón y de *foie-gras* y pasteles. Isasi y el doctor comenzaron a abrir botellas de champán y a servirlo. En la platea de al lado se hacía lo mismo y se invitaron y se pasaron de un palco a otro pasteles y botellas.

Dorronsoro, al tender la copa, comenzó a cantar el brindis de *La Traviata*: «Libiamo ne'lieti calici.»

Isasi vio a su amigo el teniente Quirós, con su nariz postiza, que le miraba con ansia.

—Sube —le dijo—. Lo que hay será para todos. Pero aquí no se hacen locuras. Nosotros somos personas formales.

El teniente no se hizo rogar y, poniendo las manos en el borde de la platea, de un salto se metió en ella. La cupletista y las bailarinas del otro palco aplaudieron.

—Oye —le dijo Quirós a Isasi—, ¿me permites que diga al doctor Bermejo, que es médico militar y amigo mío, que entre en el palco si no os estorba?

—Sí, hombre; que entre también.

Se presentó Bermejo y se manifestó entusiasta de la cómica Elvira Medrano.

—Este es el momento psicológico de las broncas —dijo el doctor con la copa en la mano.

—¿Usted cree que las habrá? —preguntó Dorronsoro.

—Siempre las hay.

Efectivamente, no pasarían diez minutos cuando se vio a dos máscaras que se pegaban. Eran dos hombres, el uno vestido de Arlequín y el otro con un dominó blanco. Con uno de ellos, con el Arlequín, iba una mujer, que intentó escaparse; pero el dominó blanco la agarró del brazo y, sin careta y con un aire fiero y de mal humor, que acentuaba su bigote negro y espeso, la sacó del teatro.

—Debe de ser el marido —dijo el doctor—; algún buen tendero que ha encontrado a su mujer con el dependiente de la casa.

Los efectos de las libaciones se iban notando rápidamente en las dos plateas.

Blanca de Etampes, de pie, se había puesto a cantar.

Dos tipos más que borrachos de la sala hablaban de ella y de los de su palco.

—Este es un diplomático extranjero, y estas, unas cómicas francesas —decía tartamudeando uno de ellos.

—¡Bah! Ese es un cornudo, y ellas son unas golfas —contestaba el otro.

—*Salud* —le gritaba Blanca de Etampes con una voz ronca de arrabal parisiense.

—¡Golfa! —le contestaba el otro.

—*Cochon!*

—¡Pelona!

El teniente Quirós, que tenía malas pulgas, cogió un pastel de chocolate, se lo tiró al borracho y se lo aplastó en la cara.

—Esto debe de ser sangre —decía el hombre tocándose en la mejilla y mirándose a los dedos.

—¡Ca! Es chocolate. Bueno. Vamos a tomar otra copa —le indicó el acólito.

—Ahora hay que bailar —exclamó Isasi, e invitó a Blanca de Etampes.

Quirós sacó a la Charito; el doctor, a la hermana de esta; el periodista, a Delfina, y Bermejo, a Elvira Medrano.

La orquesta comenzó a tocar el vals lánguido *Frou frou*. Blanca de Etampes bailaba y cantaba la letra en francés. Isasi pensaba románticamente en Bullier, en el Moulin Rouge y en el Moulin de la Galette. ¡Ah! ¡París! ¡París!

La verdad es que no había estado en París más que cuatro días; pero se sentía parisiense hasta la medula de los huesos.

El teniente Quirós empleaba otro repertorio con la bella Charito. Le hablaba con un entusiasmo volcánico, le llamaba gitana y le decía que le pidiera algo, cualquier cosa, la vida, porque era capaz por ella de todo. Ella le escuchaba sonriendo.

El doctor parecía entenderse muy bien con la hermana de la Charito, y Delfina no se mostraba muy contenta con su compañero. Elvira Medrano charlaba muy entretenida con el médico militar, admirador suyo.

—Y usted ¿no quiere bailar? —preguntó Dorronsoro a Elena.

—Si usted quiere, sí.

—Pues vamos.

Juan se levantó decidido, dio el brazo a su pareja y fue por el pasillo cantando alegremente «Alla vita che tarride», del *Bailo in maschera*, de Verdi.

Tocaron el *galop* de *La Mascota*.

Ya perdida la timidez, se metieron por todas partes, tropezaron aquí y allá y se cruzaron con los amigos. A la media hora, Elena, rendida, dijo a su acompañante:

—Yo ya no puedo más. Lléveme usted al palco.

—Como usted quiera. Vamos.

Fueron cruzando entre las máscaras. Al llegar cerca de la salida se había promovido una cuestión entre dos personas.

«Hay bronca», decía la gente.

La causa de ella era la bella Charito. Un señor de unos cuarenta y cinco a cincuenta años le había invitado a bailar y, según decía él, ella le había dicho que sí. Este señor, el coronel Vélez, hombre jaque y mandón, de los oficiales venidos de Cuba, trataba a la bailarina como a terreno conquistado. Ella estaba un poco intimidada.

El teniente Quirós, con su nariz postiza, le decía a la Charito: «Anda, vamos a bailar. No hagas caso».

El coronel agarró con una mano del brazo a la muchacha y con la otra empujó violentamente a Quirós. Este, con una rapidez de rayo, le pegó un puñetazo en la cara al coronel y le dejó la nariz chorreando sangre. Se arremolinó la gente. El coronel, repuesto del aturdimiento, quiso buscar a su agresor, a quien no conocía. El doctor, hombre de soluciones rápidas, retiró al teniente del grupo, le quitó la nariz postiza y le dio un antifaz que sacó del bolsillo.

—Ande. Váyase usted.

—No me voy. Si ella se queda aquí, yo me quedo.

—¿Y si la convencemos de que se vaya?

—Entonces me iré yo también.

Isasi hizo de mediador, y la bella Charito dijo que se marchaba en seguida.

Elena estaba asustada y temblorosa, arrepentida de haber ido al baile.

Entraron en la platea. Isasi, que estaba un poco desencajado, dijo a Dorronsoro.

—Oye, Juanito.

—¿Qué quieres?

—Ahora..., un latigazo de coñac...; ¿eh..., querido? ¿no?... y nos vamos a casa.

—Bueno.

Isasi le echó el licor en un vaso ordinario hasta la mitad.

—¡Por Dios, no beba usted todo eso! —le dijo Elena a Juan.

—Si es un tónico —tartamudeó Isasi—. Yo siempre... prudente... ¿Eh?... Beber un poco..., sí..., pero con prudencia.

Dorronsoro bebió, e Isasi también, y este salió por el pasillo haciendo eses. A Juan, al principio, pareció no hacerle mucho efecto la bebida.

Desde la platea vieron a cinco o seis hombres borrachos, agarrados de la mano, que comenzaban a rodear a las mujeres. Tropezaron varias veces con Elvira Medrano, que hablaba con Bermejo, el médico militar. Ella exclamó en voz alta: «¡Qué gente más bestia!».

Dorronsoro se asomó a mirar lo que pasaba, y en aquel momento divisó al mismo tipo de fuina que había visto en el colmado de la calle de Arlaban y a la entrada del teatro. Apareció y desapareció con un fulgor en los ojos.

Al poco rato, Elvira Medrano se echaba la mano a la garganta y gritaba: «Me han robado, me han robado ahora mismo el collar».

La gente comenzó a reunirse alrededor, se avisó a la Policía, vinieron unos y otros.

Elena presencié la escena con curiosidad, y cuando fue a hacer una observación a su acompañante se encontró con que Dorronsoro estaba dormido como un tronco.

ELVIRA MEDRANO, el doctor Moran, Isasi y el médico Bermejo habían ido a la Comisaría con un guardia a prestar declaración y a explicar cómo se había verificado el robo del collar de la cómica.

Morán, que conocía a medio mundo, era amigo del comisario y le recomendó el asunto y le pidió que no le diera publicidad.

—¿Y no sospechan ustedes de nadie? —preguntó el jefe de Policía.

Bermejo, el médico militar, que era, sin duda, observador, se había fijado en aquel tipo delgado con cara de fuina que llamó la atención de Dorronsoro en el colmado de la calle de Arlabán y a la entrada del baile y lo describió con cuatro trazos.

—¿Un hombre delgado, de unos treinta o treinta y cinco años, flaco, moreno, con los ojos vivos y una cara de malicia como de rata?

—Sí.

—¿Se fijó usted en que tenía un brazo como paralizado?

—Sí; me parece que sí.

—Es el Estudiante. Le echaremos mano. Lo malo es que ya habrá empeñado el collar.

Julián de Isasi, que mientras fue por la calle marchó excitado, hablando y trompicando aquí y allá, al llegar a la Comisaría se sentó en un banco y, al calor de la estufa, se quedó dormido como un cesto. Le llamaron, pero fue inútil.

—¿Es amigo de usted? —preguntó el comisario a Morán.

—Sí. Es de una embajada. Es un buen muchacho. No está acostumbrado y hoy la ha cogido buena.

—Le dejaremos en paz hasta la mañana. Hay otros por ahí que están durmiendo la «mona», aunque no creo que ninguno sea del Cuerpo diplomático.

—El pobre hombre se encuentra en una postura incómoda —dijo Morán—. Vamos a ponerle un poco mejor.

Morán y un guardia lo extendieron en el banco, y el guardia le puso un montón de periódicos sucios como almohada. Eran de algún periódico republicano recogido por la Policía. Isasi reclinó su aristocrática cabeza sobre aquellos papeles, que él seguramente consideraría despreciables, suspiró de satisfacción y comenzó a roncar.

«Sic transit gloria mundi», dijo el doctor con aire de unción y de broma.

Se despidieron del comisario y salieron a la calle. Bermejo, dando pruebas de nerviosidad, aseguró que vivía cerca de Elvira Medrano y que le acompañaría. Ella aceptó y tomaron un coche.

El doctor Morán se marchó a su casa; se encontró con que tenía una llamada urgente para un parto y se fue, dispuesto a pasar la noche en vela con filosofía.

En tanto Elena y Delfina esperaban impacientes en el palco. ¿Qué hacía aquella gente? ¿Adónde habían ido? Delfina estaba pálida de cólera al verse abandonada y olvidada por Julián de Isasi. Elena se sentía avergonzada y con ganas de llorar. Dorronsoro seguía durmiendo.

—No vuelvo a salir más con ellos —dijo Delfina.

—Quizá les ha ocurrido algo —repuso Elena.

—¡Qué les va a ocurrir! Nada. No diga usted tonterías. Se estarán acabando de emborrachar en alguna taberna o habrán ido a acompañar a la Medrano, que es un perro que se las trae. ¿A quién se le ocurre venir aquí con un collar de perlas? Dicen que esa mujer es lista. Yo creo que es completamente imbécil.

Eran las tres y media. La gente del baile tenía un aire de fatiga, de excitación y de cansancio. Las voces estaban roncadas; los trajes, rotos; las caras, desencajadas; la atmósfera del teatro, llena de polvo y de humo. Había hombres y mujeres dormidos en los palcos y en los rincones.

De pronto Delfina se levantó lívida.

—Me voy —dijo.

—¿Qué hacemos con este hombre? —le preguntó Elena.

—Que haga lo que le parezca. Me tiene sin cuidado.

—Yo voy a esperar todavía un momento.

—Pues yo me voy.

Delfina se marchó y cerró la puerta del palco con furia.

Elena se sintió más inquieta. Ir sola a casa le daba miedo. Llamó a Dorronsoro. Era inútil; no se despertaba.

Salió al pasillo y a un acomodador le preguntó:

—¿Será posible encontrar un coche a la salida?

—Sí. ¿Quiere usted que se lo traiga?

—Sí; pero antes a ver si despierta usted al señor.

—¿Es su marido?

—Sí —contestó ella para no dar explicaciones.

El acomodador cogió del brazo a Dorronsoro y le dio tales empujones y gritos que le despertó. Juan pareció serenarse y dijo:

—Parece que he bebido un poco de más.

—Sí, más de un poco —corrigió el acomodador.

Salieron Elena y Dorronsoro del teatro. Estaba lloviendo. Tomaron el coche.

—Le acompañaré a usted a su casa —dijo Dorronsoro—, y luego iré a la mía. Ahora, a la plaza de Herradores —indicó al cochero.

Al principio, Juan parecía haberse serenado, pero con el movimiento del coche volvió a quedarse dormido. Al llegar a la casa, Elena tuvo que despertarle de nuevo. Dorronsoro bajó torpemente del vehículo y se quedó quieto, apoyado en un farol.

—¿Podría usted llevar a este señor a su casa? —preguntó ella al cochero.

—¿Dónde vive?

—En la calle de Bravo Murillo. Él le dirá a usted el número.

—¡Este qué va a decir! ¡Si tiene una tajada que no puede con su alma! Además, yo tengo que encerrar.

Elena pagó al cochero, que se marchó calle abajo. Elena no sabía qué hacer. No tenía llave, y comenzó a llamar al sereno y a dar palmadas. El sereno no aparecía.

—Hay que gritar con más fuerza —le dijo tartamudeando Dorronsoro—. Ya verá usted. ¡Sereno!

Le salía una voz ronca que no se oía a dos pasos.

Dorronsoro abandonó el farol y, vacilando, se acercó al portal, se sentó en el escalón de la casa y se volvió a quedar dormido.

Elena comenzó a llorar de desesperación. En esto, un tipo de chulo viejo, entre mendigo, descuidero y gitano, se acercó a ella y comenzó a hablarla.

—¿Quiere usted que yo le acompañe?

—No, señor.

—¡Menuda curda ha cogido este gachó! ¡Ande usted, que la lleva buena!

El chulo, empeñado en darle conversación, no se iba. Al ver que producía miedo, iba hablando con aire amenazador. Elena estaba espantada.

En esto se detuvo un coche en un portal más arriba. Elena llamó al cochero y le preguntó si estaba libre. Le dijo que sí. El cochero era un tipo de unos cincuenta años, mofletudo y rojo. Parecía un buen hombre. Elena le pidió que le ayudara a meter a Juan en el coche, y entre los dos le llevaron al vehículo.

Entonces el chulo callejero, medio mendigo, medio gitano, se permitió unas observaciones impertinentes, y el cochero, encarándose con él, le preguntó con gravedad cómica:

—¿Y a usted no le han dado nunca dos palos por intruso?

El chulo se deshizo en improperios a cierta distancia.

Cuando entró Dorronsoro y Elena, el cochero preguntó:

—¿Adónde vamos, señora?

—A la calle de Bravo Murillo. Ya le indicaré dónde es.

Había pensado que lo mejor era ir con Juan a su casa y esperar allí hasta que se hiciera de día.

Al comenzar a marchar el coche, el viejo chulo y mendigo empezó a gritar:

—¡Animal! ¡Tío bestia!

—¡Muerto de hambre! —contestó el cochero con desprecio, chasqueó el látigo y siguió su camino.

Cruzaron Madrid. Comenzaba a clarear. La mañana se presentaba triste, lluviosa, con el cielo gris. Tomaron por la calle de Bravo Murillo. Elena no sabía el número de la casa de Dorronsoro. Él no contestaba. Elena, decidida, mandó parar el coche.

—Mire usted —le dijo al cochero—: yo vengo de fuera y no sé el número de la casa. Le pregunto a este hombre y no me hace caso.

El cochero bajó del pescante, le cogió a Juan como a un saco y este se despertó.

—¿Adónde vamos? —preguntó Dorronsoro, sin saber dónde se encontraba.

—A su casa. ¿Qué número es? —le dijo Elena.

—Es más arriba. Yo le indicaré al cochero dónde es.

—Pero no se vaya usted a dormir.

—No, ya no me dormiré. Si ve usted que me duermo, me pellizca hasta hacerme sangre.

Poco después bajó Dorronsoro, pagó al cochero, se acercó a la puerta de su casa y la abrió.

—Pase usted —le dijo a Elena.

Poco después apareció una criada vieja, una vasca flaca y de cara ganchuda.

—A ver si le acompañas a esta señora —le indicó Juan—. Yo voy a ver si me despejo un poco.

La vieja tenía un aire de suspicacia. Elena le contó lo que le había ocurrido.

—¡Jesús, María y José! —exclamaba la vieja a cada paso, llevándose las manos a la cabeza—. ¡Qué Madrid este! ¡Jesús, María y José!

En tanto Dorronsoro marchó a la cocina y colocó la cabeza en el chorro de la fuente. Después bebió dos vasos de agua, encontró un frasco con algo de amoníaco, que respiró, y se presentó en la sala.

—Perdone usted —le dijo a Elena—. He estado hecho un animal.

—Usted no ha tenido la culpa.

—Sí, yo la he tenido, porque debía uno saber contenerse un poco. Cuénteme usted lo que ha pasado, porque no me acuerdo de nada.

Elena le explicó lo ocurrido.

—Y usted ¿qué va a hacer ahora?

—Estaré un rato aquí, y luego me marcharé. ¿Tiene usted teléfono?

—Sí.

—Luego telefonaré a casa; a las siete ya están levantados.

—¿Tomará usted el desayuno?

—No hay necesidad.

—Sí, sí. Aquí nos levantamos pronto. Usted mande. Yo creo que lo que debía usted hacer era ir al cuarto de baño, hacer su tocado, luego tomar el desayuno y, cuando le parezca a usted bien, marcharse. Si usted quiere, yo la acompañaré.

—No, no; ¿para qué?

—Para enmendar un poco la brutalidad mía.

—No, no. No ha estado usted bruto...; imprudente nada más.

—Bueno; no vale la pena de discutirlo. La llevaré a usted al cuarto de baño.

Cuando salió Elena de arreglarse y peinarse vio a una niña que estaba con Dorronsoro.

—¿Es la chica de usted? —preguntó.

—Sí, la mayor, Marta.

—¡Qué bonita!

—Tiene siete años, no crea usted. Y esta noche ha preguntado por su papá, que estaba haciendo de hombre malo en el baile. Aquí se quedan las dos, desayunan y charlan. ¿Tiene usted reloj?

—Sí.

—Pues cuando usted quiera le dice usted a Marta que la lleve adonde está el teléfono.

A las siete y media, Juan se presentó en el comedor y vio a la niña en las rodillas de Elena. Sin duda, las dos se hablaban y se comunicaban sus pesares: la niña porque no tenía madre, y Elena porque no tenía hijos.

—Elena, son cerca de las ocho —dijo Dorronsoro.

—¡Qué barbaridad! Me he olvidado. No sé qué me ocurre.

Elena fue al teléfono, habló con su casa y quedó apurada. Le dijeron que había llegado su marido. Entonces ella, con habilidad, contó que había pasado la noche en casa de su tía y que volvía en seguida.

Se despidió de Juan y de Marta; fue a casa de su tía, que vivía en la calle de Ferraz; le explicó lo que pasaba, y después, a su casa. Contó a su marido lo ocurrido, suprimiendo alguno que otro detalle, y él no se incomodó:

«No hay que apurarse —le dijo—. Es una experiencia de la vida.»

Poco después Isasi llegó a la casa mojado y lleno de barro. Parecía un perro callejero. No estaba para dar explicaciones. Bebió tres o cuatro vasos de agua, se tendió en la cama y se pasó todo el día durmiendo.

Al día siguiente, martes, fue a la oficina y se mostró muy grave y muy desdeñoso. Por la noche, en la cena, comenzó a mostrarse más sonriente. Luego dijo: «Elena, ¡eh! ¡Qué aventura!», y se echó a reír.

UNAS SEMANAS después, un sábado por la noche, estaba Juanito Dorronsoro en su despacho haciendo cuentas. El despacho se encontraba al final de un largo corredor. Iba ya terminando su faena cuando le avisó el mozo que un fraile quería verle.

—¡Un fraile! Es extraño. Bueno; dígame usted que pase.

Dorronsoro apagó la luz que tenía sobre la mesa y encendió la del techo.

Entró el fraile. Era un hombre delgado, moreno, con barba negra corta y anteojos.

—¿Qué quería usted? —le preguntó el ingeniero.

—¿No me conoce usted?

—No.

El fraile se quitó los anteojos. Era el hombre de la cara de fuina y de mirada brillante que había visto en el colmado de la calle de Arlaban y en el teatro de la Zarzuela.

—Ahora, con seguridad, me conoce —dijo.

—¡Hombre! Usted es el del baile.

—El mismo.

—¡El Estudiante!

—*Ecco!* Así me llaman.

—¿El que se llevó el collar de la Medrano?

—Eso es.

—¿Y qué quiere usted de mí?

—Se lo explicaré a usted en un momento. Yo, efectivamente, con otros granujas de mi cuerda, robé el collar a la Medrano. Lo empeñé y me dieron por él quinientas pesetas. Hubo que repartir el dinero entre los socios y me quedé pronto sin un cuarto. Yo conozco, desde hace tiempo, a un fraile navarro que me protege y que quiere convertirme. Le he contado algunas bolas, pequeñas fantasías *ad usum delphini*, y vivo con él en un convento de monjas. La Policía me ha perseguido, pero no me encuentra. Ahora yo necesitaría salir de Madrid, pero no tengo ni cinco céntimos, y he pensado si usted me podría dar diez duros para el viaje. Yo, a cambio de este favor, le entregaría la papeleta de empeño del collar de la Medrano.

—Pero ¿usted cree que yo voy a negociar con esto?

—No, ya lo sé que no; pero se puede usted ganar las buenas gracias de la Medrano...

—No, no me interesan.

—Si no le interesan, no digo nada y me voy. No creo que irá usted a denunciar a un antiguo compañero.

—¿Hemos sido nosotros compañeros?

—Sí.

—¿De qué?

—Nos examinamos juntos en la Escuela de Ingenieros.

—¡Ah!, ya pensaba que le conocía, pero no recordaba de dónde.

—Yo en seguida que le vi le identifiqué —dijo el Estudiante.

—Ha debido usted de dar muchos tumbos en la vida para llegar a ejercer ese arte de robar collares.

—¡Uf! Le diré a usted como Bécquer:

*Mi vida es un erial.
Flor que toco, se deshoja;
que en mi camino fatal
alguien va sembrando el mal
para que yo lo recoja.*

—Veo que es usted hombre culto.

—Sí; tengo mis aficiones literarias. Cuando venía aquí y veía la luz en su casa recordaba aquellos versos magníficos de Baudelaire con los que comienza una de sus poesías: «À la pâle clarté des lampes languissantes...».

—¿Así que usted practica la poesía y el robo?

—La poesía, no. Soy un modesto lector. Además que una cosa no «empece» a la otra, como decía el doctor Calleja en San Carlos. Mi ídolo es Baudelaire. ¿Usted recuerda aquello de *Spleen*?

—No.

—Es extraordinario.

*Quand le ciel bas et lourd pèse comme un couvercle
sur l'esprit gémissant en proie aux long ennuis...*

Baudelaire ha sido mi consuelo. Pero esto no tiene que ver ahora. Decía usted que he debido de dar muchos tumbos en la vida ¡Figúrese usted! Mi vida es como una linterna mágica. Mi padre, militar, decía que tenía malos instintos, y para corregirme me daba cada paliza que me baldaba. ¡Qué alegría sentí cuando se murió! Fue una de las alegrías más puras y generosas de mi vida. Como estudiante, fui siempre número uno, primero en la Escuela de Ingenieros, donde me aburrí porque los profesores eran muy brutos, sin imaginación creadora; luego en San Carlos, donde se estudiaba mal, estúpidamente. Hice dos estancias largas en la Cárcel Modelo. Ya sabe usted aquello que se cantaba en *La Gran Vía*, con música de Chueca:

*Para seguir la carrera
hay que tener vocación,
yendo una vez tan siquiera
a ponerse el capuchón.*

Después del aprendizaje de Madrid marché a Cuba con un batallón de

voluntarios; allí me batí con los mambises como un hombrecito y me recogieron medio muerto en la manigua. De resultas se me quedó este brazo un poco anquilosado. Llegué a oficial de la reserva; más tarde fui practicante en Filipinas; pero se me ocurrió la idea de robar la quinina del hospital y venderla. ¿Qué quiere usted? Locuras de la juventud. Luego estuve procesado en Marsella como falsificador con un compañero, el que me hizo baudeleriano...

—Tiene usted una hoja de servicios extraordinaria.

—No lo sabe usted bien.

—¿Al asesinato no ha llegado usted?

—No; ya conoce uno lo que es matar a la gente en la guerra. Es demasiado sencillo.

—Sí; debe de ser poco interesante. ¿Y qué es lo que le pasa a usted? ¿No le gusta el trabajo?

—Nada. Lo detesto. ¡Qué se va a hacer! Yo no soy como los demás. Yo no tengo los sentimientos de los otros. Yo odio a la sociedad. Todo lo que sea ir contra ella me parece bien.

—Pero ¿es usted algo como un socialista?

—No, no. Yo no pienso más que en mí mismo. Después de mí, el diluvio. ¿No se atribuye esta frase a Luis XV?

—Creo que sí.

—En fin, no le quiero cansar. Usted es un hombre trabajador.

—Cosa que debe ser muy absurda para usted.

—Sí, es verdad; pero yo respeto al hombre que trabaja. Me voy. Aquí tiene usted la papeleta de empeño del collar. Si usted quiere darme esas cincuenta pesetas para mi viaje, me las da. Si no, ¡buenas noches!

—¿Y qué piensa usted hacer con ese dinero?

—Voy a un convento del Norte. Entraré de lego. No sé si me haré un místico o robaré la caja. Ya veré.

Dorronsoro sacó un billete de la cartera y, antes de entregárselo al Estudiante, le dijo:

—Cuando yo presente esta papeleta a la cómica, la Policía se enterará y me preguntará en dónde y cuándo le he visto a usted.

—Diga usted que yo he venido a verle. Únicamente me convendría que no dijera usted cómo he venido vestido.

—Muy bien.

El Estudiante tomó el billete, y, con él en la mano, dijo:

—Casi me molesta tomarle a usted este dinero. ¡A un antiguo camarada! Usted es un hombre comprensivo y he tenido un gran placer en hablarle. Si le hace alguna extorsión el darme este billete, se lo devuelvo y me voy.

—No, no.

—Entonces, ¡adiós!

El fraile se puso los anteojos, salió del cuarto, se deslizó por el pasillo y se escabulló con rapidez. Dorronsoro se asomó al portal, pero ya el hombre había desaparecido en la oscuridad de la calle.

«¡Vaya un pájaro de cuenta! —se dijo Juan—. ¡Qué tipo!»

Poco después el ingeniero telefoneó a su amigo Isasi preguntándole si al día siguiente, que era domingo, estaría en su casa.

«Sí —le contestó Isasi—; ven por la tarde, a las cinco. Tomaremos el té juntos. Tengo que contarte muchas cosas.»

Dorronsoro se presentó a la hora señalada y saludó a Elena y a Isasi, que le esperaban.

—¿Qué hace su niña? —le preguntó Elena.

—Está muy bien. Le recuerda a usted mucho.

—Pues uno de estos días iré a verla. ¿A qué hora vuelve del colegio?

—A eso de las seis y media o siete.

—¿No tiene que estudiar la lección?

—Bien; pero eso no tiene mucha importancia.

Elena e Isasi sirvieron el té. Isasi, con la taza en la mano, dijo:

—Te tengo que contar algunas cosas, Juanito.

—Yo también.

—Este baile de la Zarzuela adonde fuimos ha sido un semillero de cuestiones. La Blanca de Etampes, que parece que estaba sostenida por el señor Pill, riñó con él de mala manera y se ha marchado a París.

—¿Y por qué?

—Porque el señor Pill tenía más atenciones con la bella Charito. Blanca decía que esta es una gitana, y la Charito asegura que Blanca es una judía austríaca que no se llama De Etampes ni Blanca.

—Esto no tiene mucha importancia —dijo Dorronsoro.

—Lo de Quirós ha sido más grave.

—Pues ¿qué ha pasado?

—Quirós se entusiasmó con la Charito, pero como un loco. El lunes, el martes y el miércoles de Carnaval anduvo tras ella, y, al fin, parece que se entendieron los dos. El martes pasearon la Charito y su hermana con el señor Pill, en un coche descubierto, por la Castellana; las dos, con mantones de Manila, y Quirós no las dejó a sol y a sombra, siempre subido en el estribo del coche. En una de estas, el coronel Vélez, a quien él dio un puñetazo en la cara, en el baile, como recordarás, parece que lo identificó. El caso es que a Quirós lo han trasladado a Marruecos; pero él ha pedido una licencia y se va a ir a París tras ella.

—Se ve que todavía hay romanticismo —dijo Dorronsoro.

—Lo malo es que ese Quirós es un temperamento violento y puede hacer una barbaridad si le hostigan mucho.

—Y a ti, ¿te perdonó Delfina tu larga ausencia del baile?

—No. ¡Ca! Ha dicho que no quiere nada conmigo. Creo que ha llegado a asegurar que soy un curda.

—Eso te habrá indignado.

—Figúrate. Una golondrina no hace verano.

—A ver si ella cree que no ha sido una golondrina solo, sino una nube de esos pájaros.

—No, no. Yo no diré que sea una golondrina única, pero tampoco una nube. Seamos exactos.

—¿Y el doctor Morán?

—Pues ese también ha quedado reñido con la Medrano. Ella parece que dice que él es un guasón de mala sombra y que le tiene harta. Ahora el galanteador de la cómica es el doctor Bermejo, amigo de Quirós; pero no creo que se van a entender.

—Pues ¿por qué?

—La Medrano es una mujer un poco seca, y el doctor Bermejo es un sentimental. Elvira tiene un enamorado platónico, que es un estudiante de arquitectura, que le lleva paseando la calle hace cuatro o cinco años. Ella le desprecia. «¿Por qué?», le pregunta Bermejo. «Es un imbécil», contesta ella. Esta crueldad le desagrade al médico, y el otro día no se le ha ocurrido cosa mejor que aparecer con el estudiante en el teatro y presentárselo a la cómica. Ella se ha puesto furiosa y les ha echado a los dos de su cuarto con cajas destempladas.

—La gente está un poco loca —dijo Elena.

Cuando acabó de hablar Isasi, Dorronsoro contó lo que le había ocurrido a él, cómo había aparecido en su casa el Estudiante, le había dado la papelería de empeño del collar de la Medrano y le había pedido cincuenta pesetas.

—¿Y no ha tenido usted miedo de un hombre así? —exclamó Elena.

—¿Qué me iba a hacer?

—¿Tienes ahí esa papeleta? —indicó Isasi.

—Sí; aquí está.

Examinaron el recibo, que era de una casa de préstamos de los barrios bajos. Estaba en regla.

—¿Qué hacemos? ¿Le mandamos el papel a la Medrano? —preguntó Dorronsoro.

—Ella irá a la Policía —dijo Isasi.

—Bueno; que vaya.

—Tú, por de pronto, pierdes tus cincuenta pesetas.

—¡Bah! No es gran cosa.

—Yo le hablaré primero a Bermejo. Dame la papeleta.

Después charlaron de otras cosas.

Al día siguiente, Bermejo e Isasi se presentaron en el despacho de Dorronsoro. Bermejo le entregó las cincuenta pesetas.

—¿Qué piensa usted hacer? —le preguntaron al médico militar.

—Iré con un conocido de la Policía a esa casa de préstamos y le diré al dueño que

el collar es robado y que le indemnizaré en parte de lo que dio; si no quiere, le denunciaré.

Así parece que lo hizo; el prestamista aceptó, y la Medrano pudo lucir de nuevo su collar de perlas.

HACE DOS AÑOS, una tarde de agosto, el doctor Moran estaba tomando un *bock* de cerveza en la terraza de uno de los cafés de la plaza de la Alcaldía, de Biarritz. Pensaba marcharse pronto y volver a San Sebastián en el mismo autobús en el que había ido. La terraza del café estaba llena.

En esto, uno de los mozos condujo a un señor desconocido a la mesa del doctor Moran y le indicó que podía sentarse allí. Morán sacó el dinero para pagar y marcharse.

—Por mí no se vaya usted —dijo el recién venido en castellano.

—No; me iba ya en seguida —contestó el doctor—. ¡Muchas gracias! Vuelvo a San Sebastián, y el autobús sale dentro de un cuarto de hora.

—Yo le conozco a usted de Madrid —exclamó el desconocido.

—Sí, yo también creo que le conozco a usted.

—¿Usted no será el doctor Morán?

—El mismo.

—Pues yo soy Bermejo, el médico militar. ¿No se acuerda usted de aquel célebre baile de la Zarzuela, en el que estuvimos la Medrano, Isasi, un ingeniero..., y en el que a la Medrano le robaron un collar?

—¡Sí, hombre, ya lo creo! Y recuerdo muy bien.

Morán contempló a su compañero y pensó: «¡Qué viejo está este hombre! —Luego, como tipo observador e irónico, añadió en su fuero interno—: Quizá a él le parezca lo mismo de mí».

—Tengo mucho gusto en verle —dijo Bermejo.

—Yo también celebro encontrarle..., y si en algo puedo serle útil...

—¿Se va usted tan pronto?

—Sí; tengo que coger el autobús para llegar a San Sebastián a la hora de cenar.

—¿A qué hora cena usted?

—A las nueve o nueve y media.

—Si quiere usted, yo le llevo; tengo ahí mi cacharro.

—¿Y va usted solo?

—Completamente solo. Si quiere usted, dentro de media hora nos vamos.

—¡Ah, muy bien!

Morán se volvió a sentar.

—No sabe usted lo que recuerdo yo aquel baile —exclamó Bermejo—. Yo he sido siempre un hombre un poco corto de genio..., y de repente aquella noche me encuentro metido en una aventura amorosa... y tengo que ir a la Comisaría.

—¿Y qué fue de Elvira Medrano?

—Se casó con un taquillero. Era una mujer de un carácter difícil...; pero usted la conocía también.

—Yo, como amigo nada más —dijo Morán, inclinándose con una hipocresía amable y cómica al mismo tiempo.

—¡Hum!... No me fío...; pero es igual. El taquillero la domó, al parecer, a golpes... ¿Y su amigo de usted, Isasi?

—Se murió el pobrecillo de la gripe. Yo le visité. «¿Esto no es nada? ¿Verdad?», me decía. «Nada. Eso se cura en la cama y con un poco de coñac»; pero la cosa se fue poniendo mal y mal y se murió.

—¿Y la chica aquella que andaba con él?

—No sé qué hizo; desapareció.

—¿Y la señora que vivía en casa de Isasi?... Una señora muy simpática..., casada con un diplomático.

—¡Ah, sí, Elena! Esa señora quedó viuda poco después de conocerla usted, y al año siguiente se casó con Dorronsoro, el ingeniero. Ha sido una pareja muy feliz: tuvieron dos hijos, progresaron. Para ellos, el baile de la Zarzuela fue un prelude magnífico. De los que conozco de aquel tiempo, estos fueron los más afortunados. De otros no he sabido lo que han hecho.

—¿Se acuerda usted de Blanca de Etampes? —preguntó Bermejo.

—Sí.

—Pues vive aquí en Biarritz, donde tiene una pensión de viajeros que se llama pensión Ramuntcho. Yo la he visto.

—¿Y le ha reconocido a usted?

—No. La otra, la bella Charito, se casó con aquel francés Pill que se hizo rico durante la guerra, y al morir le ha dejado una fortuna enorme y un castillo cerca de Tours. La hermana, que recuerdo que le gustaba a usted mucho...

—Una galantería inocente.

—Se casó también y está con la Charito en el castillo.

—¿Y su amigo de usted, Quirós? —le preguntó Moran.

—Lo de Quirós fue trágico. Yo le vi en Marruecos cuando lo del barranco del Lobo. Era capitán. Se escapó de aquella ratonera por misericordia divina. Luego le encontraba en Melilla. Como seguía bebiendo, le decía: «Chico, vas camino de la cirrosis hepática.» Él lo tomaba a broma y aseguraba: «Mis dos ilusiones son el generalato y la cirrosis hepática.» Quirós se batió bien durante aquellos años, y en poco tiempo ascendió a coronel. Seguía siendo hombre de vida desordenada y vivía con una mujer joven, Rosario, una bailarina que había conocido en Málaga. En esto va destinado a Marruecos de teniente un hijo de Vélez, de aquel coronel con quien Quirós se pegó en el baile de marras. El joven Vélez era un calavera, y por entretenimiento hace el amor a la Rosario y la conquista y la lleva a los cafés y a los teatros. Quirós, ya en la decadencia, le pide a la muchacha por todos los santos del cielo que no le abandone; pero ella no le hace caso y se ríe de él. Entonces Quirós,

frenético, va una noche a una casa de juego adonde sabía que acudía el teniente Vélez y le arma camorra y le insulta e insulta a su padre, de quien dice a gritos que lo ha abofeteado. Se concierta un desafío a pistola, y a la mañana siguiente van los dos al campo con sus padrinos, y al primer disparo, Quirós cae muerto con una bala en la cabeza.

—¡Demonio! ¡Qué final!

—Sí, trágico. Estos hombres impulsivos tienen que acabar de mala manera. El que a hierro mata a hierro muere.

—¿Y no se hizo algún proceso por este desafío?

—No, nada.

—Y el joven Vélez ¿vive?

—No; me han dicho que murió en Annual.

—Eso debió de ser un matadero terrible.

—Horroroso.

—¿Y Vélez, el padre?

—Ese se retiró de brigadier, y está fuerte y todavía presume. Alguna vez le veo en el cinematógrafo... ¿Quiere usted que nos vayamos ya?

—Lo que a usted le parezca.

—Aquí, cerca de la estación, tengo mi cacharro.

Dejaron el café, tomaron por una calle próxima y entraron en el auto. El chofer cerró la portezuela y echaron a andar. Tardaron bastante en salir de las calles y caminos poblados de casas de Biarritz hasta llegar a la carretera general.

Terminaba el crepúsculo; quedaba un resplandor rojizo hacia el lado del mar, y el cielo se llenaba de estrellas; una vaga niebla azulada iba llenando el campo.

—¡Hermosa noche! —dijo Moran.

—¡Magnífica! —repuso Bermejo.

Durante algún tiempo quedaron silenciosos. El coche corría a gran velocidad, subiendo y bajando las cuestas ligeras del camino; pasaban los automóviles con sus dos ojos brillantes y su caparazón de monstruos fantásticos, brillaban las casas iluminadas y resplandecía a ratos el faro del cabo Higuer. Cruzaron San Juan de Luz, la calle larga de Urruña, con su aire aldeano, y contemplaron desde el alto de Behobia las luces esparcidas de Irún y de Fuenterrabía en el estuario del Bidasoa.

—¡Bonito! —exclamó Morán.

—¡Muy bonito! —repuso el compañero.

Esperaron un momento en la Aduana francesa, pasaron el puente internacional y entraron en la carretera española.

—¿Sabe usted de quién me he acordado muchas veces? —preguntó Bermejo.

—No. ¿De quién?

—De aquel tipo raro con su aire de comadreja o de fuina que robó el collar a la Medrano. Recuerdo su mirada luminosa y clara.

—¿Se refiere usted al Estudiante?

—Sí.

—Lo he conocido yo después.

—¿De verdad?

—Sí.

—¿Y cómo no me lo ha dicho usted?

—¡Qué sé yo! Se me ha pasado. No creí que le interesara. ¡Ha conocido uno ya tanta gente!

—¿Y quién era? Cuente usted.

—Pues era un tipo raro. Un hombre con unas condiciones para el mal extraordinarias y una inteligencia clarísima. Como estudiante había sido de lo mejor, estudió un año de ingeniero y dos o tres de Medicina y se aburrió y se echó a la vida del hampa y comenzó a robar y a estafar; luego estuvo en Cuba y en Filipinas; después se hizo fraile... Yo no recuerdo bien sus aventuras.

—¡Qué lástima! Es un personaje a la antigua.

—Sí, un tipo satánico. Hace tres o cuatro años, aquí, en San Sebastián, me lo encontré en un café. Estaba en compañía de un médico y me reconoció. «Usted es Morán», me dijo. «Sí». «Usted solía acompañar alguna vez a la Medrano.» «Alguna que otra vez.» «Sí le recuerdo.»

—¿Y qué aire tenía?

—Estaba muy viejo. Era practicante de un pueblo de la provincia de Navarra. Se había casado con una campesina, con una pastora inocente. Había tomado parte, por lo que me dijo el médico, en un asunto de espionaje durante la guerra, y después, en una cuestión de falsificación de billetes.

—¡Qué hombre!

—Yo no sé lo que hubiera hecho el Estudiante en otra época. Se ve que los tipos aventureros y satánicos ya no prosperan... afortunadamente.

El doctor Moran añadió la palabra sonriendo, como una concesión a la moral.

—Me hubiera gustado conocerle —dijo Bermejo.

—El Estudiante —siguió Moran— iba con frecuencia a Pamplona. Su mujer, que criaba gallinas y patos, solía tener cuentas que cobrar. Entonces iba él, cobraba, se jugaba el dinero, y como lo perdía casi siempre, decía al volver al pueblo que lo había colocado en la Caja de Ahorros. Estaba siempre, al parecer, tramando algo, ideando maquinaciones para hacerse rico. Entonces tuvo el caso de una soltera rica comprometida por un hombre que no podía casarse con ella y comenzó a practicar el aborto. Lo hizo como lo hacía todo: sin preocupaciones, con una frescura inaudita. Llegó a tener fama por esto en la comarca. Le prendieron, le demostraron el delito y le condenaron a varios años de presidio, y fue al penal del Puerto de Santa María ya viejo, decrepito, pero ilusionado, pensando que allí encontraría compañeros para preparar alguna empresa de grandes vuelos. Y allí murió.

—¡Qué hombre! ¡Qué fibra!

—En el pueblo parece que tenía muchos partidarios. Su mujer decía: «Mi pobre

marido es inocente. Le han acusado de muchas cosas falsas.»

—Si ese hombre llega a tener buenas intenciones, ¿qué hubiera sido? —preguntó Bermejo.

—Quizá nada.

Pasaron Irún, Rentería y Pasajes. Se vieron las luces del monte Igueldo, de San Sebastián.

—¿Le dejaré a usted en su casa? —preguntó Bermejo.

—No; aquí mismo, en uno de estos cafés de la Avenida —contestó Morán—. Es todavía temprano.

Al detenerse el auto, Bermejo murmuró:

—Estas historias pasadas no sabe usted qué impresión de tristeza me dejan.

—No hay que ser sentimental —contestó Morán sonriendo—. No es cómodo —y bajó con agilidad del automóvil.

Madrid, febrero de 1936.



ESTA NOCHE madrileña de julio, caliente y pesada, Antonio Latorre, corrector de pruebas en una imprenta de la calle de Jesús del Valle, está, como es su costumbre, sentado en un balcón de un cuarto piso con entresuelo, de su casa de la calle del Pez.

De abajo, del arroyo, viene un rumor de gritos y de voces, chillidos de mujeres y de chicos, canciones, estrépito de radios y de gramófonos. Arriba, en la atmósfera, un poco enturbiada por el vaho y el polvo, resplandece entre los aleros la Estrella Polar y parte de la Osa Mayor.

Acaban de dar las doce de la noche.

Latorre no comprende bien por qué el espectáculo nocturno de la calle del Pez le interesa tanto. La calle no es arqueológica ni histórica. Él, además, se siente egoísta, y desprecia a la mayoría de las gentes, que ignoran la ortografía y la gramática.

Antonio Latorre tiene un cuartito pequeño, con un balcón a la calle, e inmediato a él, una buhardilla trastera, con una azotea de tres o cuatro metros en cuadro sobre el tejado.

Latorre, las tardes de verano, cuando vuelve de la imprenta de la calle de Jesús del Valle, suele coger una regadera y riega las baldosas de la azotea varias veces, hasta que, a fuerza de evaporar agua, quedan, ya entrada la noche, bastante frescas. Entonces saca una silla y la lámpara eléctrica y suele estar leyendo algún periódico.

El corrector de pruebas alterna la azotea con el balcón. De la azotea contempla el brillo de las estrellas y el girar de las constelaciones; pero ese infinito sideral le deja indiferente: Es cosa monótona, se dice, convencido.

Al decir esto vuelve a la atalaya del balcón. Ha avanzado la noche. Ya los chicos no gritan tanto como antes; la canción del día, tan amena como *La canastera*, *Pichi o La carioca*, no se oye con la misma fuerza, y hasta las radios y los gramófonos han perdido algo de su estridencia. Las madres llaman a sus retoños asomándose a la calle desde los portales:

—¡Eh, Pepito, Juanito, Rafa! ¡Que vamos a cerrar!

Entonces se oye la conversación sostenida del señor Pantaleón con la señora Engracia, que cambian reflexiones meteorológicas y filosóficas sobre el tiempo y el calor que hará al día siguiente.

Se oye una hora en un reloj próximo, el ruido del tranvía en la calle Ancha y comienza a reinar un fondo de silencio, en el cual se destacan los pasos de los transeúntes, los siseos de las mujeres que hacen la guardia en las esquinas y el tímido cantar de un grillo. De cuando en cuando resuena la voz de un trasnochador que grita de una manera imperiosa: «¡Serenooo!» Y este contesta al poco rato: «¡Vaaa!»; pero más parece que dice «¡Bah!» porque no se apresura a venir.

Latorre, el corrector de pruebas, escucha desde su atalaya las conversaciones de la calle; lo que le dice un mozo de café al tabernero de la esquina, el dueño del bar al chofer; lo que hablan hombres y mujeres.

Ya más tarde, si la noche no le ha dado un motivo de curiosidad para permanecer en su observatorio, el corrector de pruebas mete la silla en el cuarto, deja medio entornadas las maderas del balcón, bebe un vaso de agua y se mete en la cama.

Mientras duerme como un bendito hablaremos de su vida.

Antonio Latorre y Cortés, hombre de sesenta años, soltero, solitario y corrector de pruebas, era hijo de un militar. Había hecho el grado de bachiller en Huesca y cursado Derecho en Zaragoza, hasta licenciarse en esta Facultad. Al morir su padre, la familia quedó en un estado próximo a la miseria. Antonio estuvo empleado en una azucarera; se cansó de su empleo y se marchó a Barcelona, en donde se hizo amigo de unos anarquistas y colaboró en un periódico de ellos. Firmaba sus artículos *El Licenciado Latorre*. En estos artículos no demostraba más sino que era hombre adusto, individualista y enemigo de las convenciones e hipocresías sociales. Jamás pareció tomar muy en serio las lucubraciones de los Kropotkin y de sus discípulos.

Se le consideró un agitador peligroso; se le persiguió y se le encarceló, y el hombre, cansado de persecuciones, se marchó a América, donde fue profesor de primera enseñanza en varios colegios de distintas y apartadas ciudades. En los diez años que estuvo en el continente americano se le exaltó el patriotismo; volvió a España, trabajó en varias redacciones de periódicos de provincias, y al último se instaló en Madrid.

Durante algún tiempo tradujo para un editor amigo obras del francés, y publicó varios libros sobre América y sobre gramática castellana.

Al llegar la República, el editor, que había encontrado un buen destino, vulgo enchufe, le dijo: «Amigo Latorre, dejo la casa editorial. Los libros no se venden y los americanos no pagan. Sin duda, nuestra República no quiere nada intelectual, y los sinsontes y demás pajarracos del Nuevo Continente no abonan las cuentas. Usted, con sus obras, no va a poder vivir. Ahora tengo con un socio una imprenta en la calle de Jesús del Valle. Trabajamos principalmente para un ministerio; pero hacemos algo de literatura. No tenemos un buen corrector de pruebas. Si quiere usted, tome usted la plaza. Ya nos arreglaremos con la Casa del Pueblo».

Latorre aceptó el cargo, e ingresó después en la Asociación del Arte de Imprimir. Como le quedaban sus antiguos instintos o resabios de individualista, no iba nunca a las reuniones del gremio. Era una abeja solitaria. Escribía por entonces un *Diccionario biográfico del siglo XIX*, que no sabía si lo publicaría alguna vez, pensaba que no, y un *Diccionario de modismos*. Su gran entusiasmo eran los diccionarios. Los domingos y los días de fiesta iba a la Biblioteca Nacional a tomar notas. Latorre no sentía el calor ni el frío. Cuando le decían «¡Qué calor!», él contestaba: «Eso es

sano». Lo mismo contestaba si le decían en invierno que hacía mucho frío. Encentraba un tanto ridículo quejarse de la Naturaleza y de sus inclemencias. La Naturaleza cumplía sus fines a su modo y no era cosa de criticarla ni de discutirla.

Latorre había tenido una criada vieja como ama de llaves, de pocas llaves, durante algún tiempo; pero se le había muerto, y por entonces le arreglaba el cuarto una vecina: la Pepa. Bajaba a comer en la misma vecindad, a un restaurante económico del primer piso, que se llamaba Casa Justo.

El corrector era hombre fuerte y sarmentoso. Para él no había conflictos sentimentales que valieran la pena. Todos ellos los consideraba debilidades, afectaciones un tanto cómicas. No le emocionaba ni el ser viejo, ni el vivir solo, ni el tener delante de sí un porvenir incierto.

Si le hablaban de amores, se reía. Cuando había tenido algún dinero había andado con una o con otra, sin darle a esto la menor importancia.

Vestía siempre modestamente; pero como era alto y esbelto parecía un señor. Su único lujo era llevar la camisa limpia y afeitarse todos los días. Por las mañanas se arreglaba, se cepillaba, cogía el bastón y se marchaba a la imprenta.

Comía solo una vez al día, y en vez de cenar tomaba un vaso de café con leche con un bollo en un bar del Noviciado; compraba un periódico, volvía a su casa y se metía en su cuarto. El rigor del verano solía cambiar el orden de su existencia: hacía un almuerzo frugal, dormía la siesta y dejaba la comida para cuando retornaba por la tarde del trabajo.

Los sábados por la noche no se quedaba en casa y salía a pasear y a dar vueltas por las calles de Madrid. Se mezclaba con la gente que esperaba la entrada en los cinematógrafos, se acercaba a las puertas de los bares y de las tabernas, oía atentamente las explicaciones de los borrachos, veía las parejas que iban al baile: al Buho Rojo, al Salón Leganitos o al de la calle del Barco; hablaba con las carreristas de las esquinas y, después de haber tomado el pulso al pueblo, se marchaba a la calle del Pez y subía a acostarse a su cuarto.

Los libros de la pequeña biblioteca de Latorre eran en su mayoría clásicos. Tendría unos cien volúmenes de prosistas antiguos: en ediciones modernas, Cervantes, Quevedo, Gracián, Mariana, Hurtado de Mendoza, Solís, Bernal Díaz del Castillo; siete u ocho diccionarios, y luego, las carpetas del suyo biográfico y del otro de los modismos, que iban engrosando poco a poco.

El lenguaje popular y las palabras extrañas que surgían no se sabía de dónde le preocupaban. A algunas les encontraba la filiación pronto, porque procedían del deporte, del boxeo o del cinematógrafo. Muchas de estas voces tenían una expansión rápida, y durante algún tiempo todo el mundo las decía. En aquel año, entre la gente pobre de la casa, las palabras nuevas más en uso habían sido: *chanchi*, *majareta* y *choricear*.

Choricear, por robar, se comprendía de dónde venía, porque la Policía llama «chorizos» a los ladrones. *Chanchi*, por cosa buena, no se figuraba qué origen podía

tener, ni tampoco *majareta*, por chiflado. Las dos palabras se repetían hasta la saciedad, y constantemente se oía decir: «Está *chanchi*» y «Ese es un *majareta* perdido».

La literatura actual le parecía a nuestro licenciado despreciable en bloque; creía que hacía ya más de ochenta años que no se escribía en buena prosa castellana. De los autores modernos decía, muy convencido: Son unos inmundos.

En la vecindad, al corrector se le consideraba, y se le llamaba don Antonio, lo que a él le gustaba. En la imprenta, algunos que le conocían de antaño le decían el Licenciado Latorre.

El problema de cómo nuestro licenciado podía encontrarse bien en la vida sin esperanzas, sin comodidades, solo, sin que nadie se ocupara de él, era su secreto. El hombre tenía madera de estoico.

En su mesa negra de la imprenta, como en su cuartucho de la calle del Pez, se le veía tranquilo y sereno, sin pedir nada a nadie. En la imprenta se refocilaba cuando señalaba una frase defectuosa en la prosa de algún autor conocido, y escribía en el margen de la galerada: «¡Ojo!» También disfrutaba cuando ponía puntos y comas o encontraba una falta garrafal de ortografía en un manuscrito.

En su cuarto se entretenía leyendo, mirando de noche, como un atalayero, lo que pasaba en la calle o contemplando el cielo desde su azotea, misterio extraño, que consideraba poco interesante al lado de los problemas de la gramática y de la ortografía.

Para su esparcimiento, y en un estilo un poco imitado de Quevedo y de Vélez de Guevara, nuestro amigo Latorre había escrito los *Diálogos de los gatos en los tejados* y las *Controversias nocturnas de las chimeneas de Madrid*.

La casa donde vivía el licenciado no era antigua ni tenía nada arqueológico. Era una casa vieja, de ladrillo, que hacía esquina y que tendría cincuenta o sesenta años: la vejez de una persona mal tratada. La gusanera humana que había vivido allí y había subido y bajado, abierto y cerrado puertas, la había usado de tal manera, que los escalones estaban desgastados, las paredes desconchadas, la pintura saltada y los goznes y picaportes desvencijados. El patio interior, estrecho, era oscuro, y las cuerdas para tender la ropa formaban como una tela de araña negra, a través de la cual pasaba difícilmente la luz hasta el fondo.

En el piso bajo de la casa había una tienda de comestibles, una mercería y un bar, medio taberna, que hacía esquina. El entresuelo se dividía entre una gran casa de préstamos, que mostraba como anuncio este rótulo: «El Mundo Comercial. Compraventa», y el restaurante la Casa Justo, que no tenía más que un balcón a la calle del Pez, con su enseña, y otros cuatro a una calle transversal. Entre estos últimos balcones, y sobre un fondo de color sonrosado, que se destacaba sobre el amarillo terroso de la pared, estaban fijados con pintura negra los precios del restaurante de las

comidas y de los abonos por vales de sesenta y ochenta almuerzos y cenas. La comida con sopa, cocido y principio costaba 1,50; pero como el precio de los alimentos había subido desde la época de la pintura, el 5 había habido que transformarlo en 8, y en vez de 1,50 costaba el cubierto 1,80. Dada la crisis económica de los tiempos, se suponía que la cifra tendría que cambiar pronto nuevamente.

En el primer piso de la casa había una academia preparatoria para opositores a ciertas carreras y una consulta de enfermedades de las vías urinarias.

Después, en los demás pisos, vivían particulares: el director de la academia preparatoria, el dueño de la tienda de ultramarinos, un representante de máquinas de escribir, una viuda que alquilaba cuartos con o sin, que tenía la costumbre de poner un papel blanco en el lado izquierdo del balcón, para significar que admitía huéspedes; una pitonisa y varias gentes que iban y venían, y entre ellas el licenciado Latorre, que, además de sus ocupaciones habituales de la imprenta, de escribir su Diccionario biográfico y el de modismos, tomaba notas sobre la vida y las costumbres de la gente de la casa.

EL LICENCIADO Latorre tenía dos modalidades literarias bastante frecuentes: cuando escribía sus notas o redactaba una carta llamaba a las cosas por su nombre, como todo el mundo; ahora, cuando se dedicaba al estilo castizo se engallaba, tomaba una actitud enrevesada y gongorina, se dedicaba con fruición a una culta latiniparla y llegaba a conseguir el alto fin de que no se le entendiese más que con dificultad. Entonces para él el sol nunca era el sol, sino el astro del día, el rubicundo Apolo o el rutilante Febo.

De la literatura del licenciado no se podría sacar un detalle real y auténtico; de sus notas, sí.

Latorre hizo el padrón de los inquilinos de su casa de la calle del Pez.

En el piso bajo había tres tiendas. Una, la principal, de ultramarinos, de Arturo Fernández Sama; otra, de mercería, de Crisanto Rico, y el bar del Pez, de Manolo.

Don Arturo Fernández Sama, asturiano, soltero, hombre de unos cincuenta años, esbelto, de bigote negro y pelo entrecano, vivía en el segundo piso. Por la mañana y por la tarde bajaba de su casa a la tienda con un guardapolvo gris entallado, sin nada en la cabeza y se dedicaba a cortar los jamones delante del escaparate, lo que hacía con un arte exquisito. Después de cortarlos olía los trozos, pero de una manera tan fina, tan elegante, que daba la impresión al comprador de que aquellos trozos de cerdo no podían oler más que a ambrosía.

El señor Fernández Sama ornamentaba su escaparate con géneros atractivos, como jamones, latas de conserva, embutidos y frutas. En la decoración no había llegado a la altura de otro tendero de la misma calle que formaba un retrato de aire cubista de Alfonso XIII con bacalaos, retrato que parecía muy propio del monarca caído tanto por el dibujo como por los elementos secos que lo constituían.

Don Crisanto Rico, el dueño de la mercería La Moderna, no solo no era rico como su apellido, sino que andaba con su comercio de mala manera. La mercería estaba en crisis como el parlamentarismo. Cuando el mercero pasaba por delante de la tienda de ultramarinos de Fernández Sama, con sus latas y sus jamones, siempre llena de parroquianos, torcía melancólicamente la cabeza y pensaba que había marchitado su vida entre las cintas y las puntillas, empeñado en seguir con un comercio romántico, cuando debía haber descendido a la venta de cosas más substanciosas y más vulgares.

Respecto a Manolo el del bar del Pez, era un ¡viva la virgen! sin escrúpulos. Lo mismo le daba tener un bar que una funeraria, que una tienda de ortopedia. La cuestión para él consistía en sacar dinero de cualquier modo, tomar un automóvil con alguna socia y gastarlo alegremente en algún merendero de El Plantío o de la Cuesta de las Perdices.

El entresuelo de la casa era lo más importante de ella. Allí estaban instalados El Mundo Comercial y la Casa Justo.

El Mundo Comercial, compraventa, era una casa de préstamos de lo más acreditado del barrio. Allí se podía encontrar de todo, desde una pianola con aparato de radio de mil duros a una pluma estilográfica de seis reales; desde un Greco y una tabla gótica, delicadamente falsificados, hasta una cromolitografía de la República española con gorro frigio, bandera tricolor y un león fiero, que se podía adquirir por dos pesetas.

El dueño de El Mundo Comercial, don Félix Díaz López, hombre más listo que el hambre, era rechoncho, moreno, con los ojos vivos, misántropo, trabajador y enemigo de las conversaciones largas. Cuando veía que alguno de sus empleados discutía largamente con un cliente, se acercaba y le decía a este: «Perdone usted, señor. Es lo que se puede dar aquí. Si le conviene lo acepta, y si no, lo deja».

Don Félix tenía cuatro empleados y su hijo, que hacía de secretario. La vida del prestamista debió de ser difícil en sus comienzos. Había venido a Madrid de chico de un pueblo de la Mancha. Fue de todo: peón de albañil, vendedor callejero, hasta que empezó a prestar. Por entonces le apodaban *el Beato* y *el Chaveta*. Chaveta, probablemente, por su inteligencia. Ya en regular posición se había casado y había tenido un hijo; pero la mujer no le quería; se separó de él, y cuando vino la República quiso divorciarse.

Se decía que don Félix, que tenía varias casas en Madrid, era también dueño de esta de la calle del Pez donde tenía su principal comercio; pero otros aseguraban que no era verdad.

Don Félix vivía en la calle del Molino de Viento. Hacía una vida muy retirada. Su hijo tenía los gastos pagados y doscientas pesetas al mes para sus diversiones.

Don Félix era muy reaccionario, muy buen católico y maldecía de los agitadores y de los extremistas, que, según él, estaban echando a perder a España e impidiendo todos los negocios. Había tenido durante la dictadura un gran fervor oculto por Primo de Rivera. Nunca lo había manifestado, porque creía que el comerciante no debía mezclarse en política.

Don Félix, que, a pesar de su oficio, era un tanto sentimental, se encontraba solo y sentía su soledad. El hijo no pensaba más que en divertirse; la mujer le escribía insultándole y pidiéndole dinero. Una criada vieja no le quería.

Don Félix, las tardes de verano, después de cenar, salía en automóvil a Cercedilla, y en la casa de campo que tenía aquí pasaba la noche. Algunos decían que rezando.

Enfrente de la puerta de El Mundo Comercial estaba la de la Casa Justo, restaurante económico.

El comedor era pequeño y no muy claro, con el techo bajo y tres balcones. Tenía las paredes pintadas de amarillo, con unas guirnaldas de color de rosa y el suelo de baldosines. Había dos filas de mesas, unas para dos y otras para cuatro comensales, con un mantel blanco con franjas rojizas, y en medio, una botella de barro. Desde los

balcones, enfrente, en la calle estrecha se disfrutaba de la vista de una carbonería y de una fábrica de corcho.

El dueño no se llamaba Justo, sino Blas Medina. Justo había sido su antecesor; pero como la casa era conocida por este nombre, se le había conservado.

Blas Medina, en toda la vecindad, era conocido por el mote de *Pastelillos*.

Pastelillos era cocinero y andaluz, hombre muy trabajador y de poca suerte. Era grueso, pálido, y solía andar con un gorro blanco.

Pastelillos tenía tres hijas; las dos mayores correteaban y pindongueaban de aquí para allá; en cambio, la pequeña, Mercedes, era un poco la cenicienta de la casa: servía la mesa, fregaba platos y había tenido una novela sentimental con un joven aristócrata tronado.

La única satisfacción de Pastelillos era irse a la cama. Cuando concluía su trabajo se lavaba cuidadosamente y decía: «Me voy a Málaga», y al poco tiempo estaba roncando.

En la Casa Justo se recordaba con frecuencia que una cantante, la Pura Doni, cuando estudiaba en el Conservatorio y vivía en el cuarto piso con su madre, había llevado las cuentas de la fonda.

El licenciado Latorre se sentaba en un rincón del restaurante, unas veces observando a los comensales, otras con el periódico delante de los ojos para aislarse y no ver a la gente, que le parecía de una petulancia pedantesca que le desagradaba.

El verano, sobre todo, le irritaba el que apareciesen jóvenes en camiseta mostrando el pecho y los brazos peludos.

«¡Qué porquería! No parece sino que estamos en una cuadra», solía decir.

El licenciado, a pesar de su antiguo anarquismo, era ceremonioso y le molestaba la ordinarietà en las formas.

«Se puede ser pobre y correcto», pensaba.

Pastelillos solía acercarse a saludar a Latorre y a charlar un rato con él, y también le solía saludar Mercedes, su hija, y un empleado, Ríos, que vivía en la casa, hombre amable y elegante, con la cara pálida, aguda y fría, que trabajaba como un negro, pues tenía cuatro o cinco empleos, y los veranos enviaba a su mujer y a sus hijos a la sierra.

En el primer piso de la casa había establecida una academia para opositores a cargos del Estado y una consulta de enfermedades de las vías urinarias. Por la tarde, en los balcones que pertenecían a la academia se veían jóvenes que escandalizaban y siseaban a las mujeres que pasaban por la calle.

En el segundo piso, dividido en dos habitaciones, vivían Fernández Sama, el dueño de la tienda de ultramarinos, y el señor Prats, director de la academia.

Fernández Sama tenía una antigua ama de llaves y dos criadas. Salía poco de noche, y cuando salía iba al cinematógrafo. El domingo, sobre todo el verano, alquilaba un auto con dos amigos asturianos, escogía las mejores lonchas de jamón de su almacén e iban los tres muy de mañana a la sierra a algún sitio poco frecuentado, y

después de pasar la tarde y cantar aires de su país volvían a Madrid.

El director de la academia, el señor Prats, se dedicaba según decían, a grandes lucubraciones científicas, mientras su mujer, una rubia gruesa y basta, con el pelo oxigenado, y su hija, una sílfide platinada, pintada y con vitola de tanguista, salían todas las noches a los teatros y a los cines y volvían en auto a las primeras horas de la madrugada.

En la vecindad se compadecía al señor Prats porque no había orden en su casa, y a pesar de que ganaba mucho, estaba lleno de deudas.

El tercer piso, dividido en tres cuartos, lo habitaban Ríos el empleado, que era, además, representante de una máquina de escribir; una señora, viuda de un coronel según ella, que tenía huéspedes, y una modista, Aurora Ferrer, que era la oficiala principal de una tienda de modas de la Gran Vía.

De esta Aurora Ferrer, que vivía con su madre, se contaban muchas cosas, y era lo cierto que trasnochaba con frecuencia y volvía en automóvil muy tarde.

El piso cuarto, era el que más interesaba a Latorre, y en él tenía sus amistades. En una de las habitaciones medio buhardillas había vivido una señora arruinada, venida a menos: la señora de Velasco. Esta señora tenía una hija muy guapa, la Puri, que estudiaba canto. La Puri, muchacha muy inteligente, llevaba las cuentas del restaurante Casa Justo y sostenía a su madre. La Puri había tenido éxito en el teatro, y por entonces estaba en América. La Pura Doni llevaba camino de ser una «estrella».

El licenciado Latorre la recordaba mucho. Había hablado con la muchacha repetidas veces y le dio nociones de literatura clásica y de historia, y ella le atendía y le escuchaba con gusto. A veces la cantante le escribía desde los pueblos lejanos donde trabajaba.

En el cuarto ocupado en otro tiempo por Pura Doni vivía una mujer, doña Claudia, que echaba las cartas, adivinaba el porvenir y se anunciaba en los periódicos como *madame Blond*.

La otra inquilina era la Pepa, la mujer que arreglaba la habitación a Latorre. Esta Pepa, separada del marido, con tres hijos, un varón y dos hembras, ya crecidos y otros dos pequeños, muy buena persona y muy trabajadora, era para la administración de su casa una calamidad. Los hijos mayores la saqueaban, y ella tenía que ir con frecuencia a casa de una hermana en buena posición y a quien admiraba mucho, a pedirle algo.

El marido de la Pepa, un empleado pedante y de malhumor, despreciaba profundamente la manera de ser de su mujer.

«Es una loca, es una mala administradora», decía a sus hijos.

La Pepa se sacrificaba por ellos. El hijo mayor, Marianito, un poco chulo y matón, hacía conquistas con facilidad y las abandonaba. Esto le daba prestigio.

Las hijas mayores, la Paqui y la Sole, eran como dos cabras. Una llevaba el pelo negro, y la otra, rubio platino. Les gustaba ir al cine y a bailar a los salones y *cabarets*. Su conversación era un tejido de chistes y de frases populares. A veces

tenían gracia.

Llevaban una vida bohemia y estaban desmandadas. Vestían sombreros y trajes elegantes, se pintaban y a veces no aparecían en su casa en veinticuatro horas. Una de ellas, la mayor, la Paqui, debió de quedar en mal estado y, según las malas lenguas, la llevaron a casa de una comadrona; pero la operación no se hizo con toda fortuna, porque la chica estuvo enferma durante un mes.

El licenciado Latorre solía cruzarse con ellas en el descansillo de la escalera y las oía cantar *Las Leandras* o un pasodoble torero:

*Marcial, eres el más grande;
se ve que eres madrileño...*

El otro inquilino del piso cuarto, Manolo el del bar del Pez, tenía la especialidad de ser juerguista y republicano.

Por este cuarto piso medio abuhardillado andaban con frecuencia vendedores que daban una cazuela, una bombilla de luz eléctrica o una bata de mujer a crédito, y luego la cobraban a plazos de veinte o de treinta céntimos al día.

Los chicos y chicas de la vecindad eran de la piel del diablo, sobre todo las chicas. Buscaban el sorprender las conversaciones escabrosas y el enterarse de lo que pasaba tras de las puertas cerradas en cuartos y en rincones.

Estas chiquillas pálidas, desvergonzadas y chillonas, sabían las canciones más verdes y los juegos de palabras más cínicos; tan pronto jugaban a la comba como provocaban a los mocitos diciéndoles insolencias y suciedades. Seguían con la mirada a las busconas desde los portales y las veían llamar y hablar con los hombres.

Los chicos vivían soñando con las aventuras de los personajes del cine. Tenían como grandes héroes a los boxeadores, futbolistas y corredores. La afición por los toros no había brotado en ellos; quedaba en sus padres. Tampoco tenían el gusto por el teatro. Pistolas, robos, escalamientos, secuestros, constituían su ideal, como entre las chicas las coqueterías y el ser mujeres fatales.

Todos estos chiquillos sabían todo lo malo que puede saber una persona mayor, lo que no les impedía después ser gente tranquila y trabajadora.

Aunque no habitaba en la casa, estaba íntimamente unida con ella la señora Lola, una viuda dueña de un almacén de vinos que vivía enfrente. Esta viuda tenía un empleado muy pincho y se suponía que se entendía con él.

Otra mujer de la misma casa era doña Pili, vieja que estaba continuamente en un mirador espiando lo que ocurría en la vecindad, sobre todo en El Mundo Comercial, en casa de Pastelillos y en la academia.

Las hijas de la Pepa y muchos de los inquilinos la tenían rabia por su curiosidad y a veces le hacían gestos y le enseñaban la lengua.

El cancerbero de la casa era la portera, la Alfonsa. Ella vigilaba, tomaba nota; no le pasaba nada por delante de los ojos sin que lo averiguase. Era un juez de instrucción. Tenía un olfato de sabueso para descubrir los líos de la vecindad. El que

iba a empeñar, el que iba a comer, el que preguntaba por el médico especialista, la muchacha del tercero o del cuarto que tenía mal aspecto, nadie pasaba sin dejar en la portería algo de su secreto.

Al licenciado Latorre le protegía porque le consideraba como a un infeliz. El prestamista don Félix hablaba con ella y le daba propina; Pastelillos hacía lo mismo. La Pepa y sus hijas decían que la Alfonsa era una mujer de pronóstico reservado, de aviesas intenciones, capaz de jugar una mala pasada a cualquiera. Tenía odio a todos los que no se rendían a su poder.

El marido de la Alfonsa, un cero a la izquierda, estaba empleado en unas dependencias de la tenencia de alcaldía de Chamberí.

Hecho el padrón de la casa según el licenciado Latorre, veremos algo de lo que pasaba en ella por el sistema empleado por Asmodeo, el Diablo Cojuelo, con don Cleofás Pérez del Zambullo.

HACE DOS AÑOS, un día de agosto —dice el licenciado Latorre— apareció en el comedor de Casa Justo, por mal nombre, Casa de Pastelillos, un joven gomoso que llamó la curiosidad de los concurrentes. Era pálido, rubio, esbelto, de nariz larga, ojos azules y labio inferior un poco colgante. Tenía aire de aristócrata; vestía con cierta afectación terno claro, camisa de color y zapatos blancos. Llevaba una sortija grande en un dedo de la mano derecha con un sello con escudo.

Después de comer subió a casa de la Pepa y estuvo hablando con mucha animación, a juzgar por las risas y la algazara.

Al día siguiente pregunté a mi vecina quién era aquel muchacho y me dijo:

—Es mi sobrino Adolfo.

—Tiene usted un sobrino muy elegante.

—Sí —y se echó a reír.

Alguna que otra vez el joven apareció por el comedor de Pastelillos, y un día la Pepa me dijo que iba a llevar a vivir con ella a su sobrino Adolfo.

—Muy estrechos van ustedes a estar tanta gente en una casa pequeña —le indiqué.

—Ya veremos qué combinación hacemos —contestó ella.

Por entonces la pitonisa doña Claudia, que se las echaba de grafóloga, se presentó en mi cuarto y me pidió que le pusiera en castellano correcto un informe que había escrito acerca del carácter de la señora de un diputado, cliente suya. Hice su encargo y no le llevé nada por él. En pago me convidó a cenar. Nuestra sibila vivía bien; tenía un despacho amueblado con cierta elegancia, un comedorcito, la alcoba y la cocina. Era una mujer de una edad indefinible, delgada, con los ojos negros y la expresión despierta. Tenía una asistenta, que solía hacerle la comida y estar en las horas de consulta para recibir a los clientes.

Cenamos mejor de lo que yo esperaba. Hablamos de muchas cosas, y después, de la gente de la vecindad y, sobre todo, de la Pepa, que era una mujer bondadosa que se sacrificaba por sus hijos y a quien ellos no agradecían el sacrificio.

Esta es, sin duda, la ley natural de la vida entre padres e hijos, protectores y protegidos, sacrificados y sacrificadores.

—Ya ha visto usted que ahora ha traído a un sobrino —le dije:

—Sí, Adolfo Santovenia; le conozco —me contestó ella.

—¿Le conoce usted?

—Sí, y conozco su historia.

—¿No será por las cartas?

—No —repuso riendo doña Claudia—. Conozco al mayordomo de una marquesa

que ha pagado los gastos de la vida y de la educación del muchacho.

—Pero ¿es que el chico ese es de la aristocracia?

—Sí, por la mano izquierda. Hace unos cuarenta o cincuenta años vivió aquí en Madrid una María Luisa, austríaca o húngara, que estaba enredada con uno de la embajada. Tenía un apellido como Kasinky o cosa por el estilo. Esta mujer tuvo amores después con un pollo madrileño, Alfonso Santovenia, y de sus amores nació Luisa Santovenia. Luisa Santovenia figuró entre la juventud de hace treinta años; era muy bonita; se casó, se separó del marido, anduvo de mala manera, se enredó con un tipo jugador y calavera, Pepe Ruiz Portocarrero, también hijo natural, y nació este chico, Adolfo Ruiz Santovenia. El Pepe Ruiz, que era un trapisondista completo, fue cómico y empresario y murió en la miseria. La Santovenia murió también. El padre de Pepe Ruiz, que era un chulo andaluz muy conquistador, se casó con una peinadora y tuvo dos hijas: la Pepa y la Ángeles.

—Malos antecedentes de familia tiene el joven Adolfo.

—¡Figúrese usted! Con lo que había corrido la madre y con el padre alcohólico y medio loco.

Las noticias de doña Claudia me hicieron fijarme en Santovenia. La Pepa lo trajo a mi casa para que lo conociera.

Adolfo tenía una idea absurda y desmesurada de sí mismo. Se creía genial y libre de deberes y de obligaciones. Era —así le decían los amigos, probablemente en broma— un superhombre. Contrastando con su orgullo, se mostraba a veces sentimental y modesto. La versatilidad constituía el fondo de su carácter.

El chico estuvo en un colegio hasta los dieciocho años, pagado por una vieja marquesa, abuela suya. Esta señora tenía un mayordomo extremeño, hombre honrado, que daba cuenta clara del dinero que le entregaban.

Como a los dieciocho años el joven Adolfo protestaba de que le tuviesen en el colegio y no quería ir a una pensión ni a una casa de huéspedes, sino vivir su vida, como decían hace tiempo los ibsenianos, el mayordomo, con el beneplácito de su señora, le alquiló y le amuebló una casa de soltero en un edificio nuevo de la calle de la Florida.

Adolfo se dedicó a la elegancia y al dandismo y acabó empeñándose y vendiendo los muebles.

Entonces el mayordomo, sin saber qué hacer, llevó al muchacho a casa de su tía Ángeles. La Ángeles era una mujer muy guapa y alegre; había sido corista, había frecuentado casas de comedor y por entonces vivía con un contratista viudo, a quien embaucaba con sus tretas, entre ellas la de echar las cartas.

La Ángeles se enredó con su sobrino. A ella no le parecía esto cosa mayor. El contratista, el señor Fabián, asturiano, que no aceptaba bromas, puso pronto en la calle al joven Adolfo, más que nada, por su impertinencia. Él quería mandar en su casa y hacer lo que le diera la gana, y decir lo que le pareciera sin que nadie se permitiese llevarle la contraria ni hacer un comentario.

El señor Fabián no era amigo de señoritos. Él había comenzado su vida cocinando ladrillos y llevando sacos y creía que todo el mundo debía comenzarla de un modo parecido.

El señor Fabián era un epicúreo que vivía casi exclusivamente para comer. Su preocupación principal era la buena comida, y se conmovía contemplando unos pollos gruesos, un pescado fresco o unos espárragos de Aranjuez. Después de comer había que dejarlo entregado a las delicias de la digestión. Un manjar quemado lo recordaba como una desgracia al cabo de varios días. A pesar de su epicureísmo y de su sensualismo, era un tanto espiritista y creía en los agüeros, en el mal de ojo y en las cartas.

La antipatía entre Santovenia y el señor Fabián fue recíproca, y al comprobarla la Ángeles le llevó al muchacho a casa de la Pepa. Esta podía cobrar la pensión que daba el mayordomo extremeño de parte de la marquesa.

La Pepa dispuso tomar un cuarto para Adolfo en la pensión del tercero y que comiera en casa de Pastelillos.

Las primas, la Sole y la Paqui, le recibieron con entusiasmo, y, según los murmuradores, se entendió con la una y con la otra.

El primo Marianito, que era un chulo, podía permitir estos escándalos en otra casa, pero no en la suya, y hubo entre Adolfo y él riñas frecuentes, y una vez se atacaron con violencia. Marianito, después de insultar a sus dos hermanas, a la Sole y a la Paqui, le pegó a Adolfo un puñetazo en la nariz y lo dejó sangrando.

La Pepa intervino, sin darle a la cuestión mucha importancia. Para ella todo era cosa de risa.

Se decidió que Adolfo no subiera al piso cuarto. Cuando Marianito y él se veían en la escalera tomaban los dos una actitud de desafío bastante ridícula.

El joven Santovenia se acercó a mí y comíamos en casa de Pastelillos en la misma mesa. Entonces estudiaba Derecho o hacía como que lo estudiaba. Se las echaba de aristócrata y de *dandy*. Yo le decía que era un *dandy* de la calle del Pez, un Byron de Casa de Pastelillos. Él me dirigía también algunas pullas por mi oficio de corrector de pruebas y aseguraba que la ortografía había que suprimirla por inútil.

—Eso dicen todos los que escriben huevo sin h —le replicaba yo.

—En cuestión de huevos —contestaba él—, lo que yo prefiero es que estén frescos.

El joven Santovenia, que presumía de monárquico y de católico, me dijo un día que se había afiliado al partido comunista.

—Usted está loco —le indiqué yo.

—¡Ca!

Otra vez me trajo un artículo escrito por él titulado: *Seamos bolcheviques*, y firmado por Adolfo Ruiz de Santovenia y Portocarrero.

«¡Eche usted apellidos!», le dije yo.

El muchacho era un impulsivo, con muchas taras de familia, pero no era mala

persona. De niño había padecido el baile de San Vito, y después, convulsiones y fiebres nerviosas.

Tenía por entonces, según afirmaba él mismo, un carácter de exaltación y de debilidad que persistía en él, aunque él creía que no.

En el colegio de los frailes, según me contó, se sentía místico y patriota, y una vez que recitó en una fiesta los célebres versos de Bernardo López García *Al Dos de Mayo*, que suenan como cañonazos:

*Oigo, Patria, tu aflicción
y escucho el triste concierto,*

lo hizo con tanto ímpetu que se desmayó al final de declamar la poesía.

Cuando la proclamación de la República, Adolfo anduvo dando gritos por las calles hasta quedar ronco, y decía que al pasar por la calle Mayor, delante del monumento a las víctimas del anarquista Morral, gritó: «¡Viva Morral! ¡Viva la anarquía sangrienta!».

—Entonces ¿era usted anarquista? —le pregunté yo.

—Sí, anarquista..., pero autoritario.

—Amigo, eso se contradice —le repliqué.

Adolfo había heredado de sus padre, o le surgía a él espontáneamente, el sentido histriónico de la vida. No le bastaba ser un joven como cualquiera. Tenía que dramatizar su existencia, inventar aventuras, calumniar a sus parientes, hablar de personas ilustres como si fueran sus amigos, representar un papel importante y exagerado, darse postín, como decía la gente vulgar que alternaba con él y que él despreciaba.

A veces encontraba personas que le creían; pero otras se hallaba con tipos que le tomaban en chunga y le tildaban de embustero.

«Es verdad; a veces miento —confesaba él—; la imaginación me excita; pero hay en lo que digo cosas ciertas.»

Cuando no podía llamar la atención de nadie, ni siquiera producir compasión, se sentía muy miserable. No podía ser natural; tenía que presentarse desmesurado y afectado.

Los contrastes le encantaban, sobre todo cuando se referían a sí mismo.

«Yo soy muy cobarde, lo confieso; pero cuando me ponen en el caso de saltar, entonces soy más valiente que el Cid. Yo soy partidario de la anarquía, pero me gusta la autoridad y la dictadura.»

Adolfo tenía una falta de iniciativa grande para todo lo que fuera trabajo, a pesar de que él se creía un monstruo de actividad y de constancia.

«Todo se le va por la boca», decían de él sus amigos.

Era muy celoso, y los elogios a los demás le mortificaban. Estaba siempre excitado, y esta excitación le hacía propenso al malhumor y al insulto.

Pensaba planes y combinaciones para hacerse rico, que la mayoría de las veces

eran proyectos de estafa.

Le gustaba hablar de Napoleón y compararse con él. Una vez me dijo:

—Me reprochan que he estado enredado con mi tía y con mis primas. ¿Qué importa eso? Nada. Napoleón tuvo amores con su hermana.

Yo le replicaba:

—No hay que hablar de esas cosas. Es una prueba de mal gusto.

Cuando llegaba a la Casa de Pastelillos algún condiscípulo calavera de la Universidad, Adolfo no podía sostener con dignidad su dandismo:

—Vaya un *guaja* el Adolfito —decía el estudiante—. Es un castigador. Encuentra cada socia por ahí de *chipén chanchi* de veras, y que se las lleva, y no crea usted que se gasta los cuartos, no; las conquista de *baldivia*.

Ante una fraseología tan chabacana, Adolfo se callaba, humillado.

Aquel Parsifal de casas de huéspedes, Lohengrin o Lanzarote —no del lago, sino de la charca de Pastelillos—, que iba en busca de un San Graal con billetes de banco, nos dio mucho que hablar en la vecindad.

A ROSA CRUZ, escritora de talento y que, en realidad, se llamaba y se llama Antonia González, la conocí —dice el licenciado Latorre— en la imprenta donde yo trabajo. Estaba por entonces corrigiendo las pruebas de su novela *Desencanto*, que tuvo bastante éxito. Antes se había distinguido con un libro de crónicas.

Desencanto era una obra erótica, excesivamente libre; una pintura realista de las desilusiones del matrimonio desde el punto de vista femenino y masculino.

Como Rosa Cruz tomaba confianza en seguida con la gente, yo le pregunté:

—Pero ¿usted está casada?

—Sí.

—Pues este libro no le va a gustar a su marido.

—¡Bah! No le importa.

—¿Es tan filósofo?

—A la fuerza tendrá que serlo.

De la lectura de su libro y de su actitud parecía deducirse que Rosa era una mujer apasionada que vivía con un hombre frío e insensible. Yo le daba algunas bromas, que ella me devolvía con creces. La tenía por una mujer graciosa, imprevisora y alegre. Luego me dijeron que no, que era una enchufista de primera fuerza y que en cuatro años había pasado de maestra de un pueblecito de la Mancha a tener dos buenos destinos en Madrid.

A su marido ella también le había hecho hombre y conseguido colocarle en un ministerio.

Como la chismografía y la maledicencia son tan generales, yo no hacía mucho caso de lo que me decían de Rosa, y cuando la veía en la calle o en la imprenta, bromeaba con ella siempre, considerándola como un tipo de mujer simpática e ingenua. Una tarde, en mi despacho se me presentó el regente con un hombre de unos treinta años, muy estirado, con cierto aire de diplomático y vestido como un currutaco.

—Oiga usted, don Antonio —me dijo el regente.

—¿Qué hay?

—Vea usted el original que trae este señor, lo que es y los pliegos que puede dar. Me han llamado para hablar con el patrón, pero vuelvo en seguida.

Hojeé el manuscrito, que era un estudio sobre la vida literaria en tiempo de Carlos III, y tomé algunas notas en una cuartilla acerca de la extensión del original, tipo que podía emplearse, etc.

—¿Viene por aquí Rosa Cruz? —me dijo el señor aquel.

—Sí. Aquí ha publicado su última novela. Es una mujer que tiene talento.

—Talento práctico, mucho.

—Y talento literario también.

—¡Muchas gracias!

—¡Gracias! ¿Por qué?

—Porque el libro ese se lo he arreglado yo.

—Pero usted no lo ha escrito.

—No; pero creo que el borrador no lo escribió tampoco ella.

—Pues ¿quién lo hizo?

—Por mis averiguaciones, lo hizo un joven valenciano, supongo su novio o su amante, que se marchó enfermo a su tierra y debió de morir allá.

—¿Y por qué lo supone usted?

—¿Usted piensa que una madrileña va a emplear giros valencianos en la expresión?

—¿Y ella los empleaba?

—Sí. Hasta el punto de que yo le dije: «Es raro que usted emplee estos giros valencianos en sus escritos». Ella se azoró un poco y luego replicó: «No, no es raro, porque yo he vivido en Valencia y teníamos un amigo de casa, un señor viejo, que nos visitaba todos los días». Luego me enteré y he visto que no hay tal, que no ha vivido en Valencia y que el señor viejo no era tal viejo, sino un jovencito.

—Bien; pero todas esas cosas no pasan de ser suposiciones, porque ahora mismo Rosa escribe artículos que están muy bien.

—Se los escribirá alguno. No es que no tenga talento y audacia para escribir, pero le falta cultura. La verdad es que no ha leído nunca nada ni sabe nada.

—¿Y la carrera?

—La carrera la haría con coqueterías y con arrumacos. Es toda su táctica; prometer y escabullirse. La oye usted hablar de algo y seduce, porque da la impresión de que sabe y de que no quiere parecer pedante; pero si habla usted con ella un día y otro se queda asombrado de su ignorancia absoluta.

—Eso quiere decir que tiene talento.

—Sí, si no lo niego; tiene un gran talento natural y una falta de moral perfecta. Ya ve usted cómo va aupando ahora a su marido. De maestro oscuro de un pueblo insignificante ascendió a una capital de provincia, y de la capital de provincia a Madrid. Ella tiene dos destinos: uno, en el ministerio; otro, en una Compañía particular. El marido pasa por un socialista de siempre y no hay tal; fue de la dictadura. Rosa es una mujer moderna, una mujer nueva.

El señor currutaco se rio sarcásticamente.

Latorre, que no sentía por aquel señor tal simpatía y que veía que sus palabras eran dictadas por el despecho, se encogió de hombros. La escritora había estado siempre muy amable con él, y esto bastaba para que hablara de ella con muchas

consideraciones.

Por donde Rosa Cruz se hizo amiga de Aurora Ferrer, mi vecina, no lo sé —dice el licenciado Latorre—. Me aseguraron que la había conocido al hacer con ella una interviú acerca de la vida de las modistas.

Un día las dos, muy elegantes, se presentaron a cenar en casa de Pastelillos.

El contraste entre ellas era completo. Rosa, delgada, fina, gesticulante, charlatana; Aurora, alta, bien hecha, inexpresiva, abultada, con unos ojos grandes negros y unos labios carnosos y gruesos.

Rosa llevaba un traje sencillo, de color lila, y Aurora iba vestida de negro, muy recargada con muchas joyas.

Estas dos mujeres tan atractivas, tan perfumadas, tan vistosas, en nuestro comedor mísero y pobretón, fueron como una fiesta. Las saludamos y nos invitaron a Santovenia y a mí a sentarnos a su mesa. Hubo coqueterías y risotadas. Rosa dijo que me conocía de la imprenta; me llamó el licenciado Latorre y aseguró que era yo un viejo hidalgo, el último hidalgo de nuestro tiempo. Luego contó anécdotas de la imprenta y de la vida literaria, que, ciertas o no, eran muy divertidas. Pastelillos trajo una botella de Benedictino y obsequió a las dos damas con unas copas. Le preguntó Rosa datos sobre la vida de las busconas de la calle, y Pastelillos los dio completos. Luego contó con su acento andaluz una anécdota que hizo reír a Rosa a carcajadas:

—Yo vine a Madrid hace ya muchos años y estudié el bachillerato en el Instituto del Cardenal Cisneros con un profesor que se llamaba Serrano Fatigati. Tenía un amigo que era una bala perdida como yo. Una noche los dos fuimos al teatro de Lara, y al pasar por aquí, por la calle del Pez, por entre las barracas, una vieja muy vieja, que hacía la carrera, nos paró y le dijo a mi amigo:

»—Anda, ven, que tengo el cuerpo muy serrano.

»Y él contestó:

»—Sí; Serrano Fatigati.

—¿Y dijo de verdad cuerpo? —preguntó Rosa.

—Es usted la malicia personificada —contestó Pastelillos—; no dijo cuerpo, no.

Rosa, al oír esto, se echó a reír escandalosamente.

A eso de las once avisaron a nuestras damas, que las esperaban a la puerta en auto, y se marcharon las dos.

A la mañana siguiente vi que el joven Santovenia hablaba constantemente de Rosa Cruz. Se conoce que le había hecho efecto.

Dos o tres días después, la escritora estuvo en la imprenta. Me preguntó por Santovenia y le conté su vida. Luego hablamos de Aurora Ferrer. Ella la tenía por una mujer interesantísima.

—Es raro —le contesté yo—, porque la mayoría, en la vecindad, al menos, la considera como un tipo vulgar, tan inteligente como una vaca.

—Pues están engañados. Es una mujer moderna muy digna de estudio; tiene la inteligencia que necesita para su vida.

Quise enterarme de quién era la Aurora y fui a ver a doña Claudia la pitonisa.

Esta la conocía. Me dijo que la modista tendría ya sus treinta y cinco años. Era de Levante. Había vivido en Barcelona y después en París. Había estado a punto de casarse, pero no se casó. Ya desde hacía tiempo llevaba una vida irregular. Tenía sus amores, nunca muy largos y siempre con gente rica. Ahorraba dinero y pensaba establecerse cuando encontrara una buena ocasión. Su madre vivía engañada, creyendo que su hija hacía una vida respetable.

—¿Y qué carácter tiene ella?

—¡Carácter! Ninguno. Es una mujer tranquila, burguesa, muy trabajadora que se las maneja muy bien para vivir. No tiene nada de bohemia. A la hora del trabajo está siempre a punto. Aurora tiene un entusiasmo por el dinero, por la moda y por la suerte tan exagerado, que resulta un poco desagradable.

—Pues hay una mujer amiga suya que dice que Aurora es muy interesante.

—Nada. Es un pedazo de carne con ojos. No tiene la menor chispa ni pretende tenerla. En cambio, tiene buen gusto para las cosas de vestir.

Comenté con Adolfo Santovenia lo que se decía de Rosa y de Aurora. Él estaba muy interesado con la escritora y le parecía fácil conquista.

Días después me dijo pavoneándose:

—Hoy voy con Aurora y Rosa por la noche a un restaurante del camino de El Plantío.

—¿Y quién es el que apoquina?

—Un político importante.

Al día siguiente le pregunté.

—¿Qué tal anoche?

—Bien. Estuvimos en un restaurante del que se cuenta una historia verdadera o falsa de dos mujeres de la alta aristocracia que estuvieron allí con sus amantes. ¿La ha oído usted?

—No. ¿Qué pasó?

—Que a consecuencia de una escena sádica, uno de los hombres murió desangrado, y una de las mujeres cayó con un ataque de epilepsia.

—¿Y qué tal la gente? ¿Qué dijo el político?

—El político es un hombre ordinario y vulgar, que cree que el mundo es como el salón de sesiones y que hay que decir a cada paso: Yo entiendo. Es digno compañero de la Aurora, que, como ha dicho doña Claudia con razón, es un pedazo de carne con ojos. Esa tía Catorce estuvo hecha una cerda.

—¿Y Rosa?

—Rosa se distinguió por su manía del reportaje y de las preguntas. Llamó al cocinero, al jefe del comedor, tuvo que hablar con todo el mundo. A mí me provocó con sus coqueterías, y como yo las tomaba en serio, dispuesto al ataque, me dijo: «No

sea usted majadero; a mí no me interesa usted nada.»

—¡Qué manera de explicarse!

—Yo le voy a cantar las cuarenta a esa mujer. Es una víbora.

—¡Hum! No se fíe usted. Por las malas no consigue usted nada con ella.

—¿Cree usted?

—Así me parece. Es una mujer de mucho brío.

—¿Usted conoce al marido?

—No.

—¿Es joven?

—Creo que sí. Por lo que me han dicho, el hombre admira a su mujer, asombrado de su talento, de su habilidad y de su energía y de cómo lleva la familia adelante y hace progresar la casa.

Adolfo me dijo unos días después que Rosa le había dicho que, si quería, le llevaría de ayudante, de paje, pero que no se le viniera con sentimentalismos ni con pretensiones amorosas, porque entonces le mandaría a paseo.

Adolfo fue en su compañía y en la de Aurora, por las noches, casi siempre con algún político o con algún señor rico, que era el pagano y que estaba prendado de los encantos voluminosos de Aurora, a cenar a algún restaurante de la Cuesta de las Perdices, de El Plantío, de las Rozas o de Fuentelarreyna.

Volvían a las dos o tres de la mañana, y Rosa se despedía riendo y diciendo: «¡De verano!».

Adolfo comprendió que allí no había nada que esperar, y como era un sentimental enamorado, olvidó pronto a Rosa y se dedicó a hacer la corte a Mercedes, la hija de Pastelillos, el dueño del restaurante de nuestra vecindad.

MERCEDES, la hija de Pastelillos, era el mirlo blanco de la casa. Sus dos hermanas mayores, holgazanas, malhumoradas, envidiosas y chillonas, hacían lo posible para huir los trabajos desagradables. Mercedes, no; aceptaba todas las faenas y llevaba una vida oscura, fregando platos y limpiando suelos sin protesta.

Su padre, el cocinero, otra víctima, hubiera preferido sacarla de aquel ambiente, pero era la única persona de la familia en quien tenía confianza, y por egoísmo y por necesidad la cargaba de trabajo.

Pastelillos tenía en la cocina a sus órdenes dos mujeres ya viejas y un pinche. Por las mañanas limpiaban la casa la Pepa y la Mercedes.

El camarero Fructuoso se las echaba de elegante. Era el Petronio de los mozos de comedor. Por la mañana iba a la nueva piscina del Manzanares, a la Playa, y después de sumergirse en la onda líquida volvía.

Se rizaba el pelo, se acicalaba y cuidaba mucho de sus manos. Vestía, para ejercer sus funciones en el restaurante, pantalón negro y una chaquetilla blanca muy limpia.

A Fructuoso le molestaba la gente ordinaria; no le gustaba salir el domingo ni codearse con la chusma.

«No hay en la calle más que horteras y criadas», decía.

Los días de fiesta ponía la silla en el balcón y allí leía novelas que le prestaba un librero de viejo de la esquina de la calle de la Cruz Verde con la del Pez. Al parecer, su autor predilecto era Pérez Escrich.

Como Fructuoso era desnudista, algunas veces, con otros dos acólitos partidarios de la misma secta, iba a El Pardo y se pasaban la tarde en cueros tostándose al sol.

Adolfo Santovenia se fijó pronto en que Mercedes, a pesar de su aire poco llamativo, era bonita.

Tenía ojos claros, pelo medio rubio y boca de labios gruesos con una expresión de candidez y de bondad.

Todos notamos —dice el licenciado Latorre— que Adolfo preparaba sus baterías y que a la Mercedes, que no había tenido nunca novio, se le iban los ojos tras del muchacho.

Pastelillos se alarmó porque tenía mucho cariño por su hija y, además, la necesitaba. El hombre se explicó conmigo:

—Oiga usted, Latorre —me dijo—; háblele usted a ese joven y que no me haga la pascua.

—Descuide usted; yo le hablaré.

Efectivamente, cuando vino la ocasión le hice algunas consideraciones y terminé diciéndole:

—Bueno, Adolfo; nada de estupideces con esa chica. Si quiere usted echárselas de conquistador, busque usted otras. Aquí en la misma casa tiene usted varias.

—Le advierto a usted, licenciado, que no tengo malas intenciones para ella. Yo la quiero.

—¿Para qué? ¿Para casarse con ella?

—¿Por qué no? Yo la considero tanto como a la más linajuda princesa de sangre real.

—Bien; pero usted no tiene un cuarto.

—Buscaré dinero y lo encontraré.

Ante esto, ¿qué íbamos a hacer? Se lo dije a Pastelillos y torció el gesto y movió la cabeza con aire de resignación.

Adolfo en sus conversaciones exageraba el mérito de la muchacha. Las mujeres de la vecindad no le tenían antipatía. Las hijas de la Pepa le decían a Mercedes:

—Chica, estás haciendo el primo siempre trabajando. ¡Para lo que te lo van a agradecer!

La Sole y la Paqui andaban por aquellos días muy entretenidas con una comparsa de jóvenes del barrio que se llamaba de los Micos. Tocaban bandurrias y guitarras; marchaban por delante las muchachas más garbosas y una llevaba la bandera.

Salían de noche, y no sé por qué motivo la autoridad suprimió la rondalla.

La Pepa tenía afecto por la Mercedes al verla amable, trabajadora y humilde. Se entendían las dos muy bien, y la Pepa algunas veces le sacaba dinero. Esto no lo podía remediar.

Con el noviazgo de Adolfo y de la Mercedes cambiaron las costumbres de la casa. Pastelillos no quería dejar salir a su hija sola con Adolfo, sobre todo de noche. Pensaba que ella era una inocente, y él, un atrevido; tampoco le parecía solución el enviarla con la Pepa, porque esta, de muy buenos sentimientos, no tenía severidad ninguna para cuestiones amorosas y creía que lo mejor que se podía hacer con dos enamorados era dejarlos solos.

Pastelillos se sacrificaba y se vestía para acompañar a su hija, y como estaba gordo y grasiento, iba por la calle resoplando como una foca.

Algunas noches me dijo si no podría salir yo con la pareja.

—Hombre, yo no sirvo de rodrigón.

—Es que yo estoy tan cansado, amigo Latorre. No sabe usted lo que es estar de pie en la cocina todo el día.

—Bueno; si no hacen el tonto, les acompañaré.

Fuimos los tres al paseo de Rosales, de noche, a sentarnos, cerca de un quiosco, a tomar una cerveza. No se mostraron los novios demasiado empalagosos.

Yo estuve mirando el campo, que parece el mar, cruzado por líneas de luces como de un puerto.

Al terminar el verano cesaron los paseos, y el idilio amoroso siguió en el comedor de Pastelillos. La Pepa, la Mercedes y una de las hermanas de esta secaban los platos

y los cubiertos. La Pepa contaba mil cosas divertidas.

Algunos de los contertulios eran partidarios de la radio; otros, entre los que me contaba yo, preferíamos hablar. Adolfo y la Mercedes querían también charlar de sus cosas; pero los radioescuchas eran más, y alguno decía:

—Vamos a oír Milán o París.

Y había que resignarse. Fructuoso se encargaba de buscar la onda. Se le consideraba hábil para esto.

Algunas veces venía un antiguo cómico, amigo de Pastelillos, llamado Palomeque. Palomeque había sido cómico muy malo. Tenía una voz cavernosa que a él le parecía muy buena para el teatro. Había formado durante algún tiempo una compañía de aficionados con el librero de la esquina de la calle de la Cruz Verde con la del Pez, que era autor y actor. Había trabajado de corista y había entrado, por último, de ayuda de cámara de un comerciante enriquecido.

Palomeque se lamentaba de su decadencia.

—¡Un Palomeque de ayuda de cámara! —decía, como si esto hiciera conmover las esferas y las columnas del Almanaque de Gotha.

—Pero usted no se pondrá el mandil —le decía la Pepa, ocultando la burla con aire serio.

—¿Cómo que no? Sí, señora; me tengo que poner el mandil. ¡Un Palomeque con mandil!

—¿Y usa usted el escobón?

—Claro que sí.

—Pero no sacudirá usted las alfombras.

—También tengo que sacudirlas.

—Es un poco desagradable —hacía observar Pastelillos—; pero, en fin, no te ve nadie, y para un hombre que ha pasado las moradas, eso de comer bien...

—Eso creerás tú, pero no es así.

—¿No?

—No. En casa hacen una comida especial para los criados. Los señores comen los pollos y el jamón, y nosotros... ni olerlo. —Y el excómico se reía sarcásticamente.

—Lo peor de todo es el mandil —aseguraba la Pepa con una seriedad de chunga.

—Sí; en una República de trabajadores, eso no se debía permitir —decía yo, siguiendo la broma.

—Tiene usted razón. Es una humillación.

—Lo del mandil no significa nada —replicaba Pastelillos—; se acostumbra uno a él como a todo. Los Medinas somos hijos de Dios como los Palomeques. Y aquí me ves a mí..., cocinero y con delantal.

Palomeque sentía su caída; ya, de dejar la excelencia del cuerpo de coros y de caer en la servidumbre, le hubiera gustado entrar en un ministerio y vestir una casaca de conserje; pero no lo había podido conseguir. Los amigos influyentes le resultaron ranas. No le ayudaron y le dejaron hundirse en la ignominia del mandil.

Palomeque, cuando hablaba en casa de Pastelillos, tenía que hacer alguna alusión irónica a la tienda de ultramarinos de Fernández Sama, a quien veía en el escaparate, al pasar, cortando jamones y a quien admiraba sobremanera.

—¡Qué tío! —decía sonriendo con una sonrisa de burla y de acritud—. ¡Qué hombre! Ese se llevará a su casa el mejor género.

—¡A ver! ¡Cartagena! —decía Pastelillos, que a veces era muy chulo.

Cuando se marchaba, la Pepa se reía del excómico, y al hablar de él le calificaba de cazuelo, cebollo y con otras palabras, sin duda, del repertorio de su pueblo.

Hacia septiembre apareció en casa de Pastelillos un tipo que a mí, desde que le vi, no me hizo mucha gracia. Era amigo de Adolfo y presumía de político, de escritor y de hombre acaudalado. Se llamaba Francisco Sánchez; pero después supe que su nombre de guerra era *Panchito*.

Panchito era pequeño, grueso, petulante; vestía con cierta elegancia de advenedizo; usaba sortijas, polainas blancas y un secretario particular. Hablaba con facundia de sociología y de política. Había viajado por el mundo entero. Indudablemente había estado en América, porque daba datos y noticias que yo pude comprobar.

Panchito tenía un libro en folio con recortes de periódicos que hablaban de él, de sus discursos y conferencias. Estos recortes estaban señalados con unas grandes flechas rojas y negras que ofrecían dar más importancia a los artículos publicados por *El Eco del Popocatepetl* o el *Diario de Pichincha*.

Panchito me fue presentado por Adolfo. Aunque yo, por entonces, no sabía nada de él, no me fue simpático; me pareció un tipo de fullero, de caballero de industria, y a sus ofrecimientos hice poco caso y me mostré con él poco efusivo.

Como yo no tenía dato alguno positivo acerca del personaje y Adolfo no era pariente mío ni hombre muy propicio a las advertencias, no le dije nada.

Más tarde tuve la sospecha de que este Panchito era un tipo maleante.

Un escritor que iba a la imprenta, cuando le hablé del Francisco Sánchez me dijo:

—Ese debe de ser Panchito.

—No sé quién es Panchito.

—Pues Panchito es un sablista audaz. Hace años, antes de que se casara con una cómica y se marchara a América, solía presentarse en las casas de los políticos y de los escritores a pedir dinero. Una de las veces fue a sablear a un político, y mientras este se volvía para sacar un duro del chaleco, él vio en un estante una cajita que le pareció de plata y se la metió en el bolsillo. La caja no era de plata, y dentro había unos cuantos dientes del político o de algún hijo suyo. Panchito, al advertirlo, arrojó furioso los incisivos y caninos al suelo.

Otro que también suponía que el amigo de Adolfo era el llamado Panchito me dijo que este había inventado la lotería roja, que era una martingala para sacar los cuartos a los obreros comunistas.

El informador me aseguró que Panchito había andado antes con un catalán alto

que se las echaba de ruso. Los dos decían que viajaban por orden del Soviet. Este par de farsantes contaban una serie de bolas medianamente urdidas. Habían visto en el fondo de los bosques de la Australia, en sitios inexplorados, hombres de dos metros y dos metros treinta de altura, tan débiles que no podían con su cuerpo; traían animales extraordinarios, desconocidos por los zoólogos, que no se sabía si eran mamíferos, aves o reptiles. Después de estas explicaciones sacaban un cartelón que decía con letras grandes: «Se reciben donativos»

Si hubiera sabido que algo de esto que me contaron estaba comprobado, habría insistido con Adolfo para ponerle en guardia; pero no lo sabía.

A quien comuniqué mis sospechas fue a Pastelillos.

—Hace usted bien en decírmelo —advirtió él—; pero yo no fío a nadie. Ni a mi padre si se presentara. Me arruinaría.

—¿A mí tampoco me fiaría usted? —le pregunté.

—Tampoco; pero le invitaría a comer en familia.

—¡Muchas gracias!

Adolfo alternaba su idilio con la Mercedes con las conversaciones que sostenía con Panchito y su secretario.

Me dijeron que estaban preparando un álbum en honor de un político con fotografías y autógrafos; contaron también que habían presentado un proyecto para hacer propaganda turística por la radio. El caso era que Adolfo tenía más dinero que el de costumbre y se sentía fastuoso.

Una tarde, al volver de la imprenta, al pasar por el bar del Pez, el dueño Manolo me llamó y me dijo:

—Oiga usted, don Antonio.

—¿Qué ocurre?

—¿Sabe usted que la *bofia* ha estado en nuestra casa?

—¿A quién buscaba?

—A ese niño pera, al Adolfito.

Efectivamente, dos agentes de Policía se habían presentado en la pensión del tercero, habían preguntado por Adolfo, le habían sacado de casa y se lo habían llevado en un coche.

El joven Santovenia estaba en la Cárcel Modelo, y Panchito había desaparecido.

NO SUPIMOS a ciencia cierta qué es lo que hicieron entre Adolfo Santovenia y Panchito. Se habló de que habían falsificado unas firmas y de que los procesaron por tentativa de estafa.

La Ángeles, la hermana de la Pepa, con sus conocimientos y su trastienda, consiguió a los pocos días que Adolfo saliera de la cárcel con libertad provisional. Después no sé cómo se las arregló para que el muchacho apareciera como menor de edad y para que su proceso fuera sobreseído y quedara libre. Rosa Cruz, la escritora, influyó con sus amistades y también debió de influir la vieja marquesa, abuela del joven Santovenia.

Nuestro *dandy* apareció en la casa un tanto humillado y avergonzado; pero volvió pronto a su habitual jactancia.

—Por entonces se presentó en el restaurante de Pastelillos un agente de Policía y estuvo hablando conmigo —dice el licenciado Latorre.

Francisco Sánchez (*Panchito*) se les había escapado de entre las manos, dejando como rehenes a su secretario, que era un infeliz hambriento.

Panchito tenía, sin duda, un pasaporte falso. Con él había entrado en Portugal y embarcado para América.

—Debe de ser un pájaro de cuenta —le dije al agente.

—¡Uf! No lo sabe usted bien. Es un punto de cuidado. Usa cuatro o cinco nombres y posee el arte de escabullirse. Lo tuvimos en la cárcel hace un par de años; pero no se le pudo probar nada. Nos hablaba y nos contaba anécdotas de Mariano Conde, de Portolés y de otros célebres falsificadores, y decía que le había visto trabajar a un grabador de las Vistillas, hombre genial que hizo toda una emisión de billetes de banco falsos de una República americana y los colocó con una pulcritud maravillosa. Cuando el juez interrogaba a Panchito, decía que lo que contaba eran fantasías de una novela que estaba escribiendo.

—¿Y se sabe su historia? —le pregunté.

—Muy poco. Su procedimiento es hablar y embrollar. Unas veces dice que es gallego; otras, que es catalán; otras, que es americano. Tiene mucho talento para imitar los acentos regionales. Dicen que anduvo con una cómica por las Repúblicas americanas dando sablazos y organizando funciones benéficas. A veces llega a sugestionar; lo que ha leído lo baraja muy bien en la conversación. En una ciudad americana tuvo éxito, dio conferencias y apareció como un personaje.

—Es todo un tipo.

—Sí; es hombre de mérito. Ha debido de tener muchas alternativas de altas y bajas. Según contó él mismo a un preso compañero suyo de cárcel en una ciudad del

Sur de los Estados Unidos, estaba en la mayor miseria y se presentó en un hospital español y católico como un enfermo que no podía andar más que apoyándose en dos muletas. El capellán le quiso convertir, pero él se hacía el remolón. Un día, a regañadientes, arrastrándose con dificultad y acompañado por una monja, fue a la capilla del establecimiento benéfico y de pronto comenzó a llorar, echó las dos muletas e incorporándose dijo que estaba bueno, que se había curado y que se convertía. El cura y la superiora hicieron una suscripción para él. Panchito dijo que necesitaba marcharse; tenía una letra de quinientos dólares a tres meses vista; pero no la podía cobrar hasta pasar el plazo y no podía pagar los gastos que había hecho. El cura le dijo: «No se preocupe usted; deme usted la letra y yo le adelantaré el dinero». Panchito cogió el dinero y se escapó. Naturalmente, la letra era falsa.

—¡Vaya un ciudadano de cuidado! ¿Y aquí qué hacía?

—Aquí hacía de todo. Organizó unos banquetes para dos o tres oradores, escribía cartas dando consejos al Presidente de la República; proyectaba un álbum de los políticos ilustres, hacía informes grafológicos y alguno que otro chantaje y falsificaba firmas con perfecta tranquilidad.

—¿Tiene usted algún retrato suyo? —le pregunté.

—Sí.

El agente me mostró una fotografía hecha en el gabinete antropométrico de la cárcel. Panchito estaba en mangas de camisa, desmelenado, con bigote corto y aire huraño. Se parecía muy poco al tipo cuidado y elegante que yo había conocido en casa de Pastelillos. Sin embargo, se veía que era él. Probablemente se había retratado así con la intención deliberada de no semejarse al hombre de la calle y para que si se publicaba su estampa en los periódicos, no se le pudiera identificar con facilidad.

Cuando le vi a Adolfo, comencé a darle broma por su amistad con el estafador.

«¡Vaya un olfato el de usted! —le decía—. ¡Y usted se las echa de hombre de mundo! Usted es una criatura, un *pimpi*. Se ha dejado usted engañar como un chino.»

Adolfo se defendía embarullando la cuestión y con argumentos que no venían a cuento.

Cesé en mis bromas porque Mercedes me suplicó que no me ensañase con él. Bastante desgracia tenía en ser crédulo y bueno.

Estas son las defensas habituales de las mujeres. Los elegidos por ellas siempre tienen razón y nunca tienen la culpa de nada.

El idilio de Adolfo y de Mercedes siguió su marcha ascendente, y en la primavera pasada prepararon la boda. El joven Santovenia se presentó arrepentido ante su abuela, la vieja marquesa; debió de cantar la palinodia con arte, mostrarse arrepentido, y consiguió que le dieran su pensión.

Santovenia y Mercedes se casaron. Yo no asistí a la boda, porque no soy muy partidario de tomar parte en ceremonias y menos en las que me parece que tarde o temprano tienen que acabar desastrosamente.

Los recién casados marcharon a vivir a una casa de la Ciudad Lineal y los

perdimos por algún tiempo de vista. Supimos que se dedicaban a la fastuosidad, que andaban en automóvil y que habían estado en San Sebastián y en Biarritz.

A consecuencia del fausto y del lujo tuvimos de nuevo, al comenzar el otoño, a la pareja en casa de Pastelillos.

—Seguimos haciendo el tonto —le dije yo al joven Santovenia.

—Yo también tengo derecho a vivir como los demás —me replicó con acritud y con malos modos.

—Eso del derecho es una estupidez sin ningún valor —le contesté yo.

—Lo creerá usted así; yo creo todo lo contrario.

No quise entrar en discusiones porque no valía la pena. Veía que Adolfo estaba condenado a hacer una continua serie de necesidades.

Durante el otoño y el invierno me dijeron que Santovenia frecuentaba la Casa del Pueblo. Se le consideraba entre los amigos como una esperanza del marxismo. No supe si pertenecía a la juventud socialista o al partido comunista.

Al año de casada, Mercedes tuvo un niño; pero su padre Santovenia andaba tan metido en la política que no encontró tiempo ni de enterarse. Mercedes no pudo criar y tuvo que alimentar a su hijo con biberón. Casi todos los que comíamos hacía tiempo en casa de Pastelillos nos ocupábamos de la criatura más que su padre. Este no hacía más que ir y venir, tener conferencias con unos y con otros y escribir cartas.

A fines de verano del año pasado le vi en un bar de la calle Ancha, esquina a la calle de la Flor, con tres jóvenes. A dos de ellos los conocía. Uno era un socialista, pequeño, moreno, de aire doctoral y pedantesco, que a veces se exaltaba y hablaba de una manera exagerada y gesticulante. El otro era comunista, tipo de vanidad irritada. Periodista sin éxito y vulgar, fundaba su superioridad en haber leído *El capital*, de Karl Marx, que quizá no había leído más que fragmentariamente. El mundo estaba dividido, según él, entre los que habían leído *El capital* —gente de peso— y los que no habían leído *El capital*— sin duda, pesos pluma—. Entre los que lo habían leído, no todos eran trigo limpio, pues había una porción de mixtificadores y de farsantes.

Este comunista tenía mucho odio por los políticos y por los escritores y empleaba a cada paso algunas palabras rusas, como si el mundo fuera una traducción mala de Rusia.

El tercero de los reunidos era un tipo de aire callado y poco inteligente, que oía sin prestar atención a lo que decían sus compañeros y se metía dos dedos en la boca como para sujetarse una muela que, sin duda, le dolía.

El comunista que notaba que este no escuchaba sus profundas lucubraciones, se incomodó y gritó: «¡Qué m...! Vete a casa del dentista de una vez».

Cuando se levantaron los cuatro, Adolfo pasó delante de mí y me dijo con su habitual jactancia:

—Ahora va de veras.

—¿Qué?

—La revolución.

—¡Bah! Yo no creo en tonterías —le repliqué—. Lo primero que hay que hacer es la revolución en la cabeza de las gentes, y esa no está hecha ni se hará por ahora.

—Lo que tienen ustedes los burgueses es miedo —contestó él.

Yo me reí.

Cuando la algarada de octubre, Adolfo desapareció sin dejar rastro, y supimos poco después que andaba con los sublevados. Mercedes estaba apuradísima.

—Vea usted si su marido tiene algo en su cuarto, y si tiene papeles, quémelos usted —le dije.

—Venga usted conmigo, porque yo no entiendo de esas cosas.

No solo había papeles, sino varias pistolas y unas bombas incendiarias. Todo lo hicimos desaparecer rapidísimamente. A los tres o cuatro días se presentó la Policía y no encontró nada.

Una semana después supe que Adolfo había tomado parte en una refriega de los Cuatro Caminos y se había presentado herido en el pecho en el bar del Pez.

El dueño, Manolo, lo escondió, le habló al hijo del prestamista de El Mundo Comercial y este le sacó de Madrid debajo del asiento de atrás del automóvil, donde había un hueco grande, y lo llevó a un pueblo de la sierra.

A pesar de encontrarse en el campo en buenas condiciones, Adolfo no se curaba de su herida y quiso volver a Madrid.

Ángeles se enteró por sus amigos de si había algún cargo serio contra él y de si le buscaban los Tribunales. Al parecer, no se le concedía importancia.

Llegó Adolfo a Madrid, y el médico de la vecindad, especialista en las vías urinarias, le dijo que llamaran a un compañero que vivía cerca y que se ocupaba de enfermedades constitucionales.

Este segundo médico observó la herida y, sabiendo que la tenía desde hacía tres semanas y que no se le curaba, le hizo la reacción Wassermann, que dio un resultado positivo. El joven Adolfito era un avariósico por herencia. Esto quizá explicaba su versatilidad, su exaltación y sus tonterías.

Se hizo una gestión con la vieja marquesa, y para convencerla se le dijo que su nieto había sido herido en los disturbios, pero que no iba en las filas de los revolucionarios, sino en las de los fascistas, defensores del orden y de la religión. La vieja marquesa se ablandó y dio dinero.

Adolfo fue llevado a una clínica y al poco tiempo murió delirando.

Pastelillos, que tenía grandes temores por su hija y por su nieto, quiso que el doctor los examinara y se les hizo la reacción Wassermann, pero con resultado negativo. Todos los amigos de la casa felicitamos efusivamente al cocinero, porque el hombre había estado muy apurado y se veía ya tranquilo.

—**D**URANTE el invierno y la primavera ocurrieron novedades en la vecindad — dice Latorre.

La Pepa tuvo a una de las chicas, a la Sole, gravemente enferma. La pobre mujer se sacrificó por ella hasta quedarse en la miseria y llena de trampas. Pidió dinero a todo el mundo y empeñó hasta los colchones. Al último llevó a su hija a una clínica, donde la operaron de apendicitis y le extirparon los ovarios. Abandonó el cuarto, y los hijos fueron, unos a casa de su hermana Ángeles y otros con su marido.

Poco después se descubrió que la Pepa había sacado unos cubiertos de plata del restaurante de Pastelillos y los había empeñado. El cocinero, hombre de buenos sentimientos, no quiso avisar a la Policía. Supuso que la Pepa habría llevado los cubiertos a una casa de préstamos de la calle de los Reyes, y, efectivamente, allí estaban y los rescató.

La Pepa, avergonzada, no apareció más por nuestra casa. Supimos que la Sole, después de operada en la clínica, dando una muestra de ingratitud perfecta, había dejado a su madre y había ido a vivir con su padre y que se mostraba como una mujer tranquila y correcta.

Al parecer, sus inquietudes anteriores procedían de los órganos extraídos.

El chico, Marianito, se sintió de pronto fascista, le detuvieron en una algarada, le encontraron una pistola y lo metieron en la Cárcel Modelo. Su madre le llevaba cuanto ganaba.

La otra hija, la Paqui, estaba en París con un señor, dedicada a la vida alegre.

La Pepa iba a trabajar de asistenta a casa de alguna cupletista o vicetiple que vivía en el ático de algún rascacielos con su madre y le daba tres pesetas y el desayuno por el servicio de la mañana. Muchas veces salía echando veneno y hablando pestes de las amas porque con frecuencia se descomponía el ascensor y le hacían subir y bajar las escaleras una porción de veces.

Rosa Cruz y su marido, según se decía, andaban con frecuencia por las antecámaras de los ministerios a la caza de gangas y habían conseguido para un pariente un destino, y para la madre del marido de Rosa, un estanco.

Aurora Ferrer, cada vez más elegante y pomposa, tenía un novio más joven que ella, al que no le permitía libertades, y, según me dijo doña Claudia la pitonisa, iba a establecerse pronto y a casarse.

Los demás inquilinos seguíamos sin variar. En casa de Pastelillos teníamos nuestras reuniones después de cenar. Fructuoso buscaba la onda en la radio; pero el cocinero, ya harto de oír tangos argentinos, decía que iba a vender el aparato al primer trapero que pasara por delante de casa.

Nuestra conversación versaba casi siempre sobre Mercedes y su chico. Mercedes tenía un pretendiente que parecía un hombre serio, trabajador y buena persona; pero ella no le quería. Su padre y yo tratábamos de demostrarle que no fuera tonta. Yo un día, un poco incomodado por su terquedad, la dije: «No seas estúpida. Este es una buena persona, un hombre fuerte, trabajador y simpático, y aquel, Adolfo, era un mamarracho».

La chica se echó a llorar, y durante algunos días huyó de mí. Luego me confesó que reconocía que lo que le había dicho era por su bien.

Pastelillos no hablaba nunca mal de la Pepa, a pesar de que le había robado, y cuando el mozo del comedor, Fructuoso, aseguraba que era una trapisondista y una mechera que debía estar en la cárcel, el amo replicaba: «No, no. Es una buena mujer que se ha sacrificado por sus hijos».

En el restaurante solían aparecer Palomeque con unos ternos fastuosos que heredaba de su amo y Manolo, el del bar del Pez, que proponía a Pastelillos el poner un restaurante en la sierra, cosa que este no quería.

Una noche de sábado, en una calle próxima a la del Pez, me encontré a la Pepa, que salía de una tienda de ultramarinos. Ella, al principio, quedó sorprendida y retrocedió; pero luego se acercó a mí y charlamos.

A pesar de sus desdichas, seguía, como siempre, alegre. Fuimos juntos un rato y se detuvo en una casa que tenía en el bajo un bar.

—Aquí vivo. Si quiere usted venir alguna vez, venga usted después de cenar, a las nueve o las diez; entonces no hay nadie.

—Bueno; ya vendré.

Dos o tres días después pasé por allá. La casa hacía esquina y era pobretona, de tres pisos. Tenía las persianas de los balcones cerradas, dos puertas estratégicas, una a cada calle, y una comunicación por el bar Edén, que ocupaba la planta baja.

Me dio la impresión de que aquello no era un hotel ni una casa de huéspedes, sino un lugar de encuentros no fortuitos. En el bar no solía haber nunca mucha gente. A ciertas horas se detenían automóviles a la puerta y entraban camareros de algún café próximo; a otras horas no se veía ni una rata.

Una noche se me ocurrió ir a visitar a la Pepa a la hora que me había indicado.

Entré por el portal de la callejuela hasta el primer piso y me salió al encuentro una criada vieja.

—Pase usted al salón —me indicó.

Entré en un local grande, con cierto lujo aparatoso y barato y con varios gabinetes próximos.

Había un grupo de mujeres jugando al parchís y dos o tres separadas de ellas haciendo ganchillo.

—¿Por quién pregunta usted? —me preguntó una mujer gruesa, rubia, empolvada, al parecer la dueña de la casa, observándome de la cabeza hasta los pies.

—Por la Pepa.

—¿Por la Pepa *La Malagueña*?

—No, no. Es una mujer de aquí que tiene de cuarenta a cincuenta años, que vivía en la misma casa que vivo yo en la calle del Pez y que tiene varios hijos.

—¡Ah!, ya caigo. Aquí le llamamos María Josefa. La muchacha le acompañará. Tú, llévale a este señor a El Escorial.

—¿Cómo a El Escorial?

—Sí; al piso de arriba le decimos así.

Subimos las escaleras la criada y yo, pasamos por el segundo piso, cuya puerta estaba abierta y por la cual se veía un corredor con alcobas y se oían voces de mujeres, y llegamos al tercer piso. Este tenía varios cuartos pequeños, ahogados, con baúles y maletas y vestidos colgados en perchas, y un comedor en el cual estaban acabando de cenar tres mujeres, entre ellas la Pepa y un hombre que era el encargado del bar. La Pepa se levantó para saludarme y hablamos.

Me contó sus desdichas y sus apuros más alegremente que otra cosa. Me dijo que su hermana Ángeles se había casado con el señor Fabián y que la veía de tarde en tarde. Rosa Cruz, la escritora, había estado hacía unas noches allí para sacar una impresión del jaleo de la casa. Después me pidió noticias de los antiguos vecinos.

Estando de conversación vino la dueña, a quien me presentó. Allí era la «señora» por antonomasia. A esta «señora» se le llamaba a veces doña Elena con mucho respeto.

Al parecer, era de una pulcritud extremada. No permitía en su casa palabras malsonantes ni bromas antirreligiosas o blasfemias. Era muy devota o, por lo menos, muy iglesiera. Su religión solo cedía ante las cartas y las adivinatoras. Creía en las hechicerías, en los males de ojo y en los espíritus.

A cada paso, por lo que me dijo la Pepa, mandaba decir varias misas o poner cirios en algún altar de un Cristo o de la Virgen.

Fuera de que tenía la costumbre, poco distinguida, de llamar de tú a todo el mundo, la «señora» podía haber sido abadesa de un convento o directora de un colegio de doncellas nobles.

Doña Elena se sentó a la mesa, tomó una copa de coñac y, después de bebérsela de un trago y de hacer algunas recomendaciones, preguntó a la Pepa:

—¿No ha venido el médico?

—No; ha dicho por teléfono que a eso de las diez y media pasará por aquí.

—Bueno. Está bien.

Doña Elena, la «señora», se marchó.

—Qué, ¿tienen ustedes algún enfermo? —pregunté a la Pepa.

—Sí. Es una andaluza muy floja, que es la madre de una mujer que viene aquí. Ha llegado hace días con una maleta y una estampa de la Virgen de la Macarena, de Sevilla. Como decía que se aburría, la llevé yo al Retiro, al paseo de Rosales y a la parada de Palacio; pero ahora se queja de que se cansa. «*Ezte Madrí e tan grande que yo no pueo con mi pie*», dice. Hoy se nos ha venido con que tiene dolor de cabeza y

calentura. Yo creo que no tiene nada.

En esto entraron dos mujeres vistosas, una catalana y otra andaluza. La Pepa cogió las botellas de la mesa y las guardó presurosamente en el armario y solo dejó una con un poco de vino.

—¡Qué roñosa es usted, Josefa! —dijo la catalana.

—Yo, no. Es que la «señora» me riñe. Luego abajo, en el salón, les darán lo que pidan.

Las dos mujeres cogieron la botella de vino y echaron lo que había en dos copas y lo bebieron mezclándolo con agua de Seltz. Luego la catalana, que era gruesa y blanca y tenía un corazón tatuado en lo alto del brazo, habló de asuntos de dinero y dijo que todas sus ganancias se las enviaba a su madre cada quince días. La andaluza, morena, y con cara de Dolorosa, reconoció que ella no tenía cabeza para hacer cuentas y que su novio le escribía las cartas y enviaba el dinero a casa. Era muy probable que el señor Paco de Triana o el señor Juan del Albaicín se gastara los cuartos que le enviaba su hija en unas cañitas con unas tapas.

Después de la catalana y de la andaluza entró una madrileña pequeña, rubia, muy repipiada, que dijo que venía de prisa huyendo de un hombre que le quería armar bronca.

Más tarde se presentaron dos tipos afeminados y un poco pintados: el uno vendía jabones y perfumes, y el otro, collares y pulseras.

—¿Quiénes son estos? —preguntó Latorre a la Pepa.

—Estos «mariposos» andan siempre por aquí a ver si hacen negocio. Serán el Pescaílla o el Tentetieso y andan a la husma por si se puede vender algo. Lo mismo le proporcionan a usted un abrigo de pieles barato que una mujer o un perro.

El de los collares mostró una sortija con unos brillantes.

El del bar Edén la tomó en la mano y preguntó con gravedad:

—¿Y cuánto vale esto?

—Mil quinientas pesetas.

—Pues, hijo, es regalado —contestó en tono serio, que parecía ocultar la chunga.

En esto llamaron a la puerta y entró el médico.

—¡Hola, doctor! ¿Qué hay, doctor? —le preguntaron hombres y mujeres.

—Lo que ustedes digan —contestó sonriendo el aludido.

El médico se acercó a la Pepa, y esta fue con él al cuarto de la andaluza recién llegada. Se oyó la conversación con la enferma, y poco después apareció el médico en el comedor.

—¿Qué? —le preguntaron—. ¿Tiene algo grave?

—Nada. Un poco de catarro...; que tome aspirina y agua con limón...; es cosa de un par de días.

—¿Quiere usted una copa, doctor? —le preguntó la Pepa.

—No. Estoy a régimen. Me voy porque me esperan.

Antes de salir apareció la «señora» doña Elena, que aprovechó la ocasión para

sermonear al médico y reprocharle su impiedad. Le hablaba, como a todo el mundo, de tú. El médico se reía.

—Bueno; ya está abierto el salón —dijo la «señora» a las tres mujeres.

Se oyó al médico y a doña Elena que bajaban las escaleras discutiendo. Salieron después las mujeres y los dos «mariposos».

—Esta «señora» es lo más notable de la casa —dijo la Pepa.

—¿Y esas mujeres?

—¡Esas! Son como caballos.

—¿Brutas?

—¡Uf!...; para la gente que tienen que tratar están bien.

Después de decir esto, la Pepa fue al armario, sacó un tubo de aspirina y de él una tableta, llenó un vaso de agua y marchó al cuarto de la enferma.

—En la medicina no hay más que tres remedios —saltó de pronto el encargado del bar Edén, sintiéndose Hipócrates o Galeno.

—¿Tres nada más? —preguntó Latorre.

—Sí, señor; nada más que tres —contestó el otro con seriedad—. Para la cabeza, la aspirina; de la cabeza hasta la cintura, el bicarbonato, y de la cintura para abajo, el permanganato.

—Hombre, eso está bien. Le deben hacer a usted de la facultad.

—¡Qué quiere usted! No le reconocen a uno sus méritos.

—Ahora empieza mi trabajo —dijo la Pepa, que se presentó de nuevo en el comedor y empezó a recoger lo que había encima de la mesa.

—Bueno; me marcho —indicó Latorre.

—Todavía puede usted estar aquí un rato, hasta que me vaya abajo. Aquí no hay horas.

—¿Por qué?

—Porque lo mismo empieza la zambra a las ocho de la noche que a las tres de la mañana.

—Mala vida, señora Pepa.

—¡Psch! Más cornadas da el hambre, que dijo el otro. Aquí hay temporadas que no dormimos. ¿Sabe usted que doña Pili, la vecina que siempre estaba fisgando nuestra casa desde el mirador, se murió?

—No, no lo sabía.

—Pues sí, se murió. La que también ha tenido un final tan malo como el mío ha sido la señora Lola, la dueña del almacén de vinos y de la taberna de enfrente.

—¿Sí? ¿Qué le ha pasado?

—Ya sabe usted que al enviudar se enredó con un empleado que tenía muy chulo, también viudo y con muchos hijos. Este chulo la encajó en casa todos sus hijos; luego le vendió el almacén, le sacó quince o veinte mil duros y se llevó una vida de príncipe, y con los últimos miles de pesetas le ha comprado a la tabernera un tiro al blanco y una cabeza de turco para medir la fuerza, y ahí la tiene usted a la señora

Lola en las verbenas hasta las cuatro de la mañana, en que viene él por los cuartos.

«La vida es muy chusca», se dijo el licenciado Latorre.

Luego, en la calle, pensó que el chulo de la señora Lola se parecía un tanto a ciertos insectos de la familia de los *esfex*, quienes, después de perseguir a las arañas, les dan una lanzada en los ganglios motores, las paralizan y les dejan sus larvas para que se las vayan comiendo vivas.

Después de esta comprobación amable del cristianismo en la naturaleza y en la humanidad, Latorre se fue a su casa y dio fin a sus notas estivales.

Vera, julio 1935.



DESDE ANTIGUO, los escritores, sobre todo los moralistas y los fisiognomistas, han asignado a los hombres condiciones parecidas a las de los animales y los han comparado con ellos. No tiene esto nada de extraño, porque el animal es más limitado y más especialista. El animal es con frecuencia una línea, una flecha con una sola dirección; el hombre es casi siempre un círculo con varias direcciones. Cuando el círculo humano se deforma, se alarga o se ensancha, toma entonces un carácter más definido y se acerca a la especialización única del animal. Así, a los hombres se les ha comparado con los leones, con las hienas, con los monos, con las vacas, con los tigres y con los asnos. En el libro *Della Fisonomía dell uomo*, de Porta, hay un capítulo titulado «Delle parti degli animali, e loro costumi per li quali possioamo conghietturare li costumi degli uomini».

No solo la comparación se ha verificado con animales vertebrados, sino también con otros de organización zoológica más inferior, como la hormiga, la cigarra, la abeja y el moscón.

Como hay hombres que se parecen en algo, por su carácter físico y espiritual, al león y al tigre, al cordero y a la hormiga, yo creo que hay tipos que a quienes más se asemejan es a los cínifes.

Aquí una pequeña disertación entomológica. Muchos confunden al cínife con el mosquito, aunque no son iguales. Originariamente no se separaban uno del otro; el griego *kniphs* y el latín *cínifes* o *scinifes* comprendían las dos clases de insectos. Sin embargo, son diferentes; los cínifes están dentro del orden de los himenópteros, y los mosquitos, del de los dípteros.

Los cínifes viven principalmente de plantas; en cambio, los mosquitos del género *culex*, *anopheles* y *stegomya* sorben la sangre de las personas y les inoculan distintas clases de fiebres.

Los hombres cínifes, de quien quiero hablar, tienen las dos especialidades: se alimentan de plantas y de otras materias y pican a sus semejantes, varones o hembras, y les inoculan fiebres malignas. A veces el daño no es grande, y en algunos casos la picadura del cínife produce la agalla, que tiene su utilidad.

Hecha esta aclaración, comenzaremos nuestro relato teoremático.

Manuel Golfín, hijo de Federico Golfín, apareció con buenos auspicios en el mundo literario madrileño al final de la guerra europea. Escribió crónicas e impresiones políticas en verso con ironías muy mordaces e hizo sainetes graciosos. En poco tiempo corrió su fama entre la gente periodística, se comentó y se habló de él como de un joven que prometía y que podía ser algo importante.

La familia de Golfín había manifestado desde hacía tiempo cierto ingenio satírico.

El abuelo fue amigo de Martínez Villegas y escribió algunos epigramas que tenían cierta gracia. El padre, don Federico, periodista, colaborador de *El Bufón*, hombre de muy mala sangre, publicó en su juventud libros e hizo algunas revistas y sainetes con éxito. Después estuvo en América, se casó allá, volvió a Madrid, consiguió un buen empleo y fue redactor de un periódico de tendencias conservadoras. Nadie pudo saber cuáles eran sus opiniones políticas. A veces hablaba como republicano, y otras, como absolutista rabioso.

El hijo, Manuel, el último del matrimonio, nacido a principio del siglo, cuando su padre andaba cerca de los cincuenta años, no tenía el tipo del hijo del viejo. Era delgado, esbelto y fuerte.

La familia estaba así constituida: el padre, don Federico, un tanto cínico y egoísta, no se ocupaba de nada; la madre, americana, leía versos e iba mucho a la iglesia; había un hijo mayor que tenía la malignidad del padre, unida a cierta estupidez; una hija, casada con un hombre serio y vulgar que se dedicaba a negocios de seguros, y el joven Manuel, que por entonces abandonaba las aulas universitarias, donde estudiaba Derecho, para dedicarse a la literatura y al periodismo.

El estudiante se distinguió en su mocedad por lo vario de sus disposiciones. Todo a lo que se dedicaba le salía bien; a los veintiún años estrenó un sainete con éxito, hizo cuplés que se cantaron por todas partes y hasta dibujó algunas caricaturas. Sus gracias y sus chistes se comentaron en los periódicos y llegó a tener cierta popularidad de radio corto.

Su padre, don Federico, lo contemplaba con cierto entusiasmo oculto, porque lo consideraba espiritualmente como un verdadero heredero suyo, mejorado y depurado. Creía que había de tener éxito en la vida; su tipo esbelto y distinguido le producía admiración. Don Federico, pequeño, encanijado y de aire enclenque, admiraba la fuerza y la prestancia. Golfín padre sentía, como muchos, la nostalgia de la época de la juventud y ese espejismo tan general que hace pensar que el tiempo pasado es siempre mejor.

Don Federico tenía el respeto máximo por la ingeniosidad. Recordaba una porción de anécdotas que contaba y que él, a su vez, había oído contar a su padre de Villegas, Frontaura, Manuel del Palacio, Granés, Eusebio Blasco y otros.

Toda aquella causticidad sañuda revelaba una forma espiritual pasada de moda; pero a él no le parecía así.

Las semblanzas caricaturescas de Manuel del Palacio se le antojaban a Golfín padre exquisitas. Aquella, por ejemplo, del cómico Boldún, que empezaba diciendo:

*Boldún, cabeza de atún,
haragán de profesión...*

la repetía con frecuencia, y también el epigrama del mismo autor sobre el jorobado Torroba:

Igualdad, oigo gritar

*al jorobado Torroba,
y se me ocurre pensar:
¿Quiere verse sin joroba,
o nos quiere jorobar?*

También encontraba lapidaria la definición de Grilo, hecha por Salvador María Granés:

*Es el señor de Grilo
poeta de algodón,
con vistas de hilo.*

Veía el colmo de la gracia en la cuarteta de Narciso Serra que, habiendo llevado como hombre bueno a Camprodón para que hablara a su favor en un juicio, lo hizo con tan poca habilidad que dio motivo para que condenaran a su compañero y a que este le dijera:

*Camprodón, me has dado un palo
con ese discurso ameno.
Yo te traje de hombre bueno,
y me has salido hombre malo.*

Con estas frases más o menos ingeniosas y la lectura de novelas francesas se iba formando el espíritu de Manuel Golfín.

El primer sainete suyo que se representó en el teatro Romea tuvo mucho éxito; el segundo ya alcanzó menos éxito, y se dijo que el autor se copiaba a sí mismo.

El padre, don Federico, aseguraba a su tierno vástago que en la literatura no había porvenir, y le recitaba una poesía cómica que terminaba diciendo:

*Siempre conduce Pegaso
los genios al hospital.*

Con la primera obrita de teatro, Manolo Golfín ganó bastante dinero; pero con la segunda, muy poco, y con las demás, también poco. Se había acostumbrado a una vida fácil, de disipación, a pesar de que era un tanto roñoso. Hizo deudas, se mezcló en asuntos de empresas de teatros y de cinematógrafos, estuvo un año en Barcelona y volvió a Madrid, donde comenzó a escribir en un periódico de la noche. Se le tenía por peligroso, porque dejaba, como la avispa, el aguijón en la herida y, como el cínife, producía la desazón y la fiebre.

Golfín era muy versátil: cambiaba de gustos y de trabajo con mucha facilidad. Sostenía amistades con republicanos y revolucionarios, y a la mayoría los tuteaba. Se le consideraba como chico de gran porvenir.

En la redacción del periódico donde colaboraba se formó una cuadrilla en la cual uno de los directores era Manolo Golfín. Esta cuadrilla creció con el tiempo y, como había habido una manía de clasificación de escritores por generaciones, se habló de

una generación de la postguerra.

Estos escritores creían posible vivir una vida independiente, una bohemia dorada al estilo de Gómez Carrillo y compañía; bohemia que ya era entonces de segunda o de tercera mano, porque estaba traducida del parisiense al guatemalteco.

Casi todos estos bohemios hacían gala de impertinencia y de amable cinismo.

Algunos eran ya chanchulleros declarados. Esta tendencia natural de la juventud de criticar, de negar, la querían convertir en algo práctico y positivo. Se atacaba con violencia a los políticos y escritores de fama que podían considerarse como enemigos y se elogiaba a los amigos de la pandilla de una manera exagerada. Este ruido, un poco falso, servía momentáneamente para interesar al público de café.

Había que hacer ruido para tener éxito. Esto es en la realidad el éxito: ruido. Hablar de éxitos de mala ley en nuestra época es una tontería. Eso solo se podrá saber en la literatura cuando hayan pasado cincuenta o sesenta años sobre la obra que se ha escrito, o se ha estrenado, y, a veces, ni aun así.

No faltaba entre los jóvenes quien llegaba a convencerse de que su crítica era una cosa seria con un gran valor para definir y aquilatar lo bueno y lo malo. Los que llegaban a creer esto se convertían en cómicos Aristarcos y pensaban que ejercían un sacerdocio. Otros tendían a sustituir la amenidad y la gracia que les faltaba por la matonería y las frases gruesas.

También aparecieron algunos supuestos escritores, aventureros de mala clase, que ponían a contribución las casas de juego madrileñas, entonces muy abundantes. Como los matones de taberna, tenían la idea de que la mayoría de la gente era tímida y poco decidida y que se podía emplear el insulto y el escándalo, sin peligro, con perfecta impunidad. Ya los desafíos, lances de honor y demás ridículas fantasmoneadas terminaban siempre con actas que no las leía nadie.

Sin embargo, alguno de estos aventureros acabó mal, a tiros; otros se oscurecieron, dispuestos a vivir con su capital, amasado por la matonería y el chantaje.

Para ser un Don Juan con cierta elegancia y cierto rumbo hay que tener dinero; si no, no se pasa de granujilla insignificante.

La bondad y la nobleza se pueden realzar con la miseria; la pillería, no; la pillería necesita cuentas corrientes para tomar aire aristocrático; si no las tiene, se convierte en chulería baja.

En la redacción en que trabajaba Manolo Golfín se renovaba mucho la gente; era como un lugar de paso. Pronto se encontró rodeado de periodistas más jóvenes que él. Entonces se apartó de ellos y formó una tertulia en un café de la calle de Alcalá.

Entre sus compañeros y amigos había un novelista ya cuarentón que escribía unos libros mezcla de erotismo y de chistes. Ponía en esto toda su malicia, y después de publicar una novela pornográfica, sucia, iba en las procesiones con cara de cuervo y con un cirio en la mano.

Otro de los contertulios se firmaba Luis Tenorio, aunque, al parecer, no se

llamaba así. Este se creía un mosquetero, tenía un aire impertinente e insolente, pedía dinero, presumía de aristócrata y sabía mortificar a los unos y a los otros. Hacía interviús falsas con cierta gracia cáustica, y si alguien trataba de rectificarle, contestaba con un chiste o con una baladronada.

Otro, Pepe Valdés, era de los amigos de Golfín. Tenían entre los dos una amistad preñada interiormente de rivalidades y de resquemores. Pepe Valdés aspiraba a meterse en política, pero no veía por entonces el resquicio para entrar en ella.

Ciertamente el tiempo no era muy propicio para la actitud de aquellos bohemios. La época rezumaba indiferencia del público por la literatura y el periodismo, pero muchas veces esta indiferencia y frialdad del ambiente produce efectos parecidos a la preocupación y al apasionamiento, y lo que en unas partes se da por exceso, en otras se da por defecto.

Los compañeros que se reunían en el café tenían una mezcla de ideas prácticas y de ideas literarias falsas y ridículas. Así algunos habían llegado a tomar lecciones de esgrima, por si tenían que batirse, sin pensar que esto era ya una cosa desusada, abandonada y olvidada.

Casi todos estos bohemios gastaban más de lo que podían; seguían la pragmática de no pagar al sastre, y para justificar su actitud atacaban a alguno, casi siempre a algún infeliz, de una manera aparatosa.

MANOLO GOLFÍN había decidido en su fuero interno que para llevar una vida medianamente agradable necesitaba ganar, por lo menos, mil quinientas pesetas al mes, y las ganaba. Se movía mucho, trabajaba con ímpetu, hacía lo necesario para su objeto. Escribía artículos y crónicas, traducía comedias, colaboraba en periódicos de provincias, componía cuplés y daba conferencias por la radio. En una de estas conferencias conoció a Pura Velasco, vecina y amiga del licenciado Latorre en la casa de la calle del Pez.

La Puri era una muchacha guapa, rozagante, rubia. De una familia antes rica y venida a menos, llevaba una vida aperreada. Tenía que sostener a su madre enferma y a una hermana de esta apocada y ñoña.

La Puri conocía la miseria y había ido muchas veces a empeñar alhajas y ropas a la casa de préstamos del primer piso: El Mundo Comercial. Su amistad con Mercedes, la hija de Pastelillos, le proporcionó una pequeña colocación: la de llevar las cuentas en el restaurante Casa Justo.

Naturalmente, este trabajo, para ella difícil, lo consideraba como provisional y ansiaba dejarlo. La Puri tenía muy buena voz, estudiaba música y pensaba llegar a entrar en el teatro. Para darse a conocer comenzó a cantar por la radio. Le pagaban poco, pero le pagaban algo.

Llevaba así algunos meses cuando le preguntaron si quería cantar algunos trozos de zarzuelas españolas, romanzas de tiple de Barbieri, Gaztambide, Caballero y Chueca, para ilustrar una conferencia que iba a dar un periodista sobre el género grande y el género chico. Ella aceptó, pero dijo que necesitaría ir a ensayar al estudio, porque no tenía piano en su casa. Le dijeron que sí, y aprendió pronto las canciones que le indicaron, parte estudiándolas en el papel y parte oyéndolas en gramófono.

Una noche se presentó Manolo Golfín en la estación emisora y dispuso cómo había que intercalar las canciones en el texto.

Se dio la conferencia, que estuvo muy bien.

—Señorita Velasco —dijo Golfín a su colaboradora al terminar—, tiene usted una voz magnífica.

—¿Cree usted?

—Me parece evidente. A ver qué dicen estos señores.

El pianista que acompañaba a Puri indicó con cierta pedantería:

—La materia prima es superior; pero hay que educar todavía esa voz para darle toda su amplitud. ¿Usted pensará entrar en el teatro?

—Sí, sí puedo.

Al ir a salir del estudio. Golfín preguntó a la Puri:

—A usted ¿no le molestará que le acompañe a casa?

—No; todo lo contrario.

En el camino, no muy largo, fueron charlando hasta la calle del Pez. Resultó por la conversación que eran algo parientes. Al despedirse, Manolo Golfín preguntó a la Puri:

—¿Qué tiene usted costumbre de cantar?

—Lo que más he cantado han sido romanzas de ópera italiana: *Lucía, La Favorita, El Trovador, Rigoletto...*

—Muy bien. Entonces yo prepararé otra conferencia sobre la ópera italiana un poco en serio, un poco en broma, y usted canta. ¿Qué le parece a usted?

—¡Qué me va a parecer! Admirable.

—Entonces, ¡adiós! Yo vendré a verla.

—Adiós.

Se dieron la mano; la Puri fue al restaurante de Pastelillos a seguir con sus cuentas, y al terminarlas subió a su buhardilla más satisfecha que de ordinario.

Dos días después Golfín se presentó en la casa y fue a visitar a la madre de la Puri. Le chocó el aire miserable de la vivienda. La Puri, que no tenía espíritu de clase ni vergüenza por su pobreza, contó lo que les había pasado, las peripecias de su ruina.

—Tienen ustedes que salir de aquí cuanto antes —dijo Golfín.

—Sí; pero hay que ganar, y yo no gano casi nada.

—Yo le ayudaré a usted. Poco he de valer si no consigo que entre usted en una compañía.

Manolo Golfín comenzó a aparecer con frecuencia en la casa. Entonces Carlos Díaz, el hijo del dueño de El Mundo Comercial, el prestamista de la vecindad, escribió a Puri una carta de amor. Ella no le dio a la misiva mucha importancia y contestó en broma. Conocía a Carlos como Tenorio, juerguista y punto fuerte en los bailes, sobre todo en el tango y el *fox*. Carlos volvió a insistir. Sin duda, el ver a la Puri acompañada de Manolo Golfín había despertado en él entusiasmo y celos. Como la Puri tendía a no tomarle en serio, Carlos le escribió que quería hablarle, y se vieron en el comedor de Pastelillos.

Carlos le dijo que estaba dispuesto a dejar su vida de juerguista y a casarse con ella.

«Bien —contestó la Puri—; pero usted no pretenderá que solo por eso le vaya yo a tener afecto. Si yo no mirara más que el interés, la proposición suya me convendría mucho; usted sabe cómo vivimos en mi casa; pero yo no miro solo el interés, y pensaré.»

Carlos volvió otros días a hablarla. Ella no sentía gran inclinación por su nuevo pretendiente; pero tampoco le parecía mal.

Carlos contó intimidades de su familia. Su madre no les tenía cariño. Era una mujer indiferente e independiente, que odiaba los trabajos caseros y no le gustaba más que pasear, hacer visitas y leer periódicos. En cambio, su padre, el prestamista

don Félix, era un sentimental, un hombre devorado por la tristeza de verse solo, que tenía la aspiración de la vida del hogar.

«Y ya ve usted, este pobre hombre se ha encontrado con mi madre, que no le hace caso, y conmigo, que he sido un juerguista. Hasta la criada vieja que tenemos no le quiere. Muchas veces, al volver a casa, le he oído yo decir a mi padre: “¡Desaparecer, desaparecer cuanto antes! Si mañana me encontraran muerto, sería un favor para todos: para los demás y para mí”».

A la Puri no le parecieron nada alegre estas confidencias. Carlos aseguraba que si se casaba con él y tenía un poco de consideración por su padre, este se entusiasmaría con ella y se mostraría generoso y espléndido.

La Puri consultó con su madre y con su tía la proposición del hijo del usurero. A ella no le parecía del todo mal. Podía ser una solución rápida de la vida suya y de la familia. Comprendía que la carrera de tiple tenía que ser larga y difícil.

La madre y la tía de la Puri, al oír la proposición, se indignaron. «¡El hijo del tío Chaveta! ¡Qué vergüenza! Aunque tuviera los millones que tuviera no debía hacerle caso».

Las dos mujeres odiaban a Carlos y al usurero. Les habían tratado a ellas brutalmente cuando habían ido a empeñar algo. Eran unos groseros, de una familia baja y ordinaria, dedicados a un negocio miserable.

«Está bien —contestó la Puri—. Yo por vosotras soy capaz de casarme con el hijo del prestamista. Pero ¿no queréis? Bueno. Iré al teatro; a mí me gusta mucho más la idea; me parece más alegre; pero no creáis que entre bastidores va una a poder ser una señorita de un colegio del Sagrado Corazón de Jesús. No. Yo sé algo de lo que es la vida; no me hago ilusiones; no os las hagáis tampoco vosotras.»

La madre y la tía tenían unas ideas un poco ridículas; querían y no querían. Se consideraban de la aristocracia, aunque venidas a menos.

La Puri consultó con el licenciado Latorre, que no supo darle un consejo: «La solución inmediata para usted y para su familia es casarse; es indudable —le dijo el corrector de pruebas—; pero si le encierran a usted en ese ambiente odioso de casa de préstamos entre el padre, el hijo y la criada, está usted perdida. Porque el hijo puede prometer ahora mucho; pero ¿y luego? ¿Cumplirá sus promesas? El teatro tiene también sus quiebras».

Las personas amigas de Puri consideraban mejor solución para ella el ir al teatro que casarse con el hijo del usurero. También la muchacha explicó el caso a Golfín, que sintió como un espolazo en el flanco y protestó violentamente:

—Eso no, de ninguna manera —exclamó—. ¿Se va usted a meter en esa familia siniestra? No. Es un disparate. El joven es un chulo, y el padre es un canalla. Le van a triturar a usted.

—Bien; pero hay que tener para vivir.

—Sí, es verdad; yo no voy a parar hasta que la contraten a usted en alguna parte.

La Puri indicó al hijo del prestamista que ella quería ensayar el teatro y que por el

momento no le podía dar una contestación.

Carlos escuchó sombrío sus palabras y añadió que ya comprendía de dónde venía el tiro: del periodista, como llamaba a Golfín, un sinvergüenza y un granuja. La actitud de Carlos le pareció a ella muy desagradable y antipática. Al comprobar su espíritu acre y sañudo, pensó que hacía bien en no casarse con él.

Golfín, que estaba prendado de la Puri, hizo todos los esfuerzos que pudo para que la contrataran en un teatro y lo consiguió. La muchacha entró poco después de segunda tiple. Se presentó con el nombre de Pura Doni por consejo de Manolo Golfín. Este la dirigió muy bien en los primeros pasos que dio ella en las tablas y le hizo en los periódicos un reclamo muy hábil.

La madre de la Puri pretendió que su hija fuese al teatro con una señora de compañía.

«No, no, mamá —contestó ella—. Nada de rodrigones. Está una solicitada y perseguida por cómicos, empresarios, aristócratas y gente rica; pero yo no soy una perdida y no me iré con un hombre a no ser que le quiera.»

En la temporada siguiente, Pura Doni era primera tiple. Se revelaba como buena cantante y actriz de talento.

Por entonces sacó de la casa de la calle del Pez a su madre y a su tía —a sus viejas, como decía— y las llevó a una buena pensión, y ella poco después hizo el gran disparate, según la gente, de irse a vivir con Golfín a un rascacielos de los Cuatro Caminos.

Golfín había conquistado a la Puri con sus alardes de imprevisión y de bohemia. El periodista arregló la casa sacando dinero no se sabía cómo.

Llevó la pareja una vida muy alegre. Al año la Puri tuvo una niña.

Alguna vez iba a visitar a Mercedes, la hija de Pastelillos, y al licenciado Latorre. Este la recibía con entusiasmo, y ella le abrazaba.

—Pero, querida amiga. Tiene usted una fama terrible —le dijo una vez el licenciado.

—Sí. Los estudiantes y los pollos ricos creen, sin duda, que los cuplés que canto los invento yo.

—Se supone por ahí que hace usted una vida bohemia fastuosa.

—¡Bah!, tontería. Esta vida bohemia no es nada. Yo veo muy bien lo que hay de falso y artificioso en todo ello; pero no me importa. La cuestión es hacer mi carrera artística y ser independiente, y eso ya lo he conseguido.

—¿Y la niña?

—Es preciosa. Ya la verá usted un día, don Antonio.

—¿Tiene el apellido del padre?

—No. He preferido que tenga el mío. Se llama Julia Velasco.

—Pero es usted una anarquista, querida Puri. Se habrán indignado sus conocidos.

—Sí, y la gente del teatro también, porque en el teatro no hay más que el tipo de la mujer sin decoro o la otra muy pacata, que no se separa de su madre o de su

marido, que va mucho a la iglesia...; algunas compañeras me envidian esta unión libre.

—¿Y sus viejas?

—Las he engañado.

—¿Y seguirá usted con Golfín?

—No creo; no nos entendemos. Ahora mi entusiasmo es mi chica; por ella trabajaré y llegaré a tener dinero.

Efectivamente, el licenciado Latorre supo poco tiempo después que Golfín y la Doni se habían separado. Ella no tenía entusiasmo por él; no lo había tenido nunca. Él tampoco por ella, aunque pretendía dominarla. Siguiendo las tradiciones donjuanescas, Golfín se prestó y favoreció la separación.

La Pura Doni iba teniendo mucho cartel. Dejó la niña con un ama en casa de sus viejas y anduvo por provincias. Tenía mucho éxito; en todos los periódicos hablaban de ella con grandes elogios.

Después de esta excursión comenzó la temporada de Madrid en gran «estrella», y al terminarla le ofrecieron una contrata para América en condiciones magníficas: viajes pagados, mil pesetas por noche, un tanto por ciento en los beneficios. Para una mujer como la Puri, que no había de hacer tonterías, era la fortuna, la vida asegurada.

Llegaron hasta Madrid las noticias de sus éxitos en los pueblos de América: retratos a toda plana en los periódicos, coronas de flores, discursos, etc.

Latorre y Mercedes, la hija de Pastelillos, celebraban mucho estos éxitos; Carlos, el hijo del prestamista, fruncía el ceño cuando oía hablar de la «estrella».

Golfín, que se mostraba despechado y envidioso, parece que decía: «Si yo no le hubiera enseñado a ser un poco cómica, esa mujer cantaría como un gramófono».

Pura Doni, después de pasar un año en la América latina y de forrarse de dinero, estuvo algún tiempo en Los Ángeles, donde hizo una película; luego en París y en Berlín, y volvió a Madrid en plena gloria.

LOS DOS PRIMEROS años de la dictadura, Manolo Golfín no experimentó ningún disgusto porque hubiera un Gobierno personal y antiparlamentario. Aunque escribía en periódicos republicanos y tenía amistades con gente de este partido y se consideraba demócrata, se alegró interiormente de que los militares hubieran barrido a los políticos y los hubieran inutilizado.

Después la censura comenzó a irritarle. Manuel Golfín empezó a atacar al Gobierno como podía hacerlo un literato, por motivos personales, con gracia y con acritud disimulada, poniendo en ridículo pequeños detalles grotescos. Se le consideraba entre los periodistas radicales por su ironía.

Los censores de la dictadura, por torpes que fueran, comprendieron la intención en el cronista malévolo y comenzaron a perseguirle en sus obras. Sus artículos aparecían con muchos blancos y a veces una crónica suya entera desaparecía de la página del diario en donde colaboraba.

Las ganancias de Golfín iban siendo escasas y tenía deudas muy difíciles de saldar. Su padre, don Federico, hacía alguna reflexión cómica acerca de los republicanos.

Manolo no iba nunca al teatro a ver a Pura Doni. Le tenía cierto odio al saber que aumentaba su prestigio y su éxito, mientras él bajaba de importancia sin saber por qué.

Para sacar algún dinero se le ocurrió publicar algunas de sus crónicas con prólogo de un político famoso. Un impresor de la calle del Molino de Viento le hizo la edición. Golfín colocó los ejemplares que pudo en las librerías, y el resto se lo vendió al librero de viejo que tenía el puesto en la calle del Pez, esquina a la de la Cruz Verde. Terminó la combinación no pagando la imprenta.

Entonces pensó que, si quería cumplir con sus acreedores, no tenía ni para empezar, y decidió marcharse a París de corresponsal de su periódico; naturalmente, sin pagar a nadie.

En París vivió más de un año de expedientes no muy claros; tuvo que recurrir a una oficina de prensa de la dictadura donde contaba con algún amigo. Al mismo tiempo iba a los cafés que eran punto de reunión de los desterrados políticos, la mayoría voluntarios.

Como en estos cafés reinaban el comadreo y la maledicencia, se enteraron pronto los contertulios de las maniobras de Golfín y se dijo que era un vendido, un traidor.

El periodista destiló su veneno como pudo contra los que le desacreditaban y, harto de París, volvió a Madrid lleno de cólera y de saña.

El padre le recibió con su ironía habitual. En la familia, el cuñado de Manuel,

García Luna, a quien siempre se había considerado como un pobre hombre —la representación de la torpeza y de la pesadez—, era el que prosperaba. Sus negocios iban bien y tenía muchos amigos. Era, al parecer, un personaje importante entre los republicanos. Manolo, en cambio, no marchaba.

—Tu cuñado ha demostrado que a poco ingenio se le puede sacar partido; tú, en cambio, con mucha chispa, no has conseguido nada —le decía su padre.

—Ya veremos al final.

—No te hagas ilusiones. No vayas a tener que pedir un destino a tu cuñado.

Estas ironías paternas, Golfín no las podía soportar.

Padre e hijo se entendían mal. Manolo ansiaba el éxito, entre otros motivos, para darle en la cabeza al autor de sus días; pero el éxito no llegaba. Escribía a veces con más ingenio que nunca; pero ya, sin saber por qué, no se destacaba ni le hacían caso. Empezaba a tener la sensación de que el público y la gente de la Prensa le volvían la espalda. Quizá esto no era cierto; pero para los efectos prácticos era como si lo fuese. Su vanidad estaba irritada.

Pensando que el ambiente de Barcelona sería para él propicio, se presentó en esta ciudad con la idea de estrenar algunas obras y de escribir en los periódicos.

A los pocos días se encontró en la Rambla con su amigo Pepe Valdés, que le convidó a cenar en el restaurante del teatro del Liceo. Hablaron los dos largamente.

Valdés, por lo que dijo, estaba al servicio del dictador. Manejaba los hilos de su Policía particular.

—¿Y cómo te has metido en eso? —le preguntó Golfín.

—Por muchas razones —contestó Valdés—; principalmente porque no encontraba ninguna salida; iba a la miseria. Así que cuando me dijeron: «El Ejército va a dar un escobazo a la política y a las Cortes. Tú ¿qué piensas hacer?» «Yo me pondré, si puedo, del lado no ya de la escoba, sino del mango», dije.

Valdés, en la conversación, se burló del republicanismo y del socialismo. Según él, todo esto había ya pasado. Después le propuso a Golfín el ir a visitar al dictador, que al día siguiente llegaría a Barcelona.

—¿Y no recordará que yo me he metido con él en los periódicos?

—¡Ca! Seguramente no lo recuerda. Así que, si quieres, mañana yo te aviso por teléfono y probablemente aquí mismo por la noche podremos ver al general.

Golfín acudió a la cita.

Valdés estaba en compañía de otras dos personas.

Una de ellas supo más tarde que era un abogado del Sindicato Libre que había dirigido durante algún tiempo el terrorismo blanco de Barcelona, y la otra, un escritor que aparecía como republicano y hombre probo y que había estado en tiempo de la guerra de confidente de los alemanes en San Sebastián.

Valdés presentó a Golfín al dictador y al ministro de la Gobernación. El uno tenía una actitud de señorito andaluz jacarandoso; el otro, una estampa ordinaria y vulgar de gallego basto.

Los dos generales, con Golfín y Valdés y un acompañamiento de parásitos y de policías, fueron a ver una función en un teatrillo del Paralelo, en donde las mujeres aparecieron completamente desnudas. Todo, por la mayor gloria de Dios y de la Patria.

El dictador habló un momento con Golfín y le dijo que necesitaba de la ayuda de las personas de inteligencia, de valor y de patriotismo de España. Después le indicó que fuera a verle.

Pepe Valdés le preguntó:

—¿Qué te ha parecido el general?

—Está bien. Es hombre simpático, campechano...

—Y, además, es hombre que tiene sentido. Le falta cultura; él mismo lo reconoce; pero la suple con habilidad y con gracia. Él ve el porvenir. En toda Europa se lleva la misma tendencia: mejorar de una manera autoritaria las condiciones de la vida. Lo demás es palabrería hueca.

—No hubieras hablado así hace años.

—Me he convencido. Estos países del mediodía de Europa no pueden vivir más que con la anarquía o con el despotismo.

Golfín se dejó convencer; visitó con frecuencia al general en Madrid en compañía de Valdés y le nombraron gobernador de una capital de provincia.

Golfín explicó a su padre lo que hacía, y este, con su carácter hermético y burlón, no dijo nada ni a favor ni en contra.

Los principios del exsainetero y cronista en el cargo de gobernador fueron buenos y lo elogiaron los periódicos como compañero en la Prensa y hombre de buen sentido.

Gran parte de su desgracia le vino por un proyecto de boda. Había en el pueblo una familia rica que se daba mucha importancia. El padre era un cacique que tenía grandes propiedades; la madre se mostraba muy entonada, y la hija se creía una princesa de sangre real. Golfín hizo un poco la corte a la heredera, y como ella no se mostraba muy esquiva, insistió. La muchacha había tenido novio; pero, al parecer, había reñido con él.

El gobernador entró en la casa de la familia rica y se le desarrolló una gran ambición aristocrática. Hizo que le pintaran un árbol genealógico de su familia y comenzó a pensar que solo las personas con abuelos ilustres o con dinero abundante valían la pena de ser tratadas. Le había entrado con el ejercicio del mando un ansia de respetabilidad y de categoría social.

Era un cínico que se consideraba interiormente vencido, fracasado. Tenía ansia de mandar, de lucir. Había sido en su juventud un falso revolucionario, un falso anarquista. Ahora evolucionaba y quería ser un gran señor.

El padre de su pretendida, que poseía grandes fincas, tenía cuestiones con los Sindicatos obreros, y Golfín, para congraciarse con él, se puso de su parte contra viento y marea. El periódico republicano de la ciudad le atacó duramente. El

gobernador multó al periódico; después lo suprimió y metió en la cárcel a sus redactores, dos de ellos socialistas.

Los revolucionarios recurrieron a hojas anónimas. En una de estas se hablaba de Poncio, perro mordedor. Este perro, cuando era independiente, ladraba y mordía al que pasaba delante de él; pero cuando le ponían la cadena y le daban de comer, entonces ladraba a los demás chuchos y quería sujetarlos. Se le dijo que creía haber inventado el orden como sainetero. Se utilizaron sus mismas frases para atacarle.

Golfín estaba dispuesto a seguir la pelea cuando el ministro de la Gobernación le llamó a Madrid, le recibió en su despacho con cara de perro y le dijo que se estaba extralimitando y que no tenía más remedio que soltar a los presos, sobre todo a los socialistas, y tratarles con el máximo de consideraciones, porque en el fondo eran los que mandaban.

«Está bien —contestó Golfín—. Entonces presento la dimisión del cargo.»

El ministro la aceptó fríamente.

La vuelta a la ciudad era difícil para el gobernador cesante, y cuantos más días tardara en hacerlo, peor.

El dimitido dio largas al asunto, mandó recoger sus trastos y un par de semanas después supo que la heredera rica se decidía por su antiguo adorador y que iba a casarse con él.

Golfín recurrió a su amigo Valdés, que tenía mucha influencia en el dictador, y consiguió que este le enviara a un Gobierno civil de más importancia que el de antes.

Se manejó en el nuevo Gobierno civil con más prudencia, pero no tuvo éxito. Republicanos y socialistas estaban envalentonados y ya no había manera de dominarlos.

Golfín pretendió a una viuda rica; ella le tomó en broma y se rio de él.

El gobernador, en vista del fracaso, se puso a ver si dominaba el pueblo; no había modo. Lo hiciera bien o lo hiciera mal, no podía acabar con la hostilidad contra el Gobierno y contra él.

En esto vino la caída de la dictadura, y Golfín tuvo que presentar la dimisión. El hecho le produjo un gran asombro.

Al volver a Madrid, a sus explicaciones en familia, su padre no hizo más que oponer una sonrisa burlona.

Su amigo Pepe Valdés aseguraba que el dictador volvería y que el tiempo que estuviera alejado del Gobierno sería muy corto.

—Si sigue la monarquía, la dictadura no la quita nadie —añadía Valdés—. Se marchará este dictador y vendrá otro, pero la dictadura quedará como un hábito.

—¿Y si viene la República?

—¡Ah! Entonces no sabemos lo que pasará.

Golfín se resistía a creer que pudiese venir la República. Su cuñado García Luna, que tenía prestigio entre los republicanos, aseguraba que era cosa que estaba al llegar.

En casa, el padre solía decir a su hijo con ironía burlona: «Me temo que, en esta

cuestión, los listos vais siendo los tontos, y los tontos, los listos».

Pepe Valdés animaba a Golfín. El dictador desde París y el exministro de la Gobernación, que estaba agazapado en una calle lejana de Madrid, muy vigilado siempre por la Policía, preparaba su vuelta al Poder.

Al poco tiempo, Valdés le dijo que se iba a París. Por el momento no se podía hacer nada.

El período del último Gobierno de la monarquía, Golfín lo pasó a la expectativa. Iba gastando con prudencia el dinero traído de su época de gobernador, escribía poco, iba a un círculo, jugaba al *poker* y, como era inteligente para estas cosas, ganaba casi siempre.

El advenimiento de la República le puso frenético. Casi pensó que era un acontecimiento preparado en contra de sus intereses.

En su familia, su cuñado, García Luna, que nunca había sido un águila, se daba aires de grande hombre, tenía un destino importante e iba a ser diputado.

Golfín se irritaba con esto; pero la mayoría, que siente la adoración del éxito, consideraba a García Luna como persona de porvenir.

Golfín esperaba la ocasión para descargar su cólera contra los que consideraba enemigos e inocularles su veneno de cínife.

EN AQUEL MOMENTO de miseria y de derrota, Manuel Golfín pensó que una de las soluciones de su vida, quizá la mejor, sería hacer las paces con Pura Doni. Podría ser su empresario o el director de escena en el teatro donde ella trabajara, y si era necesario, su marido. Él dirigiría la parte artística y la campaña de reclamos con sus grandes conocimientos.

A Golfín le hubiera gustado adornar este plan con motivos sentimentales y éticos; pero, por mucho que los buscara, no los encontraba. Había estado torpe al no ocuparse para nada de su hija. Tenía que reconocer que su ternura de padre no brillaba a gran altura. Era un error el suyo difícil de subsanar. Tampoco encontraba pretexto que valiera la pena para explicar su actitud de indiferencia al separarse de Pura Doni.

Como persona inteligente y de claridad mental, comprendía que por dentro era hombre seco, de sentimientos pobres. Toda su efusión estaba en cuestiones artísticas y literarias. No tenía tampoco idea de justicia más que en esto. Un hombre como él, incapaz de preocuparse y de pensar en su hija; un hombre que abandonaba a una mujer amable con perfecta tranquilidad, se indignaba al oír aplaudir una comedia mala y silbar una buena.

En el primer estreno de la temporada en que actuaba Pura Doni de tiple, de vuelta de América, Golfín fue al teatro a verla desde las butacas. Quedó asombrado, maravillado. ¡Qué salto había dado aquella mujer! ¡Qué dominio tenía de sus facultades! ¡Qué talento y qué flexibilidad!

Solo en el teatro se pueden dar estas transformaciones. La voz, el accionado, todo había cambiado en ella. Hasta su antigua timidez había evolucionado, dándole una gracia más. Tenía, sin duda, un deseo de perfección en su arte prodigioso.

Golfín supo que la Pura había ido a visitar al licenciado Latorre y a Mercedes, la hija de Pastelillos, y fue a verlos y habló con los dos, mostrándose con ellos como un enamorado no correspondido. Latorre, que era marrajo, desconfiaba de él; la Mercedes, más inocente, creyó lo que le decía el acre articulista y aseguró con fervor que tenían que volver a unirse y a casarse, porque no podían ser más que el uno del otro.

Según Latorre, la Puri había dicho que no tenía la menor inclinación para nuevos amores; trabajar en su arte hasta llegar a la gloria. Esa era su ambición, lo cual, según el licenciado, no era nada imposible ni absurdo, porque había ido a verla y le parecía evidente que la cómica progresaba en su arte por días.

Mercedes contaba que la Puri, como era tan buena amiga suya, le dijo que viera si ella podía mejorar en algo su situación, porque lo haría con toda su alma.

Golfín quiso enterarse de lo que se decía de la «estrella» entre bastidores. La verdad es que tenía muy buena fama. Al parecer, la Pura se mostraba de una corrección poco frecuente; no tenía aventuras; su niña y la familia era lo que le preocupaba. Recibía muchas cartas de amor, pero hacía poco caso de ellas. Solía conquistar a los periodistas y a los autores con su amabilidad y su ingenio. Se revelaba como una mujer muy inteligente y no tenía rivalidades con otras cómicas, a las que elogiaba y trataba bien.

Estas cualidades de comprensión y de juicio hicieron pensar a Golfín que la conquista de su antigua amante iba a ser difícil.

Decidió ir a verla en su cuarto del escenario con el pretexto de felicitarla por sus triunfos.

«O me recibe con entusiasmo o me rechaza con indignación», se dijo.

Entre bastidores encontró a Carlos, el hijo del prestamista de El Mundo Comercial. Se miraron los dos con profundo desprecio.

La alternativa supuesta por el escritor satírico, el entusiasmo o la indignación, no se realizó. La Puri le acogió con indiferencia y con amabilidad, recibió los plácemes como acostumbraba a ellos y no se le vio ni conmoverse ni indignarse. Al parecer, consideraba sus amores como historia antigua.

El caso le produjo preocupación a Golfín:

—¿Qué clase de mujer es esta? —se dijo—. ¿Qué diablo le pasa?

Por si ella no había comprendido claramente sus intenciones, la escribió una carta larga y hábil, mostrándose en parte sincero, en parte no, dando como uno de los motivos de su nueva inclinación por ella su admiración por la cómica extraordinaria que él no había sabido adivinar. Él era un artista con los vicios y las virtudes de todos ellos; había abandonado a la comiquilla insignificante con quien había vivido; pero estaría orgulloso de ser el marido de la artista ilustre.

A pesar de su tendencia anárquica, él creía que la Puri caería en el lazo y que había de considerar el casarse con él como una gran cosa; pero no fue así.

Ella le contestó pocos días después con una carta clara, terminante, que no permitía esperanzas.

«Nosotros nos conocemos muy bien, demasiado bien, para engañarnos —le decía—. Los incidentes de nuestra vida en común están tan grabados en mi memoria, y algunos son de tanta amargura, que es imposible para mí borrarlos. Una nueva unión entre los dos es imposible, de todo punto imposible.»

Golfín sintió uno de los más rudos golpes de su vida. Fracasaba en la empresa como hombre y como hombre astuto e inteligente.

«Esa mujer, evidentemente, es una mujer lista; pero no es por inteligencia solo por lo que me rechaza. Esa mujer tiene un novio o un amante, no me cabe duda. Hay un hombre detrás.»

Efectivamente, lo había. Golfín rondó de noche la calle donde vivía la Puri, habló con la portera de la casa y con el chofer que la llevaba al teatro y despejó la incógnita.

El hombre era un señor de treinta y cinco a cuarenta años, tipo de buen aspecto, fuerte, elegante. Al parecer, era rico y tenía una industria de importancia en un pueblo del Norte.

Desde el fondo de un café de la calle donde vivía la cómica, que convirtió en observatorio, vio una vez el escritor a la actriz y a su nuevo amigo que marchaban hablando animadamente. Ella tomó un taxi, sin duda para ir al teatro. En la manera de saludar a la Puri notó que él estaba enamorado de ella, y en el modo de mirarle ella comprendió que estaba enamorada de él.

A Golfín se le atragantó todo aquello y en este momento se olvidó de ser hombre y de ser artista y se sintió cínico.

«Esa pécora le habrá contado una serie de infundios a ese buen señor, y yo le voy a decir la verdad.»

Sabía cómo se llamaba aquel hombre y pronto encontró una ocasión de entrevistarse con él en un casino. Tuvieron una larga conversación.

Golfín se excitó con la charla y habló demasiado. El otro, un poco frío, correcto, escuchó con calma.

El periodista satírico explicó su actitud con la Puri por la vida bohemia que habían llevado los dos. Él la quería y ella le quería a él; pero a las primeras diferencias que hay en todas las parejas, llevados por sus gestos independientes y anárquicos, se habían separado. Ella no había tenido ningún interés en casarse con él, y él, dolido de su desdén, no insistió y la dejó marcharse con su hija. Ella era una mujer orgullosa, libertaria, que despreciaba las convenciones sociales y a quien le parecía humillante depender de un hombre.

—Ella tiene mucho amor por su hija, y quizá usted no se ocupó de ella —observó el señor con disimulada indiferencia.

—Sí; es cierto. Es que ella la alejó de mi lado deliberadamente. No quiso tampoco que yo le diera mi apellido.

—En esas cosas delicadas hay que insistir.

Al terminar su entrevista se levantaron los dos para saludarse, y el señor dijo:

—Veremos. Ella decidirá.

Al marcharse, Golfín creyó que había conseguido su objeto. Sin embargo, era todo lo contrario. A pesar de su listeza, aquel señor había estado más listo que él. Le había dejado explicarse y hablar para comparar, sin duda, lo que decía él con lo que le había contado la Puri.

Golfín no abandonó la partida y siguió con sus averiguaciones y sus intrigas.

Por lo que le dijeron, su rival estaba enamorado de Puri y ella también de él. Él quería que se retirara del teatro. Ella encontraba duro abandonarlo en pleno triunfo, cuando había conquistado, gracias a su esfuerzo, el éxito y la vida de los suyos.

«Es mejor para usted, Pura —le decía él—, retirarse en pleno triunfo.»

«¿Haría aquella mujer tal estupidez? —pensaba Golfín con cólera—. ¿Abandonaría una posición tan difícil de conquistar?»

El hombre sentía una profunda rabia. Para él, todo lo que estorbaba su egoísmo era una canallada que le hacían los hombres o el Destino.

Por entonces, los artículos del cronista destilaban bilis. Sus pinchazos a derecha y a izquierda producían sangre. Los políticos, los escritores y los cómicos estaban expuestos continuamente a sus picaduras de cínife. Se le temía porque daba con habilidad en el blanco.

Quizá se iba acercando a atacar de una vez a Pura Doni como artista y a marearla con sus ironías y sus impertinencias.

Esperaba, sin duda, la ocasión de un estreno o de otro suceso teatral en que ella interviniese; pero la ocasión no se presentó.

Al terminarse la temporada en Madrid, se dijo en los periódicos que Pura Doni iba a provincias; pero no fue.

Al final del verano se supo que la tiple se había retirado de la escena y se había casado con el industrial. Había ido a vivir a un pueblo del Norte.

A Golfín se le escapaba la presa. Era una de las mayores derrotas de su vida. Al menos, en otros casos había tenido el placer de la venganza; pero aquí no había ni esta compensación. La ira y la cólera le hicieron por entonces ser más agresivo que nunca. En el político o en el cómico que mortificaba con sus alfilerazos creía ver un defensor de Pura Doni y de su marido.

CON EL FRACASO de su tentativa amorosa, Manolo Golfín se manifestó en sus crónicas más duro y más agresivo que de ordinario. Se sentía asfixiado en el ambiente. ¿Qué podía hacer? No tenía salida. Ir al extranjero era inútil. América tampoco ofrecía porvenir alguno. Era indispensable tascar el freno y aguantar la desesperación hasta hacerla soportable.

Contrastaba su miseria con el esplendor de su cuñado, que hablaba en el Congreso como padre de la Patria, se codeaba con políticos importantes y se le consideraba como hombre de porvenir. Mientras tanto, el grupo de los amigos cínifes, entre los cuales había hombres de ingenio, se dispersaba en busca del sustento. La vida se les presentaba difícil.

¿Es que la República había venido para favorecer a los imbéciles? ¿Era posible que una ola así de mediocridad les anegara a todos?

«En las demás revoluciones —pensaba Golfín— se habían dado semanarios satíricos que ponían en solfa a los fantasmones de la política y permitían destacarse a los escritores. En esta, el Gobierno comenzaba suprimiendo periódicos y estableciendo la censura. Se habían acabado los tiempos de *El Censor*, de *El Padre Cobos* y del *Gil Blas*. Todo el mundo tenía que enmudecer.»

Los amigos monárquicos y la gente de la dictadura estaban achantados, sin atreverse a respirar. Los generales, antiguamente tan atrevidos, se metían en un rincón; los aristócratas se escapaban cautelosamente a Francia. Una señorita que se paseaba en tiempo de la dictadura como una posible virreina, y a quien Golfín, cuando era gobernador, recibía con grandes honores en la ciudad, se paseaba por la calle sin que nadie le hiciera caso.

Nuestro cínife supo por anticipado el movimiento que preparaban algunos militares para el verano y que iba a dirigir Sanjurjo. Tenía esperanzas en él. Quizá alguno iba a resultar un Espartero, un Narváez o un Martínez Campos.

Cuando la tentativa fracasó estruendosamente, se indignó y pensó que aquellos hombres no valían para nada.

Golfín, el padre, que conocía las ilusiones de su hijo, al saber el resultado de la rebelión sonrió con ironía. Para él, la mala suerte era lo mismo que la estupidez.

Durante algún tiempo, monárquicos y monarquizantes se retiraron de sus reuniones y de sus tertulias. Muchos tuvieron que ir a pasar el verano y parte del otoño a la Cárcel Modelo.

Cuando pasaron las persecuciones, comenzaron de nuevo a gallear.

Manuel Golfín hizo algunas crónicas con gracia, sobre todo una comentando los estrenos de las obras dramáticas de los políticos en el Poder, que pintaba como

representaciones entre guardias de Asalto con el revólver en la mano, burócratas y agentes de Policía, que ensalzaban las bellezas literarias de las comedias y llevaban a la cárcel a los que no aplaudían con suficiente fervor.

El artículo hizo reír a los enemigos de los políticos del bienio, y en los periódicos de estos se le contestó sin gracia, pero con una hostilidad agresiva y brutal. Ya el ingenio no se cotizaba y a la burla se contestaba con la frase gruesa.

Los ataques eran directos, claros y sin eufemismos. Ya no había matices ni ironías veladas. Se decían brutalidades de fondo y de forma sin miramiento alguno.

Golfín comenzó a escribir en un periódico conservador, disimuladamente monárquico. Colaboraba, además, sin firma, en un semanario satírico, y allí destilaba su veneno de cínife y adornaba su saña contra todo el mundo con sus perfiles de estilo.

En el semanario veía que la sátira acerada y clásica no tenía éxito. Lo que gustaba al público reaccionario era el insulto franco y soez y el juego de palabras popular, basto e insolente.

Por su nativo buen gusto, Golfín nunca habló de la monarquía, de la aristocracia o de la Iglesia con el fervor de un nuevo catecúmeno. Las cuestiones relacionadas con ellas las soslayaba con habilidad. De hacer una defensa cálida de las viejas instituciones, su padre se hubiera reído de él y le hubiera acusado de representar una farsa.

Él se reservaba para el ataque. En los periódicos enemigos le trataban con crueldad, y aunque se hacía el indiferente, muchas veces los insultos le mortificaban. Se le llamó Arlequín, parásito, lameplatos, que desde que habían desaparecido sus amos tenía que poner el puchero a la funerala.

Le dijeron que no era una serpiente, porque las serpientes silban, y a él le silbaban como sainetero.

Él se mostraba impasible. Había cierto valor en afrontar el desprecio público de una manera aparentemente tranquila y serena.

Una de las cosas que más le indignó fue saber que Pepe Valdés, el amigo que le había impulsado a enrolarse en la tripulación de la dictadura, y a quien él creía escapado, perseguido, refugiado en algún apartado lugar de Francia o de América, estaba en Madrid y era, por lo que aseguraban, confidente o asesor de la Presidencia.

Valdés vivía en un gran hotel, usaba un magnífico automóvil y entraba en todas partes. Pasaba unas semanas en Madrid; luego iba a París y a Suiza. Al parecer, era un agente de negocios de los políticos.

Llevaba una vida alegre de aventurero, con mujeres vistosas, gastando a manos llenas.

Debía de estar encargado de asuntos secretos muy importantes.

Se habló de que tuvo en el hotel donde vivía una conferencia con un político francés de fama; unos decían que por cuestiones de negocios, y otros, de política.

En el grupo de amigos y conocidos de Golfín, entre los que había periodistas,

aristócratas y algún homosexual, encontró un jovencito que volvía de París y que le dijo que a la muerte del dictador habían corrido rumores de que le habían envenenado y que en el envenenamiento intervinieron los que le rodeaban y probablemente Valdés.

La cólera turbó a Golfín. Siempre había tenido la teoría de que un hombre como él debía ser fiel a la amistad y a los sentimientos personales, dejando la fidelidad por las ideas y las doctrinas para la chusma política y pedantesca.

A pesar de su teoría sobre la amistad, no la llevó a la práctica, y tuvo la mala idea de escribir al subsecretario de la Presidencia un anónimo.

Decía en él que Valdés era hombre astuto y codicioso; que trabajaba por el que le pagaba; que no tenía más móvil que el interés personal; que, bajo su apariencia de franqueza, tenía un fondo de hipocresía y de mentira inagotable, y que así como había hecho traición al dictador, de quien había sido confidente íntimo y de quien conocía todos sus secretos, se la haría a los republicanos y los vendería cuando le conviniera.

En la Presidencia, sin duda, esto se sabía, y se entregó el anónimo a Valdés, y este se lo devolvió a Golfín con una tarjeta en la que decía: «Gracias por la prueba de amistad.»

La réplica era sencilla y desdeñosa. Golfín, al ver su anónimo devuelto y la tarjeta de su antiguo amigo, quedó en la soledad de su cuarto pálido de la impresión.

Indudablemente, había hecho una mala maniobra; pero ya no había modo de arreglarla. Valdés, que tenía tanta influencia oculta, podía vengarse de él.

Se desesperaba al pensar que allí donde ponía la mano hacía una torpeza. En cambio, los demás ¡qué suerte y qué desparpajo para cambiar de postura y salir del paso con facilidad! Y lo extraordinario era que la mayoría eran vulgares, sin talento y que, sin embargo, acertaban y triunfaban. Y él, en cambio, inteligente, ingenioso, escritor perfilado, iba de tumbo en tumbo.

El cacique del primer pueblo donde había estado de gobernador, reaccionario de tomo y lomo, que le había instado a él para que suspendiera el periódico republicano y metiera en la cárcel a sus redactores, aparecía ahora como el jefe del partido radical de la ciudad y amigo de los socialistas.

Era para volverse loco. Había que pensar que el talento en la vida y en la política era de otra calidad que el talento en la literatura.

De sus compañeros y amigos, cada cual había seguido su marcha. El novelista pornográfico, sombrío y melancólico, que antes iba en las procesiones con un cirio en la mano y con cara de cuervo, se dedicaba a la hipocondría, no veía a nadie y se pasaba la vida en su casa tomándose el pulso y mirándose la lengua.

Luis Tenorio había entrado en un periódico importante y hacía crónicas de sociedad, y en cada una de ellas aparecían siempre encantadoras marquesitas, bellas señoras, caballeros de abolengo ilustre, Mimí y Fifí, el palacio del ilustre duque de Tal, etc., etc. Tenorio se mostraba francamente servil y daba con el incensario a los aristócratas en la narices. Como, sin duda, no se tomaban en cuenta sus antiguos

desplantes revolucionarios, alternaba con la sociedad distinguida, y se le convidaba a todas partes, aunque muchas veces un detalle cualquiera le indicaba que se le tenía por un parásito.

Algunos compañeros del oficio habían conseguido entrar en redacciones de periódicos republicanos y, al parecer, no encontraban mucha diferencia entre las antiguas y las nuevas. Otros tenían algún destino.

Golfín iba cansándose de su lucha estéril y habló a su hermana con el objeto de que influyera en su marido y le consiguiera un empleo. García Luna lo consiguió, porque para él sentirse importante, proteger a su cuñado y demostrarle su poder constituía una gran satisfacción.

Ya con un destino seguro, el cínife consideró que debía ir abandonando sus artículos de sátira política y dedicarse de nuevo al teatro.

Golfín estaba un poco triste y amarillo; envejecía con rapidez, y su único entretenimiento era ir al Círculo a maldecir de la República, jugar al *poker* y a ganar a los conocidos, que desconfiaban de él porque decían que jugaba muy bien, pero que sospechaban que hacía trampas.

Pepe Valdés, que sentía hostilidad y desprecio por su antiguo amigo, por la mala jugada que le había hecho, decía:

—El caso de Golfín es el caso del hombre que quiere hacer daño y no lo sabe hacer. Conquista a Pura Doni porque la encuentra en una situación propicia y hace la canallada de dejarla abandonada; pero ella llega a ser una gran actriz y a casarse con un rico, y él se queda hecho un miserable chupatintas; mete en la cárcel injustamente a un socialista en el pueblo donde estuvo de gobernador, y el socialista con esto llega a ser diputado y personaje; a mí me ataca a traición, y yo subo y él baja. Con todo su ingenio, su malignidad y su perfidia, es un desdichado. Y tiene el sino que se merece: el de un desdichado.

Vera, agosto 1935.



Los
Sacrificados

2

HACE treinta y tantos años tenía yo la costumbre de ir a pasear por las mañanas a la calle de Rosales. La calle tenía menos casas que ahora, algunas con aire aldeano, y era poco visitada por los madrileños.

A lo lejos se veía la perspectiva de la sierra como una lejana muralla azul coronada de nieve, y cerca, en los barrancos, llenos de cascote, aparecía algún merendero o alguna casucha con su corralillo limitado por árboles y sus gallinas y sus conejos.

No se había comenzado aún el parque del Oeste, y las colinas que hoy presentan arbustos y macizos de verdura eran vertederos cruzados por un arroyo; el de San Bernardino, que tenía en sus orillas hileras muy espaciadas de álamos viejos y corpulentos. Al pie de las colinas aparecía el Manzanares con sus pequeñas corrientes de agua sobre el cauce arenoso; brillaba el estanque de la Casa de Campo entre las ramas secas; se veía la carretera de Segovia, y hacia el Sur se levantaba el Cerro de los Ángeles.

Un tren se alejaba echando humo; los cornetas hacían ejercicios de música estridente con sus aparatos de metal entre redobles de tambores, y algún rebaño de cabras se esparcía por los montones de escombros y de latas roñosas de conserva, y mientras aquellos animales de aspecto diabólico mordían la hierba corta nacida entre los detritos ciudadanos, el pastor, envuelto en la manta y el cayado blanco en la mano, pasaba con aire de hombre primitivo.

Con frecuencia, después de recorrer la calle de Rosales, seguía yo por delante de la Cárcel Modelo, subía por un camino del Instituto Rubio, que cruzaba un bosquecillo de eucaliptos, y pasaba por el boquete de la tapia a la senda que limitaba por la parte alta los campos de la Moncloa y salía al Partidor, donde estaban construyendo un depósito de agua y existía y existe un cementerio —el de San Martín— con unos hermosos cipreses.

En estos paseos me encontré varias veces con un tipo que, por su carácter, me pareció bastante cómico. Era un hombre pequeño, grueso, con la barba roja en punta y el aire atrevido y audaz. Llevaba pantalón ancho, de pana amarillenta; chaqueta también de pana, aunque negra; chalina de color y sombrero flexible. Parecía vestido para representar *La Bohemia*, de Puccini, que es una falsificación industrial de la de Murger, como esta, a su vez, es una falsificación de la realidad.

El hombre era, sin duda, un paisajista. Con frecuencia iba con un álbum bajo el brazo, y una vez le vi en el alto de la Moncloa, cerca de la hondonada del hospital del Cerro del Pimiento, con su lienzo y sus pinceles, rodeado por algunos vagabundos y curiosos.

No hubiera sabido cómo se llamaba aquel hombre; pero una vez lo encontré en la Puerta del Sol en compañía de un dibujante catalán y hablamos.

El pintor era valenciano; se llamaba Pascual Magraner, y vivía en una de las calles que desemboca en la de Rosales, en un piso alto.

Unos días después lo vi, se me acercó y paseamos juntos por nuestros sitios habituales. El valenciano era republicano, algo anarquista, exagerado en sus ideas y hablaba por explosiones. En su juventud, por lo que me dijo, tuvo ideas revolucionarias; hacía cuadros impresionistas con unos pinceles muy grandes y mucho a color; pero desde que estaba en Madrid fabricaba cuadritos como cromos, que era lo único que podía vender. Verdaderas porquerías, según él. También dibujaba para una casa editorial.

Aseguraba que la época era muy mala para el arte. No había curiosidad ninguna por la pintura, y a la gente esto le tenía sin cuidado.

Él hubiese querido decorar el muro de una escuela. Treinta o cuarenta metros de pared. Esto hubiera constituido una empresa digna de un artista. Se tenía que contentar con hacer aquellos cromos, que eran indecencias, inmundicias. Yo le decía que todas las artes iban decayendo.

—¿Es que usted cree que la pintura está también muerta? —me preguntaba a mí mirándome muy fosco.

—No sé. Yo, si fuera pintor, cultivaría la nota costumbrista, siguiendo de lejos la tradición de Goya.

—Yo la he cultivado antes y la seguiría cultivando con mucho gusto. Pero ¿qué va usted a hacer si a la gente no le interesa? Hay que vivir. Hay que hacer una pintura de bazar, una porquería, y copiar monos de periódicos franceses ilustrados, como hago yo.

Las varias veces que paseé con el pintor encontramos una pareja muy amartelada en la avenida de la Moncloa.

La dama venía en un coche, bajaba y se reunía con el galán. Él solía esperarla cerca de un árbol, en sitio poco frecuentado. Marchaban juntos hablando muy animadamente y esquivando a las pocas personas que paseaban. A veces se sentaban en un banco. El galán tenía para su dama muchas atenciones.

Ella solía llevar un velo y gastaba tocás de viuda. A pesar del velo, se le notaba que era vieja.

Él era un señorito madrileño de edad provecta, flaco, chupado, moreno, con bigote pequeño y el pelo gris.

—¡Qué pareja de enamorados! —dije yo una vez que los vimos.

—Sí; son unos pobres vejestorios —repuso Magraner.

—Él es un verdadero silbante, como se decía en Madrid hace años, y ella es una momia.

—Yo he pintado un cuadro en donde aparecen los dos —indicó el pintor.

—¡Hombre, qué extraño! ¿Es que los conoce usted?

—No.

—¿Pues entonces?

—Verá usted. Hace años —contó el valenciano— cuando vine a vivir a esta casa, iba por las mañanas a pasear por este mismo sitio adonde vamos los dos y llevaba mi álbum. Un día de otoño me acerqué al cementerio de San Martín y vi la puerta abierta. Andaba gente por dentro. «¿Qué diablo será esto?», pensé. Comprendí que era el día de difuntos, y entré. Había algunos curiosos y pobretería de las casas de los alrededores. En un patio, en un ángulo formado por dos paredes llenas de nichos, un grupo de gentes del pueblo comía y bebía como si estuvieran en una fiesta campestre. Cerca de un sepulcro con una estatua, rodeado de una verja, estaba esta pareja. Yo, que tenía entonces la manía de pintar cementerios, hice un croquis de aquel patio, y luego, un cuadro.

—Me gustaría verlo.

—Ahora no lo tengo a mano en el estudio. Si quiere usted, viene usted a mi casa mañana, a esta hora, y ya se lo enseñaré.

—Bueno, pues mañana iré.

Efectivamente, al día siguiente me presenté en su casa, subí noventa y tantos escalones, hasta quedar sin resuello, y llamé en el cuarto del pintor. Me abrió él mismo y me pasó a un pequeño estudio bastante sucio, destartalado y con el suelo lleno de polvo, de papeles y de colillas.

Un chico jugaba con unas estampas viejas.

—Mira tú, che —le dijo el pintor—: vete a jugar un rato fuera, que tengo que hablar con este señor.

Vestía el artista valenciano una blusa o guardapolvo gris, lleno de manchas, que hacía destacar su vientre, y fumaba una pipa corta. Parecía un vendedor ambulante.

Estaba con la paleta en la mano pintando uno de sus cuadritos que él llamaba cromos indecentes con un pincel muy pequeño, como si hiciera una miniatura.

—¿Qué le parece a usted? —me preguntó señalándome su cuadro.

—Está bien. Tiene lo que necesita.

—Es una pintura para cocineras; pero es la única que se paga, y yo no puedo hacer otra, al menos por el momento. Le voy a enseñar lo que hacía antes: mi colección de cementerios; porque tuve una época que no pintaba más que cementerios.

El pintor me dejó arrimados a una silla siete u ocho lienzos con paisajes de camposantos de Madrid y de pueblos de alrededor y él siguió con su obra.

—Veo que es usted de la escuela de aquel pintor catalán Modesto Urgell, que hizo un cuadro de un cementerio titulándolo con una frase de Bécquer: «¡Dios mío, qué solos se quedan los muertos!» —le dije.

—Sí; vi el cuadro de chico. No estaba mal.

—Le podían llamar a usted el pintor de los cementerios.

—Sí, es verdad. Yo creo que esta manía de los camposantos fue para mí, hace

años, algo como la viruela o el sarampión.

—No; ¿por qué? Un cementerio es un jardín bonito, melancólico, lleno de poesía...; pero ¿y el cuadro con la pareja que vemos en la Moncloa? Aquí no está.

—No. Ese es más grande. Ahora se lo enseñaré.

Después de decir esto dejó los pinceles, cogió un bastidor que estaba de espaldas a la luz y le dio la vuelta; luego le quitó el polvo.

—Ahí lo tiene usted.

El cuadro era curioso. Había exagerado aquí Magraner el carácter impresionista de su pintura. Los colores estaban puestos sobre el lienzo casi puros, sin mezcla y muy divididos, con un conocimiento científico de los complementarios.

Los cipreses de mucho bulto aparecían iluminados por un sol amarillo de otoño.

El aire del cuadro tenía vibración. Este efecto estaba, sin duda, producido por las pinceladas puntillistas blancas, azules y verdes.

Las figuras eran abocetadas y caricaturescas; pero este carácter armonizaba bien con el carácter de la obra. El grupo de los que comían y bebían en el fondo de un patio del cementerio, delante de los nichos, tenía un aire de Goya.

Lo había pintado Magraner con colores violentos. Había un hombre medio enano, con unos pantalones amarillos, levantando una bota de vino en actitud de beber, una mujer con un refajo rojo que extendía los brazos como si fuera a comenzar un baile y un soldado de Caballería con su uniforme, su casco, su sable y unos cordones dorados en el brazo.

En el fondo aparecían los nichos con sus lápidas de mármol blancas y negras y sus letras doradas, las coronas de perlas falsas, las fotografías y las demás cosas absurdas que suelen ponerse en los cementerios.

En el centro del patio, delante de un sepulcro iluminado con unos farolones, estaban las dos principales figuras, inspiradas en la pareja que solíamos encontrar en la Moncloa. Las dos eran caricaturescas y al mismo tiempo con aspecto de fantasmas. La mujer, rígida, vestida de viuda, de luto riguroso, con manto y joyas, parecía una estatua; el hombre, igualmente de negro, con el sombrero de copa en la mano derecha, un bastón en la izquierda y la cabeza inclinada en señal de respeto, tenía un aire un poco ridículo.

El sepulcro era tan cómico como todo lo demás. Sobre unos almohadones, reclinada en una actitud lánguida, semiyacente, se veía la figura de un militar con bigote y perilla, con el uniforme entallado lleno de cruces. En la inscripción funeraria se leía: «El teniente general excelentísimo señor don Juan Fernández de Herrera y Suárez de Mendoza.»

—¿Decía así en la sepultura? —pregunté al pintor.

—No sé si lo decía. Yo lo puse porque era también un nombre rimbombante.

El cuadro se llamaba *El respeto a la muerte*.

—¿Qué le parece a usted? —me preguntó el pintor.

—Me parece muy bien.

—¿De verdad?

—Sí.

—Pues lo pinté de memoria.

—¡Bah!, y eso ¿qué importa?

—¿Usted cree que no?

—Naturalmente que no.

—Cada cual tiene su opinión.

—El título es lo que me parece que sobra.

—¿Por qué?

—Me parece por el estilo de aquel otro de un cuadro de Sorolla en donde había una barca con un marinero muerto y que se llamaba: *¡Aun dicen que el pescado es caro!* Esta reflexión de cocinera se me figuraba bastante fuera de lugar. Usted ha pintado esto porque le gustaban los colores, los contrastes, y luego le ha añadido una reflexión moralista porque pensaba que así lo completaba... De todas maneras, yo creo que esto está muy bien.

—Yo no sé si está muy bien o no; lo que sé es que no lo ha querido comprar nadie. Y lo he expuesto varias veces muy barato.

—Eso no demuestra nada.

—¡Que no demuestra! ¡Si tuviera usted chicos como yo!

El pintor se puso a mirar su cuadro con cierta cólera. La verdad es que se destacaba de todo lo hecho por él antes y después de una manera extraña. En medio de la mediocridad de su obra, aquello parecía de otra mano.

—Es raro esto, pero es cosa que no se debe hacer —dijo al final.

—¿Por qué no?

—Porque es perder el tiempo.

Me despedí de Magraner, el pintor de los cementerios; lo dejé trabajando en su cromito, como decía él, y me fui a la calle.

Tiempo después supe los nombres y la vida de aquellas dos personas que formaban la pareja que veíamos en el paseo y que el valenciano había pintado en su lienzo. Entonces pensé que el pintor no solo había hecho un cuadro curioso, sino que había tenido algo como la adivinación del destino de los dos al colocarles, tristes y decaídos, cerca de un sepulcro, en medio de otras gentes groseras que gozaban alegremente de la vida.

LAS DOS FIGURAS que aparecían como fantasmas al lado de un sepulcro, en el cuadro del pintor Magraner, tenía en la vida cuerpo y nombre. Ella se llamaba María Luz Hinojosa; él, Enrique García Heredia.

Es posible que ninguno de los dos, de llegar a verse en el lienzo del valenciano, se hubieran reconocido; probablemente no se parecían.

María Luz y Enrique fueron ya de viejos varias veces a visitar, en el cementerio de San Martín, la tumba del general Heredia, abuelo de Enrique, a quien los dos habían conocido de niños.

María Luz Hinojosa y Enrique García Heredia pertenecían a lo que hace años —y no sé si ahora— la gente que se consideraba distinguida llamaba la sociedad.

El padre de María Luz, don Carlos Hinojosa y Toledano, era un señor que presumía de aristócrata, con fama de rico. Había sido diputado, tenía fincas en Andalucía y hablaba escuchándose. Era hombre grueso, de cara redonda, moreno, de bigote corto, con aire de moro o de judío. Andaba siempre muy acicalado y llevaba brillantes en la pechera y en los dedos.

Peroraba con frases de político sobre los asuntos de la época. Era jurídico y financiero. Decía a cada paso: «Yo entiendo...» «si que también...» «bajo el prisma...» No decía «estructurar» porque no se había inventado aún esta bella palabra. A pesar de su retórica y de sus declaraciones de acendrada moralidad, había datos para creer que se había mezclado en algunos chanchullos y en cuestiones no muy claras ni muy limpias. Los que le conocían desde hacía tiempo aseguraban que era aficionado al juego y hombre de prostíbulo, de costumbres crapulosas.

La mujer de don Carlos, la madre de María Luz, doña Pilar, era una manchega de capital de provincia, flaca, dura, esquelética y avara. Tenía los ojos verdes claros y un cierto aspecto gótico. Se afirmaba que en su juventud había sido una mujer bonita y atractiva; pero a medida que envejecía se iba quedando seca y amojamada. Su espíritu, al parecer, se curtía al mismo tiempo que su cuerpo.

Su talento principal consistía en hablar bien. Se expresaba en un castellano muy correcto, con muchos proverbios y refranes, que los colocaba con oportunidad.

La hija mayor del matrimonio, llamada Pilar como su madre, estaba casada con un negociante rico y antipático, subdirector de un banco, que se creía el centro del mundo.

María Luz tenía un hermano más joven que ella, Carlos, que estudiaba para abogado y que daba muestras de un sentido claro y práctico de la vida.

Tanto Pilar como Carlos eran de un perfecto egoísmo, pero había en ellos diferencias. Pilar tendía a la inconsciencia y al atolondramiento; Carlos, no; Carlos

pretendía ser justo. Él creía que en la vida de la calle, como en la vida familiar, la norma debía ser esa máxima que se atribuye a Robespierre: «La libertad de uno termina donde comienza la libertad de otro.»

«Está bien que cada cual haga lo que quiera —añadía—, pero siempre sin molestar al vecino.»

María Luz no se parecía a sus hermanos. Era afectuosa, servicial, muy dócil y amable. Se había educado en el Sagrado Corazón de Jesús. Tenía afición a la música; aprendía el piano y el canto. De físico estaba muy bien. Era esbelta, un poco pálida, con los ojos verdosos, las facciones muy correctas y expresivas. Cuando se mostraba seria tomaba una expresión melancólica y triste; pero por la menor cosa sonreía amablemente.

La familia de María Luz tenía muchas amistades, y las más estrechas, con gentes de la vecindad, entre ellas con la familia de García Heredia, que vivía en el piso alto, y con un exministro: don Pedro Pizarro, que ocupaba el principal de la casa y que era hombre de influencia.

Los hijos del coronel García Heredia, Enrique y Luis, estaban casi constantemente en casa de los Hinojosas; eran amigos de Carlos, y el mayor, Enrique, novio un poco de ocultis de María Luz. El general Heredia, abuelo de Enrique, viejo bondadoso, protegía los amores de los dos chicos.

A doña Pilar este noviazgo no le hacía mucha gracia. Ella quería casar a su hija segunda, como a la mayor, con algún rico.

Alguna vez le dijo claramente a Enrique, que tendía a acompañar con frecuencia a María Luz:

—Mira, Enriquito, no quiero que vengas siempre con nosotras, porque esto perjudica a una muchacha.

El pobre chico se iba como perro azotado.

La familia de Hinojosa había, hecho un esfuerzo para casar bien a Pilar. No podían hacer el mismo por María Luz. Las rentas disminuían por distintas causas.

María Luz iba al teatro; al Real, a butaca y a veces a palcos por asientos; iba también al Español, a la Zarzuela, a Apolo, y en el verano, a los jardines del Retiro.

Allá adonde fuese aparecía Enriquito como la sombra.

La hostilidad de su madre por su novio, a ella no le molestaba ni a él tampoco. Tenían la seguridad de ser fieles el uno al otro.

María Luz estaba contenta con su vida y con la perspectiva de casarse con Enrique. No era un partido muy brillante, pero ella le quería, y él tenía por ella un entusiasmo loco. Ninguno de los dos aspiraba más que a una posición modesta.

La madre de María Luz se oponía y hablaba de que Enrique era un enteco, y añadía:

—Eso del contigo pan y cebolla se acabó ya, y el casarse solo por amor, también. Por eso dice la gente:

Quien se case por amores

ha de vivir con dolores.

María Luz y Enrique se reían de estos refranes.

En esto vino un motivo de ruina y de descrédito a la casa. Don Carlos, con toda su seriedad y todas sus fórmulas oratorias, sus «yo entiendo» y sus «si que también», se largó de Madrid con una mujer después de haber empeñado algunos títulos de la Deuda.

Por lo que se supo más tarde, don Carlos y un amigo suyo, don Antonio, dos Tenorios más que cincuentones, fueron una noche a un teatrillo del centro y convidaron a cenar a unas coristas. El convite se complicó de tal modo, que los dos viejos don Juanes creyeron haber hecho una conquista; sacaron del teatro a las figurantas, que habían rodado más que coches de punto, y las instalaron en un piso a cada una. Don Carlos, el padre de María Luz, comprendió que, «bajo el prisma» de la aventura, aquello no quedaba completo y «entendió» que debía abandonar a la familia, llevándose antes los cuartos.

Doña Pilar vendió unas pequeñas propiedades que tenía en Valladolid y, por influencia del vecino influyente don Pedro, pudo colocar a Carlitos en un ministerio.

Se decidió que María Luz se examinara en el Conservatorio para hacerse profesora de piano y que diera lecciones. Con este motivo se aplazaría también su matrimonio con Enrique. La familia de este había tenido un quebranto de fortuna.

María Luz terminó pronto sus cursos y comenzó a ayudar a la familia dando lecciones de piano y de canto.

Carlos daba una parte de su sueldo a su madre.

Fueron aquellos años, a pesar de la vida estrecha de la casa, muy agradables para María Luz. Enrique iba todas las tardes a verla. Solía leer poesías de Espronceda y de Bécquer. Era amigo de Carlos.

María Luz cantaba en el piano arias románticas de óperas italianas, y Enrique las oía vibrando de emoción y de entusiasmo. Las manos blancas, de dedos largos y finos, de su novia, se deslizaban por el teclado, y la voz armoniosa se extendía por el aire. Unas veces era aquello de *Lucía*:

*Tu che a Dio spiegasti l'ali
o bell' alma innamorata.*

o la romanza de la misma ópera:

*Regnava nel silenzio alta la notte bruna
colpia la fronte un palido raggio di tetra luna.*

Otras era el final del dúo de *La Traviata*:

*A quel amor, quel amore palpito
de l'universo, de l'universo intero
misterioso, misterioso altero
croce, croce denzia,*

croce delizia delizia al cor.

Después de un sentimentalismo tan delicuescente no había más que ponerse en un rincón a llorar.

A veces Carlos, que veía que a su hermana le iban pasando los años —ya tenía veintiséis—, le preguntaba cuándo pensaba casarse.

En esto el idilio, con sus complicaciones musicales y poéticas, se interrumpió al saber que don Carlos volvía a su casa arruinado.

El padre de María Luz se había gastado todo su dinero; había estado durante algún tiempo de *croupier* y de inspector de juego en casinos de Barcelona y de San Sebastián, y medio ciego y algo parálítico volvía a su casa con el sencillo fin de que le alimentaran.

No había aprendido nada, al parecer, en sus años de aventuras y creía que podía mandar, criticar a los demás y definir categóricamente lo que estaba bien y lo que no lo estaba, siguiendo en el uso de los «yo entiendo...», de los «si que también...» y de «bajo el prisma».

Carlos no era hombre que se aviniera a dejarse atropellar, y menos por su padre, que había arruinado la casa, por muchos «yo entiendo» que usara, y le llevaba la contraria y discutía con él, hacía alusiones mortificantes a su conducta y le trataba con sequedad, con dureza y con ironía. Hubo vez que la discusión terminó en riña y en insultos.

—Tienes que respetar a tu padre —le dijo doña Pilar, vibrando de cólera.

—Y él ¿por qué no se ha respetado? ¿Por qué no nos ha respetado a los demás? ¿O es que cree que tiene bula para hacer lo que le dé la gana?

—Él es el amo aquí.

—Muy bien; que viva con su dinero si lo tiene.

—El que haya en casa será para él.

—El mío, no. Si mi padre viniera humildemente como el hombre estúpido que ha hecho muchas majaderías y se arrepiente de ellas, bien; ahora, como él viene de cacique y cree que puede mandar y definir y criticar a los demás y es el que tiene menos derecho para ello, porque no ha demostrado más, sino que es un conquistador de criadas y de coristas de dos pesetas, yo me voy de aquí.

—Haz lo que quieras, lo que más te convenga —replicó su madre con la voz estrangulada de cólera.

—Lo haré; no tengas cuidado. No pienso ocuparme de vosotros para nada. Puedo ser tan egoísta como vosotros, pero siempre seré un poco más inteligente y comprensivo y un poco menos injusto. Únicamente a María Luz le diré siempre, como le digo ahora, que lo que yo tenga lo compartiré con ella.

María Luz lloraba; su madre permanecía en una actitud irritada y seca.

Se podría sospechar si aquella mujer no tendría un fondo de antipatía por su hija, que se ganaba la afección de todos.

La falta del sueldo de Carlos se notó en la casa. A doña Pilar no se le ocurrió

recurrir a su hija mayor. Esta aparecía en los teatros pintada, teñida de rubio como una *cocotte*; gastaba a manos llenas, pero su madre no se atrevía a pedirle dinero. Además, encontraba siempre expedientes para justificarla. En cambio, exigía a María Luz que trabajara más, como si ella tuviera la culpa de la ruina de la familia.

Por entonces, Carlos, que se había casado, recibió la visita de Enrique Heredia. Venía este triste y deprimido. Contó que la madre de María Luz estaba trabajando para casar a la muchacha con don Pedro Pizarro, el exministro, y que a él le querían trasladar con el objeto de tenerle lejos.

«Yo le hablaré a mi hermana —dijo Carlos—, porque lo que están haciendo con ella es una infamia. Tú háblale, aunque sea escápate con ella, ten valor, pero no os dejéis dominar. Vais a quedar destrozados.»

Carlos avisó a María Luz que la quería ver. Le dio cita en el paseo de la Castellana. Se reunieron y pasearon juntos.

—Ayer ha estado Enrique en mi casa —dijo él— y me ha contado lo que ocurre, y veo que te quieren sacrificar. Tu novio, Enrique, es muy bueno, pero es un infeliz. Si tú no le animas, se va a acoquinar.

—¿Y qué voy a hacer, Carlos?

—¿Qué vas a hacer? Ven a mi casa. Deja a esa gente.

—Pero esa gente es mi padre y mi madre.

—Sí; tu padre y tu madre, que te quieren sacrificar. Es decir, que tú, que eres lo mejor de la familia, tienes que perder tu vida y tus ilusiones por un hombre como nuestro padre, que es un idiota, que no ha hecho más que estupideces.

—No digas eso, Carlos. Papá no es un idiota.

—Es peor que eso. Es un miserable.

La violencia y el tono con que pronunció la palabra le hizo a María Luz tal impresión, que comenzó a llorar.

—Desearía estar muerta —dijo.

Carlos cerró los puños de rabia. Marcharon los dos hermanos sin hablarse hasta que ella se serenó.

—Mira, Carlos, yo ya comprendo lo que te pasa a ti...; no les tienes cariño...; les juzgas nada más...; yo les tengo cariño... Además, Enrique es muy bueno, pero no tiene ninguna iniciativa..., no se atreve a nada... ¿Yo le voy a proponer que se escape conmigo?... ¿Qué voy a hacer, Carlitos?

—Ven a mi casa.

—¿Y les vamos a dejar que se mueran?

—Entre todos se les ayudará. Se les dará una limosna, que es lo que merecen. Ya te digo. Ven a mi casa y yo arreglaré este asunto.

—No puedo dejarlos así, Carlitos. No puedo.

—Pues entonces estás perdida. Te patearán, te sacrificarán. Serás una víctima.

—Pues qué voy a hacer. Lo seré.

—Entonces no te digo nada. Me entristece pensar que los buenos y generosos vais

a pagar la culpa de los egoístas y de los canallas; pero si no puede ser de otro modo, no vale la pena de hablar. Únicamente tengo que decirte, como observación final, que, hagas lo que hagas, en mi casa tendrás siempre un rincón donde refugiarte.

María Luz y su hermano se despidieron, y ella le abrazó sollozando.

LA FAMILIA de García Heredia vivía en la vecindad de María Luz, en un piso alto.

Los padres, don Enrique, coronel retirado, y doña Isabel, habitaban allí hacía mucho tiempo con sus dos hijos, Enrique y Luis.

El padre se pasaba el tiempo casi siempre en casa leyendo folletines, paseando por el corredor y haciendo cigarrillos. Salía poco; únicamente con el buen tiempo, porque era un catarroso crónico. Hombre amable, un tanto insubstancial, no se ocupaba de nada. La mujer, más emprendedora, nacida en América, llevaba los asuntos de la familia.

Tenían veinte mil duros en diferentes papeles y acciones que les producían de cinco a seis mil pesetas al año, el retiro de don Enrique y el sueldo del hijo mayor, de tres mil pesetas. Con estos ingresos podían vivir en una casa regular y tener dos criadas.

El hijo mayor, Enrique, cuidadoso y discreto, gastaba muy poco; el segundo, Luis, osado y egoísta, necesitaba más. Luis era fuerte, robusto, de tipo vulgar. Presumía de aristócrata, llevaba un sello con escudo en la sortija y ostentaba otro en el membrete de las cartas.

Era muy aficionado a acicalarse y a componerse; consideraba indispensable, de derecho, tener dinero para alternar con los amigos, y se lo sacaba a su madre y a su hermano.

Luis estudiaba en la Universidad y salía casi siempre mal. Llevaba la existencia del joven elegante y rico. Iba al teatro, se había hecho de un círculo aristocrático, vestía bien, se le veía en coche. En casa se le admiraba. Se creía cándidamente que su vida fácil era consecuencia de su sentido social, de su mundología, de su arte de hacerse amigos, de cierta gracia y de cierto desparpajo.

Es curiosa la cantidad de cinismo, de sentido arribista que hay en las familias que se consideran más respetables y morales.

El coronel Heredia y su mujer estaban inclinados a pensar que si Enrique no había conseguido algo semejante a lo conseguido por Luis, era por su timidez y su indecisión.

En la familia se habían dado con frecuencia los dos tipos: el del audaz y el del apocado, y esta dualidad se seguía dando, al parecer, igualmente.

Luis no salía bien en los exámenes, no estudiaba ni daba importancia a su carrera. En cambio, trabajó e intrigó para obtener un empleo y lo consiguió. El sueldo le sirvió para nuevas elegancias aparatosas y nuevos triunfos sociales.

Enrique seguía haciendo su vida modesta de enamorado perpetuo, y Luis ascendía en mundanidad y en lujo.

A los tres o cuatro años de esta vida, doña Isabel comenzó a sospechar que la existencia de su hijo menor era un poco insólita. Le hablaban de él, diciéndole que tenía amistades sospechosas, que pertenecía a un círculo de mala fama de la calle del Clavel y que había acudido a un baile de máscaras muy escandaloso.

Entonces comenzó a darse cuenta de la estupidez de sus presunciones antiguas respecto a Luis. ¿Cómo era posible que pudiese llevar la vida que llevaba? Tenía un sastre muy caro, iba a butaca al Real, tomaba palco en los demás teatros. Con un sueldo pequeño esto era materialmente imposible.

¿Viviría de la protección de alguna mujer? No había duda de que si él no ganaba el dinero que gastaba, alguien se lo tenía que dar.

Doña Isabel se dedicó a observar a su hijo, a registrarle los bolsillos, a leer sus cartas y sus papeles. Una vez le encontró en la cartera más de mil pesetas.

«¿Qué hace este chico? ¿De dónde puede tener tanto dinero? ¿Jugará?», se preguntó la madre.

Durante todo aquel año Luis anduvo preocupado y un poco cabizbajo; la inquietud aumentó en él y, al último, cayó enfermo.

Le llamaron al médico.

—¿Qué tiene este muchacho? —le preguntó doña Isabel después del examen del enfermo.

—No parece que tenga gran cosa. Un estado gástrico, un poco de fiebre. Eso pasará pronto.

La fiebre pasó, pero el estado de abatimiento de Luis seguía siendo el mismo.

—Aquí hay algo que no es enfermedad —advirtió doña Isabel al médico.

—¿No será cosa de mujeres?

—Me temo que sea algo peor.

—Yo le sonsacaré —indicó el médico, que se tenía por hombre agudo e insinuante.

A las preguntas de este, Luis, que tenía el hábito de la mentira, contó fantasías, embustes, y no dijo nada en concreto.

Doña Isabel, que no era muy inteligente, pero sí muy enérgica, decidió abordar la cuestión y averiguar la verdad.

«Aquí vamos a hablar claro —dijo a Luis de sopetón—. ¿De dónde tienes tú el dinero que gastas? ¿Quiénes son tus amigos? ¿Qué es ese círculo de mala fama adonde vas?»

Luis, al verse descubierto, se echó a llorar. Confesó que entre algunos amigos habían fundado un círculo en un piso de la calle del Clavel; uno de los socios les había prestado dinero y, embrollando después las cuentas, les exigía grandes cantidades. Esta era la causa de sus preocupaciones.

Doña Isabel no dijo nada a su marido; consultó con Enrique y le pidió que se enterara; pero ya comprendía que este no servía para una comisión así, y, decidida, bajó al piso principal a visitar al exministro don Pedro Pizarro. Le contó lo que le

ocurría con su hijo y le pidió que le proporcionara alguno de la Policía para que averiguase lo que le había pasado a Luis.

El político le prometió que le enviaría a su casa un agente ducho en esta clase de indagaciones.

Al otro día se le presentó a doña Isabel un tipo pequeño, arrugado, con aire de cura y sonrisa cínica. Este hombre era conocido en Madrid. Se le llamaba don Pepe.

Don Pepe recibió el encargo, y a las veinticuatro horas estaba de vuelta en casa de doña Isabel a dar cuenta de sus investigaciones. El policía no se recató en velar lo que sabía.

—El hijo de usted, don Luis —contó—, es conocido por toda la gente elegante de Madrid. Dicen que ha estado liado con una horizontal, la Filo Méndez, y que le ha sacado las perras. Don Luis tiene fama de rico, va a los teatros y a los toros, cena en Lhardy, y el Carnaval pasado se presentó en la Castellana en coche con juguetes que le habían costado tres mil pesetas, y se los regaló a los conocidos y conocidas, que son muchos. Luego don Luis se hizo amigo de un marqués, que es uno de los mariposos más conocidos del gremio, y con este y otros de la misma cuerda fundó un círculo en la calle del Clavel. A este círculo pertenecen un empleado, un militar echado del Ejército, un bolsista, un diplomático de fama ambigua, un duque, que es también de los que estornudan, y varios jovencitos.

Doña Isabel oyó estas explicaciones cínicas sublevada. La cara se le ponía alternativamente roja y pálida de vergüenza.

—El objeto de este círculo ya se sabía cuál era —siguió diciendo don Pepe—. El marqués y el duque pagaban los gastos y prestaban dinero a los jovencitos, y hasta parece que les empujaban a poner firmas falsas en documentos para dominarlos. En esto, un ayuda de cámara, también del gremio, incomodado con el marqués, denunció a los del círculo porque se jugaba sin permiso, y la Policía los llevó detenidos a todos los puntos y los fichó.

—¿Y qué tendría yo que hacer? —preguntó doña Isabel al policía.

—Usted pregúntele a su hijo si ha firmado algo en falso, con otro nombre o cambiando la cantidad, y si ha firmado, recoja usted el documento, pagando lo que sea. Respecto a las deudas, se puede zafar de ellas marchándose de aquí, porque eso no se persigue judicialmente.

Doña Isabel dio una gratificación a don Pepe, que se fue satisfecho. Después de devorar su vergüenza, tuvo con su hijo una explicación borrascosa.

Luis empleó todos sus recursos de hombre embustero; dijo que se iba a suicidar, y acabó confesándolo todo y llorando.

La madre explicó a Enrique lo que ocurría.

—¿Qué hacemos? —le preguntó.

—Vamos a escribir a ese marqués; le diremos que Luis está enfermo y que nos indique qué debe y a quién debe.

Se hizo así, y los días siguientes fueron apareciendo acreedores en la casa con

pagarés y recibos. Con los intereses verdaderos y falsos y con los que amenazaban denunciar a Luis por estafador ascendía la suma que había que pagar a más de sesenta mil pesetas.

—¿Y qué se hace? —exclamó doña Isabel.

—Lo mejor es pagar —contestó Enrique—; entregaremos el asunto a un abogado. Si no se paga, nos molestarán constantemente con reclamaciones.

—Pero tú te vas a quedar sin un céntimo, Enrique.

—¡Qué se va a hacer! Viviremos de mi sueldo y del retiro de papá.

Se pagó todo, y después todavía hubo que dar dinero a Luis para que se marchara a América.

No se había dicho claramente nada de lo ocurrido a don Enrique; se le contó una fantasía, un lance de honor y se quedó satisfecho. Luego, para que no se enterara de la ruina, se siguió en la casa pagando los gastos con lo que quedaba del capital.

Luis llegó a América, y al poco tiempo se casó allí con una mujer rica. A pesar de esto, no devolvió el dinero a su familia.

A veces doña Isabel lloraba y decía a su hijo Enrique: «Luis es un egoísta y un ingrato. Vive bien, se ha casado con una mujer rica, pero ya no se acuerda de nosotros, ya no contesta a las cartas ni quiere indemnizarnos, porque dice que el dinero que tiene no es suyo, sino de su mujer».

Enrique se callaba.

Cuando hablaron de que la madre de María Luz estaba preparando el casamiento de su hija con don Pedro Pizarro, doña Isabel se alarmó:

—¿Qué vas a hacer? —le preguntó a Enrique.

—¡Qué voy a hacer! Nada.

—Te has sacrificado por tu hermano. No permitas que sacrifiquen a tu novia. Muévete. Haz algo. Ten un arranque.

—¡Qué arranque ni qué historias! Yo no soy capaz de convertir las tres mil pesetas que gano en seis mil. ¿Cómo? Que me lo digan y lo haré. No tengo inconveniente en trabajar durante las horas libres de oficina en cualquier parte, llevando las cuentas aunque sea en una tienda de comestibles o en una pescadería; pero que no me vengan con palabras.

—¿Y vas a dejar a María Luz que se case con el viejo?

—Yo no le puedo decir más sino que estoy dispuesto a todo. Yo no le puedo decir que la voy a sostener espléndidamente a ella y a su familia con tres mil pesetas que tengo; pero si ella quiere afrontar la miseria conmigo, yo estoy dispuesto.

—Me temo que no va a querer... por sus padres.

—Si no quiere, no se puede hacer nada.

—Pero no puedes dejar eso así.

—No puedo dejarlo, pero no tendré más remedio que dejarlo; con palabras no se arreglan las cuestiones. Toda mi oratoria no serviría para nada. Ya ves el caso de Luis. Allí también se creía que el desparpajo, la sociabilidad iban a resolver el

conflicto... Estupideces... No se resolvió nada más que nuestra ruina.

—Pero en este caso va tu felicidad, Enrique.

—Sí, ya lo sé. Si yo pudiera cambiar los términos de la cuestión, estaría en seguida resuelta; pero no puedo cambiarlos.

—¿Por qué no?

—Porque no. Los padres de María Luz quieren sacrificar a su hija y vivir ellos bien. María Luz les tiene cariño; no se atreve a decirles: Ustedes vayan a un asilo o a un hospital; yo me voy a casar con mi novio.

—Pero no es para tanto. Además, tienen otra hija.

—Sí; otra hija que no les quiere, y un yerno que les trataría a la baqueta y haría bien. Por estas razones, los padres lo que pretenden es casar a su hija con el viejo y seguir viviendo ellos cómodamente en la misma casa y disfrutar de las ventajas de tener un yerno rico... Yo me presento como solución con mis tres mil pesetas, y no me aceptan. A mí ya no me choca.

Doña Isabel comprendía que la actitud de Enrique era lógica, pero le desesperaba y le hacía llorar constantemente. Al menos si hubiera gritado y protestado, le hubiera parecido que se consolaba, pero Enrique no era partidario de lamentaciones elocuentes.

«No vale la pena de hacer de Segismundo —decía—. Eso, en el teatro. En la vida no da resultado.»

POR EL MISMO tiempo en que se decidía el matrimonio de María Luz con el exministro don Pedro Pizarro, el coronel García Heredia enfermó y en pocos días murió.

Doña Pilar y su hija subieron a la casa del muerto a dar el pésame a la viuda.

La madre de María Luz había hecho que esta abandonara las lecciones de piano y de canto para que no hablara con sus conocidos y, sobre todo, con Enrique. Doña Pilar aseguraba que la boda con el exministro era la única solución para la familia. Si no, ellos iban a la miseria. También insinuó que el matrimonio sería un matrimonio blanco y que su hija tendría sus habitaciones aparte.

Doña Isabel, la madre de Enrique, aprovechó la ocasión de tener a María Luz en casa y, a pesar de estar su marido de cuerpo presente, provocó una explicación entre ella y su hijo.

Enrique había tomado una actitud serena y resignada. Era hombre de cierta energía, de sentimientos delicados; pero comprendía que no tenía armas para luchar con gente de menos escrúpulos y de más decisión.

Doña Isabel dijo a María Luz que no debía obedecer a sus padres, que sería desgraciada, que se había sacrificado por ellos.

—Yo ¡qué voy a hacer! —contestó María Luz—. ¡Dejar a mis padres y marcharme con Enrique! Es lo que haría por inclinación; pero esta idea me asusta, porque viviría después con remordimientos horribles. El casarme con don Pedro también me espanta. Todos me cercan. Yo quisiera huir de ese cerco; pero no puedo huir, no sé cómo.

—Tú ¿qué dices, Enrique? —preguntó doña Isabel a su hijo.

—Yo he hablado varias veces con María Luz del asunto y me he expresado con claridad. Ella sabe que la quiero; sabe también los medios con que cuento. ¿A qué voy a repetir razones? Es inútil.

María Luz veía en Enrique un estoicismo triste y resignado. Veía que su novio estaba convencido de que todo le saldría mal en la vida, y consideraba que protestar contra el sino no valía la pena.

—Enrique me pinta la verdadera situación —exclamó María Luz con amargura.

—Tú la sabes tan bien como yo.

—Es cierto; pero la verdadera situación es tan triste, que yo no me decido a afrontarla. ¡Ustedes dos y mis padres en la misma casa y en una casa pobre! Sería un infierno. Me asusta la miseria más en los míos que en mí. No podría soportar eso. Todos los días una queja, una reclamación. Mis padres tienen la idea de que yo debo ser su providencia, y si vivieran mal, me atormentarían constantemente: «Falta esto,

falta lo otro. No podemos seguir así.»

—Porque son egoístas...

—Ya lo sé, pero son mis padres. ¡Qué le voy a hacer! Yo me contentaría con vivir como hasta ahora: Enrique con usted y yo soltera, dando lecciones; pero eso también es imposible.

—¿Es tu última decisión? Piénsalo.

—¡Lo he pensado tantas veces!

—Te sacrificas.

—Ya lo sé. Puede usted creer que no es por mí, doña Isabel.

—Lo sé también. Es por tu familia. Yo he hecho algo parecido; he perjudicado a Enrique en beneficio de Luis, y me arrepiento. El malo exige y el bueno cede.

—Es la vida —dijo Enrique encogiéndose de hombros.

María Luz comenzó a llorar.

—¡Qué desesperación! —exclamó doña Isabel.

La muchacha de la casa entró en el cuarto diciendo que la madre de María Luz preguntaba por esta. Ella, antes de salir, besó a doña Isabel y estrechó entre los brazos a su novio.

—Es inútil insistir —murmuró Enrique—; no hay arreglo posible.

—¿Qué hacemos? —preguntó su madre.

—Creo que lo mejor es que, ya que me quieren trasladar, acepte el traslado y nos vayamos a vivir a otro pueblo.

Unas semanas después Enrique fue ascendido y enviado a Sevilla. Su madre y él levantaron la casa, vendieron los muebles que les sobraban y se marcharon.

La madre de María Luz comenzó los preparativos de boda, y en casa de don Pedro Pizarro entraron los albañiles y carpinteros y modernizaron las habitaciones.

Seguramente María Luz soñó en que alguna eventualidad inesperada le arrancararía de su triste destino; pero la eventualidad no llegó.

Se verificó el matrimonio con gran ceremonia.

Don Pedro Pizarro, el exministro, era viudo, enfermo y rico. Tenía aire cardíaco y bolsas moradas debajo de los ojos. Había tenido una juventud borrascosa, y a la vejez le había entrado el miedo a la muerte.

Aquel hombre egoísta y trapacero consiguió tener en su segunda mujer una enfermera y un ama de llaves ideal.

El exministro llegó a vivir cerca de veinte años cuidándose con una atención meticulosa.

Veinte años mortales pasó María Luz atendiendo a su marido.

Todo su consuelo era la lectura, la música, el cantar las viejas romanzas de *La Favorita*, de *Lucía* y de *La Traviata* y el ir a la iglesia. En los primeros años del matrimonio tuvo poca sociedad; luego fue recibiendo amigos y amigas que iban a visitarla.

En aquel lapso de tiempo murieron sus padres. Su hermano Carlos dejó que una

de sus hijas, de doce años, Emilia, fuera a vivir con María Luz.

El sentido maternal de esta se reconcentró en su sobrina, y su romanticismo, en las romanzas de ópera italiana.

María Luz tenía un aire un poco de monja: la tez pálida, la mirada triste; pero había en ella un gran atractivo melancólico.

Su sobrina Emilia, que era como un gatito, le decía muchas veces:

—¡Qué guapa estás, tía!

—Sí, mucho.

—De verdad, de verdad. Estás muy guapa.

Efectivamente, tenía aspecto aristocrático y elegante, aunque un poco ajado.

Al poco tiempo de quedar viuda escribió una larga carta a Enrique. Ella no le había olvidado; ya sabía que era vieja; pero si no sus amores, podían reanudar su amistad.

Poco tiempo después llegó Enrique a Madrid. Estaba muy flaco y pálido; parecía muy poca cosa; tenía la mirada vaga y una tendencia a acatarrarse grande. Su madre había muerto.

Comenzó a ir a casa de su antigua novia y hablaba con ella y con la sobrina Emilia.

María Luz había conservado sus amistades desde su viudez y las había aumentado. Enrique, no. Al dejar Madrid había dejado sus amigos, y, al parecer, en Sevilla había vivido solo. No se le notaba en la manera de hablar la influencia de su estancia en Andalucía.

Al cabo de los años los dos antiguos novios se sentían distantes el uno del otro. Ya no había posibilidad de ilusión. A ella no se le ocurría cantar el final del dúo de *La Traviata*:

A quel amor quel amore palpito,

ni a él recitar poesías de Bécquer. El ambiente había cambiado para ellos. Todo era igual y todo era distinto.

«¿Es que estaríamos haciendo el tonto?», se preguntaba Enrique.

«¿Es que no nos tendríamos verdadero cariño?», se decía ella.

A pesar de su desilusión mutua, decidieron casarse. María Luz habló de su proyecto con gran temor a su hermano. La idea de producir risa le entristecía.

—Haz lo que quieras, chica —le dijo Carlos—. No sé qué consejo darte.

Veía a su hermana excitada, temblorosa, con la voz ya cascada, la piel de color marchito y grandes mechones de pelo blanco en la cabeza.

—Sí, soy vieja; ya lo comprendo. Él también lo es, pero podemos vivir juntos. Será un consuelo para nuestra vejez.

—¡Ah! Claro. A mí me parece muy bien.

Carlos abrazó a su hermana, y ella lloró largo tiempo con la cabeza sobre su hombro.

Desde entonces Enrique iba todas las tardes a casa de la viuda, ya como novio oficial.

Cuando había mucha gente se callaba. A veces estaba en la visita la hermana de María Luz, Pilar, que tenía un aire repulsivo: pintada, teñida, hecha un coco.

Enrique era como una pavesa; sentía una gran indiferencia por las personas. No manifestaba la menor afición a acicalarse ni a ponerse elegante. El sentido social había desaparecido en él; en cambio, en ella estaba muy despierto.

Una de las noches que salió de casa de María Luz cogió una bronquitis y a los pocos días se murió.

María Luz notó con sorpresa que la muerte de su novio no le hacía un gran efecto. Pensó que ya no le quería, al menos, con amor. Era un amigo fiel, noble y caballeresco, pero nada más.

AÑOS DESPUÉS, en un momento de renovación de romanticismo, a María Luz se le ocurrió visitar las tumbas de sus padres y de Enrique, que estaban en el cementerio de Isidro. La visita no le hizo más que un efecto mediocre.

Luego, en su casa, leyó las cartas de Enrique de cuando eran novios y que guardaba cuidadosamente. Pensaba que le harían una gran impresión. Las leyó, sin duda, con excesivo sentido crítico, porque le parecieron pobres, protocolares, llenas de lugares comunes.

«El pobre Enrique no era un escritor», pensó.

Unos días más tarde se le ocurrió ir al cementerio de San Martín a rezar en el sepulcro del general Heredia, el amable viejo que había protegido sus amores con Enrique cuando ella y él eran aún niños. Al menos con la muerte no podían existir desilusiones. También existían. El camposanto lo estaban desmontando, y la tumba del general había desaparecido.

Un hombre grueso con un guardapolvo gris, una gorra con galones y una colilla en los labios se acercó a María Luz a preguntarle qué buscaba.

—Busco la tumba del general Heredia —contestó ella.

—¡El general Heredia! Venga usted por aquí. Aquí debe de estar.

El hombre del guardapolvo y de la gorra le llevó a una capilla oscura.

—¿Qué es esto? —se preguntó María Luz sorprendida.

El hombre no respondió; anduvo mirando unos cajones, hasta que, arrastrando uno por el suelo, se le acercó a ella y dijo:

—Aquí tiene usted los huesos del general Heredia.

María Luz retrocedió espantada.

—No se asuste usted —dijo el de la gorra—; ya se sabe lo que somos todos... ceniza..., nada.

En esto apareció otro hombre flaco con un balandrán negro y comenzó a discutir con el de la gorra. Según el recién venido, que hablaba escuchándose y con cierta pedantería, aquellos no eran los restos del general Heredia, sino los de un pescadero de la calle del Espíritu Santo. Había un error en la numeración de las tumbas, y se había tenido como si fuera la del general la del pescadero.

—¿Tú qué sabes? —dijo el de la gorra.

—Más que tú, porque yo las he sacado de la tierra y vi los ataúdes o las cajas de muerto, para que tú entiendas, y miré los números y tengo la seguridad.

—Bueno; lo dijo Blas y punto redondo —murmuró el de la gorra y se marchó malhumorado.

—No le haga usted caso a ese, señora —replicó el otro con desdén—. Ese es un

borrachoso sin cultura, que no sabe lo que se trae entre manos. Estos huesos —y yo se lo certifico a usted— son del pescadero de la calle del Espíritu Santo, y no del general Heredia. Como ve usted —y sacó una paletilla de la caja—, son huesos toscos, de persona ordinaria.

Dicho esto, echó el omóplato con desprecio al cajón.

—Pero ¿cómo podía haber ese error? —preguntó María Luz—. La familia lo hubiera sabido.

—Pues no lo sabía, y si los parientes del pescadero venían aquí a rezar, rezaban delante de los restos del general, y los parientes del general rezaban ante los restos del pescadero. Un viceversa, señora, para que usted me comprenda; pero, en fin, yo supongo que allá arriba habrá mejor administración que aquí y que distinguirán lo que va para uno y lo que va para otro; digo yo, me parece.

María Luz, pálida y dolorida, se marchó a su casa muy melancólica. Sacó de su mesa las cartas de Enrique, las leyó de nuevo y las echó al fuego. Pensó que los años que tuviese que vivir valía más vivirlos sin romanticismo y sin tristeza.

Madrid, marzo 1936.



AUNQUE USTED no lo crea, señora mía, es tan difícil pintar con exactitud la vida de los pobres como la de los ricos.

No suponga usted que la existencia mísera y atropellada es más fácil de representar en literatura que la fácil y abundante, porque no es cierto. Cualquiera de las dos constituye empresa ardua, aunque hoy sea poco estimada por el público.

Solo aciertan en ello los privilegiados. ¿Por qué, al cabo de cerca de cuatro siglos, vive todavía una relación escrita a la ligera, sin adornos ni arrequives retóricos, como *El lazarillo de Tormes*? Solo por la exactitud en el trazo. La verdad es una de las facetas, quizá la más importante, de la belleza.

Pintando la vida de la gente pobre se puede dar o fingir mejor el carácter; refiriéndose a la rica se le presta un aire de elegancia con más facilidad; pero los toques firmes, justos, auténticos, lo que perdura, en último término, lo que hace que hoy se pueda leer *El lazarillo* es igualmente difícil teniendo como modelos a pobres o a ricos, a elegantes o a desastrados.

Como usted quiere una historia de alta sociedad, le voy a contar una que oí hace años en Londres y que en parte asistí a su desenvolvimiento, porque conocí al personaje.

No le diré a usted que este se llamara con el nombre que yo le asigno.

Luis Ochoa Salazar era hijo de un fabricante de Bilbao, de familia linajuda,

*Fidalga, rica y antigua
antes que Íñigo y Abarca.*

Luis estudió para ingeniero industrial en Lieja, y cuando volvió a Bilbao, a los veintitrés años, con su título, su padre le dijo:

—Oye, Luisito: has pasado unos años de estudiante pesados y fastidiosos. Tienes derecho a una compensación. Te voy a mandar al extranjero a que te diviertas y veas cómo es la vida. Puedes estar el tiempo que quieras: dos años, tres años, los que te parezca. Luego creo que lo mejor que puedes hacer es venir aquí, casarte y seguir con mis negocios. ¿Qué te parece?

—¡Qué me va a parecer! Muy bien.

—Pues entonces, a ello.

Ochoa padre e hijo se entendían perfectamente.

El padre tenía la idea de que él, descendiente de antiguos banderizos que habían luchado por rivalidades de linaje en tiempo de los disturbios de Oñaz contra los de Gamboa, debía ser un capitán de industria y llevar el espíritu de guerra y de conquista de sus antepasados a los asuntos de economía y de trabajo, primordiales en el tiempo. Su hijo tenía que sucederle en la dirección de sus negocios con la misma tendencia

combativa y guerrera.

Ochoa hijo aceptaba el plan, pero antes quería gastar la superabundancia de vida que le rebosaba.

Luis Ochoa era un joven bien plantado. Tenía cierto aire de romano, la cara correcta, la nariz bien perfilada, el mentón prominente y el pelo oscuro. Los ojos no estaban muy de acuerdo con el tipo: eran unos ojos claros, heredados de su madre, unos ojos suaves y humildes.

Luis tenía dos hermanas solteras, jóvenes, y varias primas. Una de ellas, de diecisiete años, muy desenvuelta y decidida, solía asegurar:

—Luisito tiene un aspecto soberbio de hombre fatal; pero los ojos le desenmascaran.

—¿Por qué?

—Sus ojos son de perro cariñoso y fiel.

—¿Qué sabe esa tonta —decía la madre de Luis— lo que son las personas? Esa no sabe más que lo que ha visto en el cinematógrafo.

La prima replicaba:

—Yo sé de todo eso más que mi tía. Ya veréis cómo Luisito hace, al fin, alguna tontería por debilidad.

—¿Qué tontería crees tú que puede hacer?

—¡Qué sé yo! Casarse con una modelo o con una corista...

—Tú preferirías que se casara contigo.

—No, chica, no; no es mi tipo.

Luis Ochoa se fue a París cuatro o cinco años después de terminada la guerra. Había dinero en Francia y parecía que se salía con facilidad de la ruina producida por la conflagración europea.

Ochoa se dedicó a la vida elegante y mundana. Se fue a vivir a un hotel próximo a la plaza de Vendôme y tuvo pronto muchos conocimientos. Hablaba bien el francés, vestía con elegancia, era generoso y simpático.

Entró con facilidad en círculos aristocráticos; conoció a millonarios, duquesas, cómicos, artistas, y fue de los iniciados, de los que se convida a una reunión clásica parisiense, en la que habla Paul Valéry y se celebra en un local pequeño, en una librería de viejo o en un taller de pintor ignorado, que al día siguiente ha de ser célebre, a juzgar por el pronóstico de los augures del culto estético.

Luis llevó en automóvil, a pasear al Bosque de Bolonia, a damas desconocidas y elegantes; tomó distintas clases de *cocktails* en el bar de Baco o en el bar de Afrodita, escuchó sin pestañear poemas dadaístas, futuristas o unanimistas y encontró muy interesantes las obras del cubismo.

Cuando se le pasó la curiosidad y el entusiasmo por la vida parisiense y por el esnobismo y fue retirándose un tanto de teatros y de fiestas, le quedó la costumbre de ir casi todos los días de visita al hotel de una duquesa italiana de la familia de los Borghese, casada con un aristócrata francés.

La duquesa era una mujer amable, simpática, y le trataba muy bien. A su tertulia, escogida, poco turbulenta y de buen tono, no llegaba el ambiente tumultuoso del bulevar y mucho menos la influencia de los cafés y de los talleres de pintores.

El palacio de esta señora estaba en una avenida próxima a la plaza de la Estrella. Luisito se acostumbró a ir todos los días, al anochecer, a charlar allí.

En una de estas tardes, Luis fue presentado a un matrimonio inglés que venía de la India. Él era un militar enfermo de fiebres, tipo un poco sombrío, muy elegante y aristocrático; ella era una verdadera belleza, una mujer alta, esbelta, de pelo negro, con un color sonrosado precioso.

El capitán Cardigan volvía a Inglaterra a curarse y a recoger la herencia de su padre, un *lord* muerto hacía unos meses.

Su mujer, Leticia, a quien llamaban Letty, era una mujer excepcional por lo seductora. Había viajado mucho y tenía una conversación variada y amena.

En la tertulia de la duquesa italiana, Leticia produjo entusiasmo.

Ochoa se vio favorecido por ella, que parecía buscarle y tenía una inclinación marcada a hablar con él.

Luis llegó a preocuparse. Se sentía tan atraído por ella, tan fascinado, que iba perdiendo la prudencia.

No suponía cuáles podían ser los planes de aquella mujer respecto a él. Él sí estaba dispuesto a seguirla adonde fuera, a vivir por ella y para ella.

Con motivo de la posibilidad de ir a España con su marido para ver si se curaba de la fiebre, Leticia escribió a Ochoa, y este le contestó. Así comenzó su correspondencia.

Luis vivía un tanto trastornado.

Una tarde volvía a pie por la Avenida de los Campos Elíseos a su casa pensando, absorto, en aquella mujer, que presentía que iba a influir en su vida, cuando se encontró con la mirada de un hombre a quien conocía de chico.

«¡Toma, Recalde!» se dijo.

El hombre no le reconoció; siguió su camino. Ochoa le gritó:

—¡Eh, Recalde!

El hombre se detuvo y contempló a Ochoa.

—¿Eres tú, Luisito?

—El mismo. ¿Qué haces? ¿Vives aquí?

—Sí. ¿Vas al centro?

—Sí.

—Pues voy contigo. Voy a acompañarte; pero antes tengo que hacerte una advertencia, exponerte una cuestión previa, como dicen los políticos.

—Hazla o exponla.

—La advertencia es que estoy en una época difícil. No voy a pedirte dinero, pero sí a explicarte mi situación y a ver si a ti se te ocurre algo para remediarla. Si no te hace gracia la consulta, aquí nos despedimos —y Recalde alargó la mano a Ochoa.

—Yo no te he dicho todavía nada en contra. Así que puedes hablar.

Recalde tomó la palabra. Era hombre de más de treinta años, de buen aspecto, a pesar del traje raído.

Ochoa le conocía de chico; había sido su amigo y un poco su admirador.

Ignacio Recalde llevó durante algún tiempo la vida del hombre rico. Su padre pasaba por millonario en Bilbao. Ignacio se casó, tuvo tres hijos, se arruinó su familia, se arruinó él, riñó con su mujer y se separó de ella. Los hijos no le querían; querían vivir con su madre y con sus abuelos maternos. ¿Qué cantidad de culpa era la suya? Lo ignoraba. Vivió en plena inconsciencia; gastó a manos llenas porque creía que tenía dinero de sobra. Su padre había tenido la idea absurda de hacerle creer que era rico y le dejó vivir en Inglaterra muchos años de *sportman*. Ya no tenía más que el cielo y la tierra. Antes le prestaban mil, dos mil, hasta cinco mil pesetas para cualquier tontería, para jugarlas, para gastarlas. Ahora no le prestaban ni un duro. Así es la vida. Un rico convida a una persona a comer a su casa y se gasta con ella cien o doscientas pesetas; pero si al día siguiente sabe que esa persona es pobre y le pide unos céntimos para comer, no se los da.

Recalde había creído que su padre era muy rico. Se casó enamorado, todo lo enamorado que podía ser un hombre tranquilo como él, y de pronto el armazón de su vida comenzó a crujir y a desmoronarse. Se murió el padre y la fortuna se vino abajo.

No podía vivir con su mujer. Intentó ser pintor, cómico, pelicularo. Imposible. El dueño de un garaje le empleaba a veces de chofer y de cicerone con algunas familias inglesas y se ponía la gorra con galones si era necesario. Había servido de camarero en Mentón, de *maître d'hôtel* en Biarritz, y recordaba con risa estas épocas en que tuvo que ponerse el frac y el delantal. Hubiera ido a América a probar fortuna; pero América, por el momento, era un desastre.

—¡Qué ideas más ridículas tenía yo antes de mí mismo! —concluyó diciendo Ignacio Recalde—. La verdad es que si salgo de esta miseria, me va a servir de mucho.

Cuando concluyó de hablar, su antiguo amigo Ochoa le preguntó:

—¿Tú conoces Londres?

—¡Londres! Mejor que Bilbao.

—¿Hablas inglés?

—Tan bien como el castellano.

—¿Te importaría ser durante algún tiempo mi secretario?

—Nada. Ya te he dicho que he sido camarero y *maître d'hôtel*.

—Entonces ¿quieres venir conmigo a Londres?

—Cuando tú digas. ¿Qué hay que hacer?

—Acompañarme.

—Poca cosa es.

—Fija tus honorarios.

—¿Para qué? Me contento con vivir. Si me llevas a Londres, veré si encuentro allí

una colocación definitiva. Porque supongo que a los dos o tres meses de instalarte no me necesitarás para nada.

—Bueno. Te avisaré. Necesitarás algún dinero por adelantado.

—Si quieres, me das doscientos francos.

—Es poco.

—Pues dame quinientos. ¿Dónde voy a esperar tus órdenes?

—Aquí tienes mis señas.

—Está bien. Mañana iré por tu hotel.

Al día siguiente, al aparecer Ignacio Recalde, Ochoa le dijo que, pasada una semana, irían a Londres con un matrimonio inglés. Probablemente se detendrían en Calais, porque el marido estaba enfermo y no podía hacer jornadas largas y seguidas. Antes de salir de viaje le llevaría a visitar a los ingleses.

—¿Quién es este matrimonio? —preguntó Recalde.

—Lord Cardigan y su señora. Ella es una mujer admirable por su inteligencia y por su belleza.

—¿Y él?

—Él es un hombre sombrío, que está enfermo, que tiene grandes dolores y que se ha acostumbrado a tomar morfina. Es oficial del ejército inglés de la India, hijo de un *lord*, y va a heredar un título y propiedades por la muerte de su padre. Probablemente pedirá la licencia absoluta y se establecerá en Londres.

—Y tú ¿qué pretendes?

—No sé. Estoy enamorado de esa mujer como un loco.

—¿Y ella?

—Ella dice que me quiere.

—¿Y el marido?

—El marido se muestra indiferente.

Recalde contempló a Luis asombrado y no dijo nada.

—Me conviene que vengas conmigo, porque temo hacer un disparate o dar un paso en falso —añadió Ochoa—. Vete a un sastre a que te haga ropa y me acompañas. Te presentaré a mis amigos ingleses como a un pariente. Me convendría que te hicieras simpático, sobre todo a él.

—Se intentará.

Ignacio Recalde fue muy bien acogido por *lord* Cardigan. En el viaje a Calais llegaron a intimar. Descendieron los cuatro en el hotel del desembarcadero. El matrimonio inglés no llevaba servidumbre. El hotel era grande. No había más huéspedes en aquella noche que ellos. En todo el edificio reinaba un gran silencio.

El cuarto de Luis era espacioso, con el techo alto y la ventana con dos vidrieras.

Antes de acostarse, Ochoa oyó que Cardigan y Recalde se paseaban despacio por el pasillo hablando.

Se acostó y durmió poco, con un sueño fuerte y pesado. A media noche se despertó y abrió la ventana del cuarto. No se veía más que la oscuridad de la noche;

una luz brillaba alternativamente en las tinieblas, luz que debía de ser de un faro. Se oía en la chimenea el ruido del viento y de cuando en cuando, a lo lejos, la sirena de un barco.

Ochoa salió al corredor y paseó por él sin ruido.

Leticia abrió de pronto la puerta y apareció en el pasillo. Sin duda, estaba despierta y vigilante.

—¿No duerme usted? —le preguntó a Luis.

—No puedo.

—Yo tampoco. ¿Irá usted mañana a Londres?

—Sí.

—Yo iré hoy. ¡Adiós!

—Adiós —exclamó él, temblando de emoción.

Ella entonces le puso las manos en los hombros y le besó en los labios. Inmediatamente huyó.

Ochoa, con el corazón oprimido, entró de nuevo en su cuarto y esperó en la ventana el amanecer.

El cielo estaba anubarrado y sombrío.

Tuvo de pronto el presentimiento de que aquel viaje iba a ser fatal para él. Imaginó que su madre le hablaba y le decía: «Por Dios, no vayas con esa mujer.»

Durante un instante se sintió asustado. Creyó que debía escaparse cobardemente. Fue a la puerta, la abrió con decisión. «No, no —se dijo—. Es imposible.»

Y quedó sin voluntad, anonadado.

NI CARDIGAN ni su mujer habían decidido dónde iban a instalarse al llegar a Inglaterra. Tenían casa en Londres y fincas y castillos en el campo.

Ochoa y Recalde, en espera de la decisión del matrimonio, fueron a un hotel londinense de Russell-Square.

A los pocos días Ochoa recibió una carta de *lady* Cardigan. Se quedaban por entonces en casa de la madre del marido. Esta vivía en un edificio suntuoso de una de las calles que lleva del jardín del palacio de Buckingham a la plaza de Belgravia, barrio aristocrático por excelencia.

Luis fue a visitar a Leticia. Esta le dijo que, al menos provisionalmente, vivirían allí. Ochoa se lo comunicó a Recalde, quien se puso a buscar un cuarto cercano, y lo encontró en una casa de Portman-Square, sitio desde donde se podía ir a Belgravia con bastante rapidez cruzando el jardín de Hyde Park.

El cuarto que alquiló Recalde era de soltero, tenía cuatro habitaciones, un salón, dos alcobas y baño.

La portera se encargaba de la limpieza. En el piso bajo había un restaurante.

Días después, Ochoa y Recalde recibieron una invitación para comer en casa de Leticia. La comida fue muy solemne y de gran etiqueta. Había varias señoras, entre ellas la madre de Cardigan, dama de noble aspecto, y varios señores, uno de ellos escritor y otro político.

Ochoa se destacó poco y habló en francés con una muchacha, hija de un diputado de la Cámara Popular, que volvía de París.

Leticia parecía haberse olvidado de él; no le miró ni le dirigió una vez la palabra durante la comida.

Recalde tuvo momentos de éxito. Sabía muy bien el idioma, conocía a los ingleses y sus aficiones. Representaba a la perfección el papel del hombre cándido.

La actitud de *lady* Cardigan le maravillaba.

«¡Qué arte para fingir!», se decía.

Recalde, que era observador, estuvo estudiando a la dama. Evidentemente, Leticia era una mujer soberbia, llena de encanto. Tenía una voz armoniosa, con unas entonaciones variadas.

Lo extraordinario era que *lady* Cardigan, que no se dirigió en la comida ni una vez a Luis, hablaba solo para él. Él la oía subyugado. La señorita que estaba al lado de Ochoa le preguntaba:

—¿Le pasa a usted algo?

—No. Es que no entiendo más que a medias lo que se dice en inglés y tengo curiosidad por entenderlo.

Cardigan, con cierta indiferencia por las damas, hablaba con un aire seco y desdenoso. Después de la comida, él, el escritor, el político, otros dos señores y Recalde pasaron a un salón próximo a tomar unas copas y a fumar una pipa.

Cardigan llamaba a Recalde mi querido amigo; había simpatizado con él.

Entre los licores y el humo del tabaco se habló de todo: el militar, de la India; el político, de las consecuencias de la guerra; Recalde, de España, y el escritor, de los judíos y del psicoanálisis, cuestión entonces muy en boga.

«Los judíos han contribuido a emporcarnos la vida —dijo el escritor—. Antes creíamos que cuando se miraba con afecto a la madre o se sonreía oyendo charlar a un niño, el sentimiento era puro, lo puro que puede serlo en un animal defectuoso como el hombre; pero ahora los psicoanalistas nos quieren demostrar que todo ello es de origen turbio y erótico. Yo no lo creo; pero, además de ser inexacto, nos induce a ver al hombre más miserable de lo que es. Estos psicoanalistas, la mayoría judíos, van a ser los catalogadores de la flor y nata de la inmundicia humana.»

Ignacio Recalde, como hombre que había tenido alternativas en la existencia de esplendor y de miseria, no era de los que desdeñan a los que se hallan en situación subalterna y baja, y observó con curiosidad al mayordomo, a quien, a pesar de su aire impasible, se veía que le interesaba la conversación del escritor acerca del psicoanálisis y de los judíos.

—Este quizá sea judío —pensó Ignacio.

Después se levantó, se acercó al mayordomo y le dijo en castellano.

—¿Me quiere usted dar una cerilla? Se me ha apagado la pipa.

—Con mucho gusto.

—¿Habla usted castellano?

—Sí.

—Me gustaría charlar un rato con usted.

—Mi nombre es John Max, Dean Street, 30, cerca de Soho. Estoy por las mañanas en casa.

—Muy bien. Iré a verle.

Al anoecer, Ochoa y Recalde se despidieron de los Cardigan y volvieron a Portman-Square. Ochoa estaba muy preocupado. Ignacio iba también pensativo.

Recalde, a la mañana siguiente, se dirigió a casa del mayordomo en Dean Street. Vivía en una pensión, en el último piso.

Llamó y apareció John Max vestido con cierta elegancia. Era un hombre de unos cincuenta años, alto, pálido, esbelto, con los ojos claros y el aspecto un poco reblandecido. Tenía el pelo rizado, los labios gruesos y blancos y el aire de frialdad e indiferencia. Recibió a Ignacio con muchos extremos y le invitó a sentarse.

Recalde entró en seguida en materia.

—Soy —le dijo— primo de este joven, Luis Ochoa, que estuvo ayer conmigo en casa de *lord* Cardigan. Le veo tan loco, tan enamorado, que quisiera vigilarle y apartarle de esa dama para que no haga algún disparate.

—El disparate lo hace —contestó el mayordomo con seguridad.

—¿Cree usted?

—Me parece evidente.

John Max contó lo que sabía. En tanto Recalde miraba con indiferencia simulada el cuarto. Era un saloncito con cierto aire cubista; tenía en el balcón cortinas de varios colores, como el arco iris, un diván, un armario con libros encuadernados en tafilete blanco y fotografías de varios hombres jóvenes con dedicatorias apasionadas.

«¡Hum! Este es un afeminado», se dijo Recalde.

El mayordomo le dio detalles del matrimonio Cardigan. Hacía seis años que se habían casado. Ella era hija de un *baronet* que tenía un castillo en Cornualles. De soltera, muy arrogante, muy atractiva y muy coqueta, se distinguía por su originalidad. Él, segundo hijo de un *lord*, había tomado parte en la Gran Guerra al final de esta, y después decidió marcharse a la India. Al morir su hermano mayor heredó los títulos de la familia.

Tras de la conversación sobre los Cardigan, John Max preguntó a Recalde:

—¿Quiere usted que vayamos aquí cerca a tomar una cerveza?

—Con mucho gusto. Vamos.

Entraron en una taberna de la plaza de Soho y se sentaron. John Max tenía deseo de hablar. Había viajado por todo el mundo y vivido mucho tiempo en países hispanoamericanos. Sabía el francés, el alemán, el español y algo de ruso. Era un hombre que tenía bastante para vivir; tanto que años antes se había retirado del oficio; pero en el retiro se aburría, y cuando le propusieron volver a trabajar en casa del difunto *lord* Cardigan, aceptó.

Max contaba muchas anécdotas cómicas de los distintos países en donde había estado en América y se burlaba de brasileños y de portugueses.

—Una vez —contó— estaba yo en una ciudad del Brasil en un restaurante; pedí la carta, que era bastante larga, y me chocó en la lista ver que decía primero: «Bistec, 0,80», y después más abajo: «Bistec, 1,20.» Llamé al mozo, que era un joven gallego, y le pregunté, haciéndome el cándido: «¿Qué diferencia hay entre este bistec de 0,80 y este otro de 1,20?» «Hay una diferencia de cuarenta centavos, señor», contestó el mozo sonriendo. «Sí, ya lo veo; ¿es que la carne del uno es mejor o más blanda que la del otro?» «No, no, señor; pero la casa, para los bistecs de 1,20, da un cuchillo mejor y más afilado.»

Recalde pensó que iba a tener que escuchar algunas anécdotas semejantes de cocina.

Después el mayordomo la tomó con el marqués de Soveral, portugués, amigo del rey Eduardo, a quien había servido.

John Max dijo con ironía que cuando veía alguno con un aire muy londinense, con monóculo y polainas blancas decía: «Debe de ser algún portugués.»

El marqués de Soveral, sin duda, era de estos.

—Una vez —contó Max— este marqués se encontraba en un banquete que se

daba aquí en Londres a un hermano de don Carlos, el rey de Portugal, a quien mataron y que, como quizá usted recuerde, tenía aire de cerdo. Había en el comedor un surtido extraordinario: faisanes, platos montados, pescados de todos los países; pero al príncipe caprichoso, y que se las quería echar de original, se le ocurrió que le sirvieran un rosbif a la inglesa. Naturalmente, no lo había, y yo advertí que tardarían algo en traerlo. Había que cortar la carne, asarla y presentarla; todo esto exigía, por lo menos, un cuarto de hora largo. Como el rosbif no llegaba, el marqués de Soveral me dijo con imperio en francés, echándosela de parisiense: «Diga usted, mayordomo, ¿es que han enviado a buscar la carne al matadero?»

Esta frase era uno de los motivos de resquemor del mayordomo contra el marqués.

John Max se manifestaba poco amigo de los ingleses. Decía que estos creían que el mundo era suyo y que a los hombres de los demás países se les debía exterminar con esos polvos con que se matan las chinches y las cucarachas. Comenzaban también a odiar a los judíos, que eran más inteligentes que ellos.

«Este no es inglés —pensó Recalde—; es alemán o austríaco y judío.»

A los españoles, según el mayordomo, los ingleses les tenían poca simpatía y hablaban siempre de la Armada Invencible. Cuando veían banderas españolas solían decir: «Esto huele a cebolla.»

Ignacio dijo que en los productos naturales no veía ninguna superioridad, y que no encontraba una tierra más excelsa que otra porque produjera uvas, trigo, cebada, patatas, naranjas o pepinos.

Mientras hablaban penetró en la cervecería un hombre con quien John Max cambió unas palabras en un idioma oscuro, que Ignacio sospechó si sería el yiddish, la jerga de los judíos askenazis, alemanes y polacos.

El mayordomo presentó a aquel hombre como presidente de una sociedad de la cual los dos formaban parte. No dijo qué clase de sociedad o de club era.

El tal presidente tenía un aspecto más sospechoso aún que el mayordomo y, al parecer, estaba pintado. Hablaba de una manera remilgada.

El presidente dijo a Recalde que todos los que pertenecían a su club tenían alguna falla o chifladura, porque los directores estaban convencidos de que la gente sana y honrada era muy aburrida y no la aceptaban. Por lo demás, ellos no buscaban al público; no les interesaba.

Recalde comprendió que la sociedad o club debía de ser de homosexuales; pero haciéndose el inocente preguntó:

—Y ese club ¿qué objeto tiene?

—Ninguno. Conocernos los amigos, los que tenemos aficiones comunes. El que entra allí puede tener la humorada de ser una persona de una moral rigurosa; pero esta pequeña impertinencia debe compensarla con algún ingenio.

—Así que ¿forman ustedes una sociedad francamente inmoralista?

—Sí; desde un punto de vista burgués constituimos una sociedad inmoral; pero

desde un punto de vista más moderno, no. ¿Es que quiere usted entrar en ella?

—No, no. Yo no soy bastante moderno para eso.

Los dos compinches se echaron a reír con grandes extremos.

Recalde tenía datos suficientes para juzgar la personalidad de John Max. Era hombre anómalo, susceptible y rencoroso. Se veía que estaba satisfecho de que un español de buena posición le hubiera ido a visitar y de que le diera importancia.

Cuando Ignacio se levantó para marcharse, el mayordomo se levantó también y le dijo:

—Descuide usted; yo le iré dando noticias de cómo se desarrolla esa intriga amorosa. ¿Vive usted en la misma casa que el señor Ochoa?

—Sí.

—Pues nada. Cuente usted conmigo.

El mayordomo le estrechó la mano. Recalde saludó al otro compinche y salió de la taberna.

«¡Qué pajarracos! —se dijo—. Tener a un tipo de estos en casa es estar vendido; pero a mí John Max me servirá, porque le he dado importancia y se ve que es vanidoso.»

Recalde salió a la plaza de Soho y después, por Oxford Street, llegó a Portman-Square. En la portería le dijeron que había subido una señora a visitar a Ochoa. Supuso que sería *lady* Cardigan. Por si acaso era ella, no fue al cuarto; marchó al restaurante, almorzó y después estuvo paseando por el jardín central de la plaza.

Unas chicas con aire de colegialas jugaban en las avenidas con cierta gracia un poco sosa, y un hombre con mandil aplastaba la hierba con un rulo de hierro, del que tiraba unas veces para adelante y otras para atrás.

Pasó por enfrente de su casa varias veces hasta que vio salir y tomar un automóvil a Leticia y a Ochoa, y entonces subió al cuarto y se metió en su habitación.

ERA CURIOSO para un hombre como Recalde, aficionado a la psicología práctica, ver los efectos de una pasión arrolladora y ciega. Nunca había presenciado tal cosa. Alguna vez se encontró con personas que ante él presumieron de apasionadas y de vehementes, pero eran más que nada comiquillos que querían pasar por personajes de novela, pequeños mixtificadores con ciertas condiciones de elocuencia que se sugestionaban con sus palabras y representaban un papel.

Luis Ochoa no era de estos; no trataba de exhibir sus inquietudes y sus angustias, que iban apoderándose de su personalidad hasta lo más profundo de su inconsciencia.

Estaba dos o tres días sin ver a Leticia y se los pasaba deprimido, sin hablar, con una melancolía brumosa y pesada. Cuando llegaba su dama se transformaba y se convertía en otro hombre alegre, animado y sonriente.

No había manera de hacerle reflexiones. No las escuchaba.

Lady Cardigan apartó todos los obstáculos que podía haber para llegar a Luis. Estaban casi siempre juntos. Cuando no, se escribían dos o tres veces al día.

Con frecuencia John Max, el mayordomo, le citaba a Ignacio Recalde. Se enteraba de todos los pasos que daba ella. Probablemente la espiaba y sorprendía la correspondencia de *lady Cardigan* con Ochoa.

Recalde se encontraba a disgusto en casa de su amigo. Presentía que aquello no podía acabar bien. Pensaba, además, que si la familia de Luis sabía que él estaba acompañándole en Londres le achacarían todas las culpas y creerían que le había dado malos ejemplos.

Recalde hacía continuas gestiones para encontrar una ocupación. Tenía como valedor un capitán de barco de Mundaca, hombre moreno, flaco, ganchudo, con los ojos negros, brillantes, la cara curtida por el sol y el aire del mar y la expresión aguda y burlona.

Este hombre, Francisco Berriozábal, familiarmente Pancho Berri, le aseguraba que le encontraría trabajo; pero a Ignacio no le producía gran confianza la promesa porque el capitán era un poco loco y había sido muy borracho. Berri contaba que una vez, en el hotel de un puerto de México, se había desafiado con unos marinos ingleses a quien hacía mayores barbaridades, y él, tras de beberse media botella de *whisky*, se comió una vela del piano y después todas las flores que había en el comedor. Ante una empresa así, le dieron la palma. Pancho Berri, si no encontraba trabajo para Recalde, le llevaría en su barco a California.

Al comienzo del invierno, Ochoa dijo que Leticia iba con su marido a una aldea del País de Gales, donde tenían un castillo y donde pensaban pasar una temporada. Ochoa quería instalarse en una ciudad próxima; pero estaba tan preocupado y tenía

tan poca calma, que no se había enterado bien de cómo había que hacer el viaje y dónde tenía que parar y alojarse.

Recalde pensó que debía acompañar a su amigo y dejarle instalado, porque yendo solo era lo más probable que no hiciese más que imprudencias o disparates.

También pensó que sería mejor viajar en automóvil. Él iría conduciendo.

Lo hizo así y salieron los dos amigos una mañana oscura y triste. En las proximidades de Londres, en la carretera, había grupos de policías ciclistas para vigilar la marcha de los autos y por si era indispensable avisar por teléfono a los talleres o hacer alguna reclamación.

Avanzaron con la máxima velocidad permitida, pasaron varios pueblos, casi todos iguales. En el campo, las casas solitarias tenían altas chimeneas de ladrillo, y muchas estaban cubiertas de piedras negruzcas. Algunas pequeñas mostraban un tejado convexo y peraltado. Cruzaron por delante de cementerios solitarios y de parques de recreo con el césped muy verde envueltos en la bruma.

Al comenzar la tarde abandonaron la carretera grande y ancha y tomaron por otra más estrecha y menos frecuentada. Dos horas después entraron en una zona montañosa con bosques negros, sombríos, y praderas donde pastaba el ganado. Al hacerse de noche llegaron a la capital del distrito y fueron al hotel. Este tenía un comedor espacioso, de techo alto, con las paredes tapizadas de color verde. Parecía un salón de un palacio con su aire victoriano, un poco recargado y solemne. Las mesas de caoba eran grandes, muy separadas unas de otras, y en todas ellas había ramos de flores. En la chimenea, inmensa, ardía una gran hoguera.

Recalde pensó que habían vuelto al siglo XIX y casi a los tiempos de Dickens.

Los huéspedes del hotel eran familias muy entonadas y solteronas altas y secas elegantemente vestidas y llenas de joyas.

Durmieron allá, y al día siguiente por la mañana domingo, se acercaron Ochoa y Recalde al pueblo próximo a pie. Era una aldea con unas cuantas casa de pescadores, dominada por el castillo, grande y sombrío.

Estaba en una pequeña ensenada de una bahía tan ancha que no se veían los extremos, esfumados en la niebla.

No había playa, sino un amontonamiento de peñascales y de rocas negras. El agua estaba turbia, gris, llena de algas. Por el aire brumoso volaban las gaviotas dando gritos estridentes. Correteando por entre las rocas, manchadas de líquenes y de hierbajos, andaba un grupo de colegiales exploradores de la ciudad, que pasaban el día de fiesta jugando a los Robinsones, armando tiendas de campaña y cociendo el rancho. El viento mugía con estruendo.

—¡Qué mar más triste! —dijo Recalde.

—A mí no me lo parece —replicó Ochoa.

—¿Porque ella está aquí?

—Eso es.

—Bueno; dime ahora qué hacemos.

—Si quieres, acércate al castillo, pregunta por Bess, la doncella de Leticia, y le dices que estoy aquí, que voy a hospedarme en el hotel de este pueblo, donde hemos pasado la noche.

—Está bien. Espérame.

Recalde se acercó al castillo, entró y supo que Cardigan estaba enfermo y retirado; preguntó por Bess, una muchacha simpática, y le dijo lo que ocurría. Bess le contestó que le hablaría a la señora, y ella indicaría la manera de comunicarse con don Luis.

—Ese muchacho está loco —indicó Recalde.

—Sí, es verdad —repuso la muchacha.

—¿Y el mayordomo John Max?

—No está en casa. Hoy tiene el día libre.

Ignacio Recalde, al despedirse de la chica, le dijo que si podía hacer algo por Ochoa, como advertirle de un peligro o de un lazo que le quisieran tender, que lo hiciera, porque era digno de compasión.

—Descuide usted; lo haré.

Recalde le dio sus señas en Whitechapel, en casa de Pancho Berri, y Bess le dijo que, si la necesitaba, le escribiera con tiempo a una aldea próxima a Londres donde vivían sus padres.

Ignacio le estrechó la mano y fue a buscar a Luis. Le contó lo que ocurría, y luego le dijo:

—Yo ahora me vuelvo a Londres. Tengo que entregar el automóvil. Aquí creo que no puedo serte útil...

—Eso no importa. Si quieres vivir conmigo...

—No, no hay que abusar; no quiero ser un parásito. Si me dan un puesto de sobrecargo que me han ofrecido, iré a navegar.

—Entonces, ¡adiós!

—¡Adiós! Te dejaré mis señas. ¿Quieres que despida nuestro piso de Portman-Square?

—No.

Ignacio Recalde llegó a Londres, dejó el automóvil en el garaje y marchó a Whitechapel, a una casa de un judío polaco donde solía parar el capitán Pancho Berri. Al verle, el capitán gritó:

—¡Hola, Recalde! Ahora mismo pensaba en usted. La plaza de segundo sobrecargo del buque donde estoy yo está vacante. Decídase usted.

—Pero ¿serviré?

—¡No ha de servir usted! Sabe usted inglés bien.

—Sí. Eso, sí.

—Y sabrá usted hacer cuentas.

—Medianamente.

—Pues ¡hala! Ya está. Al final de la semana partiremos para San Francisco de

California. Arregle usted sus asuntos, y el sábado esté usted aquí por la mañana.

—Muy bien. Aquí estaré.

Recalde escribió una carta a Ochoa diciéndole que se embarcaba, y otras a John Max y a Bess. Les daba como señas de su casa la pensión de marinos del barrio de Whitechapel, donde vivía el capitán Pancho Berri.

A la vuelta de su primer viaje a América, Recalde se acercó a Portman-Square. No estaba Ochoa.

En su segundo viaje, Ignacio venía preocupado con algunos negocios mineros que le habían propuesto. Pensaba si le convendría quedarse en California. Se había olvidado de Ochoa. Al llegar a la pensión de Whitechapel se encontró con una carta de John Max, el mayordomo, en la que le decía que quería hablarle y que le avisara por teléfono a su casa de Dean Street en qué punto se podían ver.

«¿Qué querrá de mí ese pájaro de mal agüero?», pensó Recalde.

Le citó para el mediodía en la misma taberna de Soho donde se vieron la primera vez.

John Max se presentó con aire importante y reservado. Saludó a Recalde y se sentó. Había público en la taberna, y esto parecía inquietarle.

«Tengo que contarle algo que le va a interesar —dijo en castellano—. Creo que será lo mejor que vayamos a casa.»

Salieron, fueron a Dean Street y subieron a la habitación del mayordomo.

—Han ocurrido cosas extraordinarias —dijo Max—. Lord Cardigan ha muerto, y su mujer, si es que no lo ha envenenado, ha precipitado su muerte.

Recalde se le quedó mirando estupefacto.

—Cuenta usted. ¿Qué ha pasado?

—El señor, como usted sabe, sufría grandes dolores y al mismo tiempo, y por intoxicación artrítica, tenía el corazón débil. La señora le daba, por consejo de un médico de París, una inyección calmante de morfina, y para contrarrestar esta, una dosis de extracto de digital en gotas. Pues bien: yo he visto que últimamente *lady* Cardigan le iba administrando cantidades cada vez más grandes de digital y que le ponía inyecciones mayores. Los últimos días, el señor los pasó en un largo sueño letárgico. Por la mañana y por la tarde, ella le daba inyecciones de un producto que es como resumen de todos los alcaloides del opio, que llaman pantopón.

—Pero esto ha podido ser para evitar dolores al enfermo.

—Sí; podía ser, pero no lo es. Yo he sorprendido la correspondencia de ella con el primo de usted, don Luis Ochoa, y he sacado fotografías de cartas en las que le dice que pronto serán libres. También he fotografiado recetas de drogas copiadas por ella y con la firma del médico falsificada por su mano. Esa mujer ha envenenado a su marido.

—¿Usted cree?

—Sí, es evidente. El médico de la aldea y el de la ciudad próxima habían dicho que no se le diera al enfermo, y menos en la abundancia que se le daba, la digital y la

morfina; pero ella seguía dándole esas medicinas a dosis tóxicas. Esa mujer es capaz de todo.

—No digo que no; pero esos datos que usted tiene no bastan para probar su culpabilidad.

—¿Le parece a usted que no?

—Así lo creo. Ella puede aducir que creía más en lo que aseguraba el médico de París que en lo que aconsejaban los de aquí.

—¿Y la carta en la que dice a Ochoa que pronto se verán libres de su marido?

—Eso tampoco es prueba.

—Pues mire usted: si no fuera por don Luis, que es un buen muchacho, a esa mujer la llevaba yo a presidio, si no iba a la horca.

—No lo creo, y es más: me parece que no debe usted hacer nada.

John Max quedó pensativo.

—No sé lo que querrá hacer esa mujer orgullosa —dijo—. Si pretende atropellarme, la denunciaré. De todas maneras, yo he formado un legajo con las fotografías de las cartas y de las recetas y las he guardado en la caja de un banco. En el caso de que yo faltara, he estipulado que el único que tiene derecho para recoger ese legajo es usted. Aquí tiene usted el nombre del banco, el número de la caja y mi autorización firmada y legalizada. Guárdela usted.

—¿No tiene usted persona de más confianza que yo?

—No.

—Bueno. Está bien.

Se despidieron. Por la tarde, Recalde preguntó por teléfono en la casa de Portman-Square. Estaba Ochoa. Le contestó él mismo.

—Oye, Luis. Soy Recalde. ¿Quieres venir esta noche a verme?

—¿Qué pasa?

—Te tengo que contar algo.

—Bueno; iré. ¿Adónde?

—Le dices al del auto que te lleve a la avenida de Whitechapel y que se pare en la primera taberna entrando a mano izquierda. Allí estaré yo.

—Muy bien.

Se reunieron en la taberna y salieron a la calle. Recalde le contó lo que le había dicho Max.

—El mayordomo vuestro —terminó diciendo Ignacio— supone que *lady* Cardigan dio morfina a su marido a grandes dosis para apresurar su muerte. Yo no lo creo; pero como el proceso solo sería un terrible descrédito para vosotros, debéis tratar al mayordomo con mucha consideración para evitar que haga una denuncia.

—Sí; está bien.

—Quizá también os conviniera encargar a alguien una investigación particular acerca de la vida de John Max por algún detective privado, porque a mí se me figura que el tal mayordomo es hombre de historia.

—Lo haremos.

Ochoa no parecía muy conmovido, ni asustado, lo que hacía pensar que él, al menos, no había tomado parte en el envenenamiento, si es que este había existido.

Recalde, tranquilizado, marchó a su casa, y dos días después se embarcaba para América.

UN AÑO DESPUÉS, Ignacio Recalde recibía una carta de Bilbao del padre de Luis Ochoa pidiéndole noticias de su hijo. Le decía que las últimas las había recibido de Túnez hacía ya mucho tiempo.

Ignacio preguntó por teléfono en el palacio de Cardigan. Le contestaron que la señora, madre del *lord*, seguía viviendo, pero que la viuda del hijo, no.

Pudo notar que la pregunta no parecía ser muy agradable y no insistió.

Con intención de enterarse, marchó a Dean Street, a la casa de John Max. No sabían nada de él. Hacía ya tiempo que había abandonado el cuarto y lo ocupaba otro inquilino.

—¿Qué demonio habrá pasado aquí? —se dijo Recalde.

Pensó si sería cuestión de enterarse en la Policía, pero desechó la idea; no fuera a cometer alguna torpeza.

Entonces recordó a Bess, la doncella de *lady* Cardigan, que al verla en el castillo del País de Gales le había dado sus señas en un pueblo próximo. Le escribió una carta un tanto sentimental.

A los tres días, la muchacha le contestó. Estaba en Londres, en un barrio del extremo Oeste, con *lady* Cardigan. Le citaba al día siguiente en Hyde Park al anochecer, a las seis, cerca del Arco de Mármol.

Recalde encontró a la muchacha y se reunió con ella.

—No puedo estar mucho tiempo con usted porque a las siete tengo que estar en casa, y entre ir y esperar el autobús tardo más de media hora —le dijo Bess.

—Si usted quiere, yo la llevaré en automóvil. Media hora antes lo tomamos y nos vamos.

—Muy bien. Entonces pasaremos y hablaremos. Le tengo que contar a usted muchas cosas.

—¿Le molestará que le haga algunas preguntas?

—No puede usted hacerlas. Es usted amigo de don Luis y de la señora.

—De don Luis, sí. De la señora, poco, porque no me he tratado con ella.

—Es una mujer de genio violento, pero muy buena.

—Yo no la quiero mal. Primeramente desearía saber si vive Luis Ochoa y si está en Londres.

—Sí, vive y está en una casa de salud.

—¿Se lo puedo escribir a sus padres?

—Sí.

—¿Y mandarle la dirección de la casa de salud?

—Eso sería mejor que se lo preguntara usted a la señora.

—Muy bien. Así lo haré. Ahora dígame usted: ¿qué fue de John Max, el mayordomo? He preguntado en su casa y me han dicho que hace mucho tiempo falta de ella.

—Pues John Max ha muerto en Túnez.

—¡Ah! ¿Y sabían ustedes qué clase de persona era?

—Sí; parece que era un aventurero judío polaco y un hombre de costumbres depravadas. Había sido educado con un tío rabino; después fue dependiente de una prendería; luego, criado en Alemania, en Inglaterra y en Francia. Había estado en África y en América y había sido agente de los Soviets en China. Tenía procesos por robo de documentos diplomáticos y por atentado a las costumbres.

—Todo un caballero.

—Sí.

—Poco después de que nos viéramos nosotros, hace un año, en el castillo del País de Gales murió el señor, y a los dos meses, la señora decidió que fuéramos a Italia. Estuvimos en Roma y en Nápoles. Luego marchamos a Sicilia.

—¿Iba con ustedes Max?

—Sí. En un puerto tomamos el barco para Túnez y nos establecimos en una villa, a orillas del lago. A la señora le gustaba la estancia allá, y a don Luis también. Este compró un balandro, que manejaba él mismo, y paseaban por el lago de Túnez y salían por el canal de la Goleta al golfo. Con frecuencia les acompañaba John Max, que tenía una gran confianza con ellos y parecía más un amigo que un criado. El mayordomo hacía en el pueblo una vida poco decente, según se decía. Se presentaba en casa a las altas horas de la noche, y la señora no le reprendía nunca. Un *dragoman* favorito suyo me dijo una vez que Max le había asegurado que guardaba secretos de la señora y que por eso le trataba con tantos miramientos, porque la tenía en sus manos. Yo no le creí, porque aquel *dragoman* era tan granuja y tan embustero como Max. A los señores se les ocurrió visitar las ruinas de Cartago. Se podía ir en tren; pero preferían ir por mar. El mayordomo se reunía a ellos. Estuvieron varias veces. Un día, después de almorzar, con tiempo gris y nublado, salieron en el balandro los tres y volvieron ya de noche los señores solos. Les había cogido un temporal. El mayordomo se había caído al agua y no pudieron salvarlo. No se encontró su cadáver. Hubo gran revuelo en casa. Vino la Policía. La señora parece que dijo que a poca distancia de la Goleta, ya de noche, el mayordomo, que había bebido de más, se levantó sobre la cubierta a ponerse el impermeable porque empezaba a llover, se deslizó y se cayó al mar. El *dragoman* tunecino aseguró que la señora había registrado los papeles de John y que era ella la que le había empujado y le había tirado al mar. ¿Cómo podía saber él lo que había pasado en el balandro? Estuvimos quince días en Túnez y, pasado este tiempo, volvimos a Italia y nos establecimos en Nápoles. Desde entonces don Luis comenzó a ponerse enfermo de fiebres. Los médicos decían que tenía paludismo y una gran neurastenia. Luego, como en Nápoles comenzaba el calor, vinimos a Londres.

Todo lo que contó la muchacha tenía un aire un tanto sombrío y misterioso. Bess estaba convencida de que no había en el accidente ningún intento criminal. Hablaron de otras cosas y cuando llegó la hora convenida tomaron un auto.

Al despedirse de Bess, Recalde le dijo:

—Podría usted decirle a la señora que me ha visto en la calle y que quisiera hablarle.

—Sí, se lo diré.

—Estas son mis señas.

Recalde volvió a su casa un poco excitado. Se encontró con el capitán Pancho Berri. Estuvieron hablando de asuntos misteriosos y de espionaje y durmió mal. Muy por la mañana llamaron en su cuarto, y la muchacha de la pensión le dijo:

—Hay una mujer que le está esperando.

—¿Quién es?

—No ha dicho su nombre; pero ha asegurado que le quiere ver por un asunto urgente.

Recalde se vistió de mal humor y bajó a un cuartito de visitas. La mujer que le esperaba era *lady* Cardigan. Venía vestida muy modestamente y sin ningún aspecto de gran dama.

Recalde la saludó:

—¿Dónde quiere usted que hablemos? ¿Aquí?

—Mejor en su cuarto.

—Mi cuarto es tan chiquito.

—No importa.

—Bueno, pues suba usted.

Subieron los dos, y *lady* Cardigan se sentó en la única silla que había, y Recalde, en la cama.

—¿Qué quiere usted de mí? —preguntó Leticia.

—Primeramente, comunicarle que el padre de Luis me ha escrito pidiéndome noticias de su hijo y preguntarle qué le tengo que decir.

—Dígale usted que Luis está enfermo de fiebres, que va mejorando y que podrá escribirle dentro de poco.

—¿Le daré sus señas?

—Sí. Aquí están.

—¿Podré verle?

—Sí; ¿por qué no? Usted es un amigo suyo y mío; pero quizá vale más que no le vea, porque está muy excitado. ¿Desea usted algo más?

—Sí, algo más. Lo que le tengo que decir es algo raro. Quisiera saber si el mayordomo de ustedes, John Max, murió en Túnez.

—Sí, murió en Túnez. ¿Y por qué quiere usted saber esto? —preguntó ella sobresaltada y en guardia.

—Este mayordomo, a quien vi alguna que otra vez en la calle, era un hombre

raro. Habló conmigo en dos o tres ocasiones, y hace cerca de un año, un día que yo me preparaba para embarcarme, vino aquí y me dijo que tenía papeles importantes de usted guardados en la caja de un banco de la City y que si él moría, yo estaba autorizado para recogerlos.

—¿Y qué papeles son esos?

—Pues no lo sé.

—¿Y va usted a recogerlos?

—Si usted quiere, sí.

—¿Y qué piensa usted hacer con ellos?

—Se los entregaré a usted.

—¿Sin mirarlos?

—Naturalmente.

Leticia contempló a Recalde con atención.

—¿Y qué documentos habría que llevar para recoger esos papeles?

—Yo supongo que se necesitará un certificado o, por lo menos, una noticia de la muerte de John Max y la autorización que me dio a mí para recoger esos papeles, que la guardo.

—Yo tengo ese certificado. ¿Quiere usted que mañana mismo vayamos a ese banco?

—Si usted quiere, sí.

—Pues mañana vendré a esta misma hora.

Al día siguiente, un lacayo avisó a Recalde que le esperaban a la puerta en un automóvil. Bajó Ignacio de prisa y entró en el auto, donde le esperaba *lady* Cardigan, pero no con el traje modesto del día pasado, sino en gran dama.

Llegaron al banco de la City y les pasaron a una antesala. Un empleado se les presentó a preguntarles lo que querían, y *lady* Cardigan explicó de qué se trataba. Mostró ella el documento que atestiguaba la muerte de John Max, y Recalde, la autorización del mayordomo.

El empleado y Recalde dejaron la antesala. Pasó más de media hora, que a la dama debió de parecerle medio siglo, a juzgar por sus muestras de impaciencia. Al cabo de este tiempo apareció Recalde con una carpeta en la mano atada con una cinta roja y lacrada.

—Esto es todo lo que había —dijo, y entregó el legajo a *lady* Cardigan.

Ella lo cogió y lo guardó de prisa.

—¿No quiere usted ver lo que hay dentro? —preguntó.

—No; ¿para qué?

—¿Y si hay dinero para usted?

—No lo creo.

—¿Y si lo hubiera?

—Tengo la seguridad de que no lo habrá.

—¿Quiere usted venir a almorzar conmigo mañana?

—Con mucho gusto.

—A las doce ¿le parece a usted bien?

—Muy bien.

Por la mañana, Recalde se presentó en casa de *lady* Cardigan, que le recibió sonriente. Almorzaron juntos. La dama contó sus excursiones y sus viajes con una gracia y un arte que tuvieron al vasco embelesado.

A los postres, y como sin darle importancia, dijo:

—Lo que yo presumía era cierto. En la carpeta había un sobre con cuatro mil libras esterlinas para usted en billetes.

—¡Imposible!

—Aquí están.

—Yo no quiero que me pague usted el servicio que le he prestado.

—No, no. Sí es cierto. En el sobre que he roto decía: «Para Ignacio Recalde.»
Guárdelo usted. Ese dinero es suyo.

—¿Me lo jura usted?

—Se lo juro.

—¿Y qué había más?

—Había unas fotografías de cartas que yo envié a Luis.

Ignacio guardó el dinero.

—¿Qué piensa usted hacer? —le preguntó *lady* Cardigan después.

—Me voy a España.

—Si ve usted a los padres de Luis, dígales usted que ya está algo mejor y que cuando se cure del todo irá a reunirse con ellos.

—Muy bien. ¿Y no cree usted que debía ver a Luis?

—¿Para qué? El médico dice que hay que evitarle impresiones. La fiebre le debilita y está muy excitado.

—Entonces, nada.

Recalde se despidió de Leticia y salió de la casa atónito, asombrado.

«¡Vaya una mujer!», se dijo al verse solo, y castañeteó los dedos.

Luego pensó que tenía para vivir. Le había tocado un ramalazo de buena suerte. Al día siguiente escribió a su amigo el capitán Pancho Berri que le llamaban de casa y salió camino de Bilbao.

HAY UNA FRASE profunda en el Eclesiastés que indica el sentido de justicia y de rencor semíticos: «El que hiciere el hoyo, en él caerá, y al que aportillare el vallado le morderá la serpiente.»

No sabemos si, por fortuna o por desgracia, la sentencia no es siempre exacta. Muchos caen en el hoyo que han abierto otros. Los padres, en el agujero que labraron los hijos; los hijos, en el de los padres; las mujeres, en el del marido; los maridos, en el de la mujer, y los tíos, en el del sobrino.

De este modo la vida es más pintoresca, porque no juzga como un tribunal de abogados y surge lo imprevisto cuando menos se espera.

¡Quién sabe si no será mejor así! El hombre, cuando se acostumbre a la idea de que no puede haber justicia, quizá aproveche mejor los años de su existencia, sin soñar en una utopía antinatural y jurídica.

Lady Cardigan envió a Luis Ochoa a España con una enfermera. Esta tenía la orden de dejar a Ochoa en casa de sus padres, en Bilbao, y volverse inmediatamente a Londres.

La familia acogió a Luis con grandes manifestaciones de afecto. Únicamente su padre se mostró un tanto seco con él. Pensaba que debía haberles escrito con asiduidad y no tenerles inquietos con su silencio.

—¡Déjale al pobre! —decía la madre—. Se ve que ha estado enfermo y que viene cansado. Cuando se reponga, ya se le podrá decir lo que se quiera.

—Yo creo que no tiene nada.

—Sí tiene. Está neurasténico.

—Eso no es nada. Son tonterías, caprichos de mujeres y de señoritos degenerados para darse importancia y hacerse los interesantes.

—No, no. Luis está malo; ha variado mucho en su estancia en el extranjero.

—¡Que ha variado! Porque no se ha comportado como un hombre, porque se ha mostrado flojo y débil.

—¡Qué culpa tiene él si es débil! No todo el mundo es fuerte.

Y la madre se echó a llorar.

—Está bien, está bien; no hablemos más de eso.

El padre de Ochoa no comprendía estas cosas. Creía que la vida sentimental y la comercial no se debían diferenciar en nada y que todo debía estar regido por el debe y el haber.

Llamaron al médico de casa, y este reconoció a Luis y dijo que estaba en un período de neurastenia aguda.

Luis había tenido, por parte de la madre, algunos ascendientes perturbados: un tío

abuelo había padecido manía persecutoria; una hermana de este, monja, alborotó el convento con unos estigmas que se le presentaron en las manos y en los pies, y otro pariente de la misma rama se distinguió por sus extravagancias.

Nada de esto era una razón bastante para que Luis tuviera un principio de enajenación mental; pero había indicios que hacían sospechar que el enfermo seguía la marcha de sus ascendientes. El cansancio, las fiebres, la excitación habían favorecido, sin duda, el que las taras hereditarias aparecieran en él.

«Quizá sería lo mejor llevarle a un sanatorio —dijo el médico—. Esto podría contribuir a agravar su estado melancólico, pero, en cambio, se hallaría vigilado. Si optaban por tenerle en casa, convendría que no le dejaran solo y que le acompañaran constantemente.»

Así lo hicieron, y Luis salía en automóvil unas veces con su madre y otras con sus hermanas.

El enfermo pasó algunos días buenos y pareció que se iba reponiendo. Comenzó a reunirse con sus antiguos amigos. Estos decían que lo encontraban muy cambiado y que hablaba muy poco.

Únicamente tuvo una larga conversación con Ignacio Recalde, que fue a Bilbao desde Larrabezua, donde estaba instalado y se dedicaba a la cría de gallinas y a la venta de huevos.

La madre de Luis llamó a Ignacio y le preguntó:

—¿Cómo le encuentra usted a Luis?

—Le encuentro muy exaltado, con ideas delirantes. No deben ustedes de dejar de vigilarle.

—¿Usted le vio en Londres?

—Sí.

—¿Y qué le pasó? Cuénteme usted la verdad.

Recalde contó los amores de Luis con *lady* Cardigan, la muerte del marido y lo ocurrido en Túnez con el mayordomo en un día de tempestad. Estos hechos, vistos y exagerados por dos meses de fiebre, le habían trastornado el cerebro.

—¿Y ella es guapa? —preguntó la madre.

—Preciosa.

—¿Y rica?

—Enormemente rica.

—Así que cuando se cure Luis ¿podrá casarse con ella?

—Claro.

La belleza y la alta posición de *lady* Cardigan ilusionaron a la madre de Luis.

Este no acababa de ponerse bueno; tenía manías; decía que no tenía apetito y quería que le hicieran una comida para él solo. Muchas veces comía en el círculo o en algún restaurante.

Estas manías indignaron al padre de Ochoa, que dijo varias veces:

—Esto de Luis es insoportable. No sé por quién nos toma a nosotros. Debe creer

que somos sus criados.

—Pero déjale. Si es que está enfermo. Son cosas de enfermo. Ya se le pasará — replicaba la madre.

—¡Sí enfermo! Lo que tiene son caprichos, majaderías.

El cerebro de Luis, que estaba desquiciado, iba dando cabida a una idea, que al principio fue una sospecha y después una convicción fija. Su padre, que estaba instándole a que comiera en su casa, lo que quería era envenenarle y deshacerse de él. Este era el secreto.

No comunicó a nadie tan terrible hallazgo. Los amigos, lo único que notaron es que por entonces hablaba mucho de envenenamientos.

Una noche, en el casino, dio a los amigos una larga conferencia sobre los procedimientos de envenenar en la antigüedad. Habló del Agua Tofana y del veneno de los Borgias, que empleó, según la tradición, Alejandro VI con unos cardenales en Roma. Habló luego de los métodos de Catalina de Médicis. El libro con las hojas envenenadas, que no podía tener mucha eficacia más que en el hombre que tuviera la fea costumbre de mojar el dedo en saliva para pasar las páginas. También se refirió al cuchillo con la hoja envenenada por un lado y por otro no; a la carta, a los guantes y a la antorcha o la vela que emponzoñaba con el humo, con la cual envenenaron al Papa Clemente VII. La Brinvilliers y la Du Voisin todo lo hacían a fuerza de arsénico, y lo mismo madama Lafarge, cuyo crimen dio motivo a una famosa discusión científica entre dos médicos célebres en su tiempo, Orfila y Raspail. Luego, a medida que se generalizó el aparato de Marsh, el uso del arsénico ya comenzó a decaer. Entonces los envenenadores emplearon los alcaloides; la digitalina, el doctor Lapommerais, y otros, los cianuros y el ácido cianhídrico.

—Aquí, en España, no ha habido envenenadores de altura —concluyó diciendo Luis.

—Supongo que no lo sentirás —saltó un amigo en broma.

—Ni envenenadoras —siguió diciendo Ochoa—. En otros países, las ha habido muy interesantes. La Tamowska, por ejemplo. ¡Qué mujer! Otra envenenadora extraordinaria fue la alemana Gesche Margarita Gottfried. ¡Qué tipo!

Los socios del círculo que oyeron las explicaciones de Luis no se dieron cuenta de que hablaba con una gran exaltación. Algunos dijeron: «Luisito Ochoa nos ha dado la gran tabarra hablando de envenenamientos».

Y alguno añadió: «Este chico ha venido de Inglaterra un poco trastornado».

Una semana más tarde, tras de estar paseando en automóvil con unos amigos, una noche de viento Sur se presentó en su casa más excitado que de costumbre.

Al entrar en la alcoba y acercarse a la cama notó que las sábanas olían a ácido prúsico.

«Ese viejo miserable me quiere matar», dijo.

El viejo miserable era su padre. Llamó al timbre, vino la criada y le ordenó severamente:

—Póngame usted otras sábanas; usted ya sabe muy bien por qué.

La muchacha le miró sorprendida.

Se cambiaron las sábanas, y Luis estuvo esperando sentado en la butaca.

—Ya tiene usted cambiadas las sábanas. ¡Buenas noches! —dijo la muchacha.

Luis se acostó y no pudo dormir. De pronto se levantó. En el cuarto olía a almendras amargas —el olor del ácido prúsico— de una manera fuerte.

«Ese viejo canalla está echando vapores de veneno por debajo de la puerta.»

Esto le produjo una cólera violenta y terrible. Paseó por su cuarto a un lado y a otro y salió a un ancho corredor.

Se acercó a la habitación de su padre y vio que había luz a través de la puerta.

«El viejo asesino está preparando algún otro crimen», dijo.

Volvió a su cuarto y, furioso, pegó una patada a una silla y la hizo pedazos. Cogió uno de los palos, salió al corredor y entró en la alcoba de su padre.

«Pero ¿qué pasa? ¿Qué es esto?», gritó el padre, que se había despertado, con voz irritada.

Luis, con el palo de la silla y con una fuerza enorme, dio con él varios golpes en la cabeza de su padre hasta que lo dejó muerto.

Con el alboroto se despertó toda la casa.

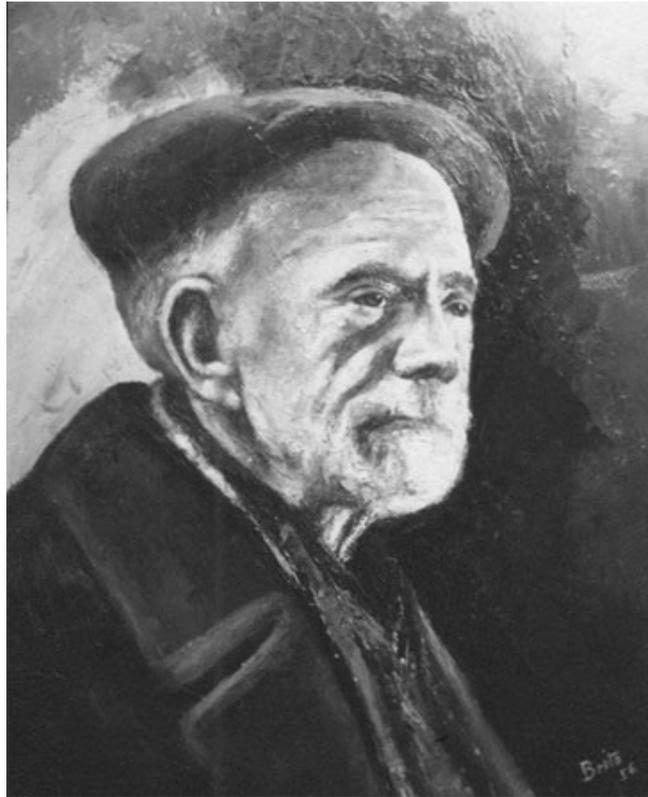
Luis, después de aquel esfuerzo, se quedó anonadado y tranquilo.

—Pero ¿qué has hecho? ¡Dios mío! —exclamó la madre sollozando.

—Al envenenador... lo he matado.

Al día siguiente, Luis estaba en un estado de postración tal que no se podía sostener en pie. Los médicos que le reconocieron decidieron que inmediatamente ingresara en un manicomio.

Madrid, octubre 1935.



PÍO BAROJA fue uno de los grandes exponentes de la llamada *Generación del 98*, conocido por su producción novelística, entre la que destacan títulos como *Memorias de un hombre de acción* (1935) y *Zalacaín el aventurero* (1908), que fue llevada al cine en dos ocasiones.

Nacido en San Sebastián, Baroja estudió medicina en Madrid y, tras un corto periodo como médico rural, volvió a la capital iniciando sus colaboraciones periodísticas en diarios y revistas como *Germinal*, *Revista Nueva* o *Arte Joven*, entre otras.

La postura política de Baroja fue evolucionando de una izquierda militante a un escepticismo que no le libró de problemas con la censura franquista al reflejar la Guerra Civil en *Miserias de la guerra* y *A la desbandada*, esta última todavía sin publicar.

La obra de Baroja combina tanto novela como ensayo y memorias. *Memorias de un hombre de acción* apareció en forma de 22 volúmenes entre 1913 y 1935. Además, Baroja agrupó su obra en varias trilogías, como *Tierra vasca*, *La vida fantástica* o *La lucha por la vida*.

Baroja fue un novelista influyente y entre sus admiradores se cuentan autores nacionales, como Camilo José Cela, e internacionales, como lo fueron Ernest Hemingway o John Dos Passos.

Debido a su postura política y opciones personales, como su reconocido ateísmo, Baroja no disfrutó de demasiados reconocimientos en vida, aunque fue miembro de la

Real Academia de la Lengua desde 1935.